

EL TÍBET Y LA TEOSOFÍA

APUNTES DE UN FILÓSOFO

Por el DR. Roso de Luna

Obra incompleta

CAPÍTULO I

OJEADA PRELIMINAR¹

«EL Oriente, y sobre todo el Tíbet, es la tierra del misterio y de los sucesos raros –ha dicho Alejandra David Neel en uno de sus libros que habremos de citar cien veces en el curso de este estudio–. Por poco que se sepa mirar, escuchar, observar atenta y detenidamente, se descubre en él un mundo más allá del que estamos habituados a considerar como el único real, acaso porque no sabemos analizar con minuciosidad bastante los fenómenos del que está tejido y no remontamos bastante lejos en el encadenamiento de las causas que los determinan. Ningún buen oriental duda un momento de la existencia de seres inteligentes, invisibles para la generalidad de los hombres y que sin embargo, viven a nuestro lado mismo.»

El conocimiento de estos seres y de aquellos misterios es labor fundamental de la Sociedad Teosófica, al tenor de lo que llamar podríamos su *Carta Constitucional*, –Carta contra la que también ha habido «dictaduras»–, ya que el segundo objeto de aquella, tanto en la que tiene su sede en Adyar (India) como la que reside en Point Loma (EE. UU.) se cifra en el «estudio comparado de religiones, ciencias y filosofías tanto de Oriente como de Occidente y en la investigación de las leyes desconocidas de la naturaleza» por las que de existir, se rigen, sin duda, tales seres y tales misterios.

Semejante conocimiento, en suma, es el objeto esencial de la Teosofía de las Edades, o Ciencia de las religiones y Religión de las ciencias, Sabiduría primitiva brillantemente reconocida por nuestro filósofo Edmundo González Blanco, al decir en la página 16 de su obra *El Universo Invisible*: «Los evolucionistas vulgares pretenden que los pueblos de Oriente se llevaron lenta y gradualmente a la civilización desde un estado de primordial salvajismo. Pero los que así piensan, presuponen lo que han de demostrar. En cambio, los que saben adentrarse como se debe en los monumentos que nos quedan, están convencidos de que la historia que conocemos se ofrece en sus comienzos como la resultante de una cultura antiquísima»..., y «nada más dentro de las leyes naturales por la Ciencia estudiarlas –añade Rafael Urbano–, que el milagro y el misterio, pues que uno y otro nos proporcionan la verdadera visión de la realidad mostrándose cómo deben ser», mientras que nuestra pomposa ciencia de Occidente no se compone, en opinión del astrónomo y orientalista Bailly, sinó «de fragmentos y reliquias de un sistema de ciencia asiática mucho más antiguo e infinitamente más perfecto, sistema acaso procedente de la Atlántida

misma».

Esta es, en fin, la que, en lenguaje occidental podríamos llamar «Sabiduría de la *Edad de Piedra*», de la que, al final de nuestro libro *La Ciencia hierática de los Mayas*, hubimos de decir: «Es ella el tesoro de una época inestudiada y misteriosísima que abarca a la más remota prehistoria, época que ya Trogo Pompeyo denominó *escítica* o de turanios e hiperbóreos, y cuya raza irradió sus primievaes fulgures por el mundo entero, según el extracto de las obras de Trago hecho por Justino y reproducido en el clásico libro de Alexandre Bertrand *Les Druides et le Druidisme*, con aquellas palabras de *non minus illustria initia quam imperium habuere*; la remota época que fue siempre considerada como la más antigua del Planeta, anterior a los mismos hindúes y egipcios (*Scitarum gens antiquissima semper habita*); gentes cuyo imperio fue inmenso (*multum in longitudinem et latitudinem patet*) y que aspiró por tres veces al imperio del Asia (*imperium Asiæ quesivere*), imponiendo tributos que abolió Nino, el padre de Semiramis y primer rey de Asiria (*his scythis per mille quingentos annos vectigalis juit. Pendenti tribuli finem Ninus, rex Assiriorum impossuit*). Esta raza troncal no es otra que la *hiperbórea* y *escítica* de Herodoto; la *pre-ariana* y *mágica*, de Plinio; la *proto-semita*, de Scott Elliot; la de los restos *hiperboreos*, *lemures* y *a tlantes*, de Blavatsky; la *megalítica*, de los antropólogos modernos; la *protodanesa*, *escandinava* o *nórtica* de Worsaal, Evans, Nilson y Montelius; la *druída*, de Bertrand; la *vasca* o *precaldea*, de Fernández y González; la *turania occidental*, de Lenormand; la *mediterránea*, de Sergi; la *libio-ibera*, de Antón, etc., etc., pues, como ha dicho Bunsen, comentando la admirable obra de Lenormant, *La magie chez les chaldéens et les origines accadiennes*, «todo se aun a para llevamos a considerar a una misma y sola raza de la humanidad como implantadora en una antigüedad prodigiosamente remota, *que no podríamos reducir a guarismo*, de las supersticiones mágicas que luego les fueron características en la cuenca del Eufrates y el Tigris», frase comentada por Bertrand con estas palabras: «La hipótesis de Bunsen resulta hoy un hecho apoyado en sólidos argumentos y cada día alcanza una demostración más completa. El día que ello quede establecido en definitiva, la historia primitiva de la humanidad habrá dado un paso gigantesco. Este día nos parece ya muy vecino.»

La clave de este gran misterio, está en el Tíbet y en el Gobi, en esos singulares países que son *el tejado del mundo*, por la elevación excepcional de su extensísimo suelo; con regiones mayores que muchos Estados europeos, donde según Grenard, «nada pasa, sinó el viento, y nada ha pasado, más que fenómenos geológicos»; donde ríos como el Tarim son sorbidos por desiertos que antes fueron países florecientes y más antes, Mediterráneos

salobres como el nuestro; donde pueden recorrerse durante meses miles de kilómetros, sin encontrar una mala vivienda, un camino, un alma humana, un pájaro, un resto, en fin, de seres vivos; donde se hermanan, gracias a la altitud, la nieve y la arena; el cieno y el pedregal; el huracán y el fuego del sol, que da de día temperaturas senegalecas y de noche fríos polares más temibles que los padecidos por las expediciones árticas; donde hasta el respirar exige un esfuerzo en puertos y gargantas elevados a tres, cuatro y cinco mil metros sobre el nivel del mar, bajo cumbres de seis a ocho mil metros y donde, sin embargo, se encuentran pasos más allá todo cuanto nos envanece en Occidente en punto, a ciencia, historia, arte, tradición, leyes, filosofía, mágica y ocultismo, echándose sólo de menos la decantada civilización material nuestra, porque, como pueblo viejo y grande que ha disfrutado hace siglos de todos los discutibles placeres de aquí abajo, sólo vive ya para los divinos problemas del Espíritu...

«El anacoretismo es estimadísimo en el Tíbet, dice la señora David-Neel en su ya famosa obra *Voyage d'une parisienne a Lhasa a pied et en mediant de la Chine a l'Inde a travers le Thibet*. Los místicos tibetanos son un verdadero enigma aún dentro de la atmósfera de misterio que baña todo el territorio. «*El país de las nieves*» cesará a caso bien pronto a ser una región cerrada al extranjero, pero es más que dudoso que los secretos de estos eremitas sean jamás revelados en gran número.» El país en su conjunto, no es, además, sinó una vasta teocracia, bastante menos mala que la que de Roma se ha pretendido vanamente desde hace veinte siglos imponer al mundo: una teocracia tras la que se transparenta los orígenes filosóficos, mejor dicho, *teosóficos*, de todas las religiones positivas, desde el lamaísmo o «religión de los *lhas*», espíritus humanos y espíritus naturales, y el fetichismo horriblemente sanguinario y necromante, hasta las formas más nuevas del buddhismo y aun del cristianismo.

«El ámbito del misticismo tibetano, añade aquella intrépida viajera, es como un inmenso campo de batalla en el que luchan las tendencias de razas, no solamente de mentalidades diferentes sinó hasta completamente antagónicas», ni más ni menos, añadiremos nosotros que en el campo de las modernas actividades teosóficas, por lo cual es de doble importancia para nosotros el ahondar en el estudio de aquella mágica región central de Asia, a cuyos místicos más excelsos, integradores de la que suele llamarse *Gran Logia Blanca* por los oculistas, se deben las modernas enseñanzas de nuestra maestra Blavatsky, resucitando con ellas la Eterna Sabiduría de las Edades, conocida vulgarmente de tiempos neoplatónicos acá bajo el nombre griego de *Teosofía*, ciencia que no es, por supuesto, «Ciencia de Dios», ya que la Deidad Abstracta, Absoluta e Infalible, Mar sin orillas, de

donde todo emana y a donde todo vuelve, no puede ser objeto de conocimiento alguno *ni de atributo alguno incluso el de la existencia*, que la concrete o límite, sinó «ciencia de los héroes, de los semidioses y de los dioses», que son las *tres clases de seres humanos superiores* a nuestra actual condición de seres semi-humanos y semi-animales en sendero evolutivo de probación, de lucha y de propia superación para despertar el Divino Rayo del Logos Solar que arde en el fondo de nuestra conciencia.

Pero, como enseña Plutarco, no hay diferentes dioses en los diversos pueblos; ni dioses extranjeros y dioses griegos: ni dioses del sur y dioses del norte, sinó que así como el Sol y la Luna; el cielo, la tierra y el mar son comunes a toda la especie humana, con distintos nombres según las diferentes razas, así, aunque no hay más que una Razón que pone en orden estas cosas y una Providencia (Karma) que las administra, hay diferentes honores y denominaciones en los diversos países, y los hombres, para entenderse, se sirven de símbolos consagrados, algunos oscuros, y otros más claros, encaminando así al pensamiento por las vías de *Lo Divino*, mas ello no sin gravísimo peligro, porque algunos, perdiendo pie, se despeñan en la superstición, y otros queriendo no caer en el lodazal de la superstición, se han despeñado, a su vez, hasta el precipicio del ateísmo.» Además, como dice Franz Hartmann, «unas personas poseen grandes poderes intelectuales pero poca espiritualidad; otras tienen gran poder espiritual, con una inteligencia débil. Aquellos que tienen las energías espirituales bien reforzadas con una inteligencia fuerte, son los elegidos».

El verdadero teósofo, tiene que esforzarse con todas las potencias de su alma en ser de estos últimos, no en el sentido egoísta cristiano de la «elección» y la «salvación» para sólo él, olvidando a los demás, sinó en el sentido humano de «ser hombre» y procurar que «nada humano le sea ajeno», al tenor de la clásica senda de Terencio, y para lo cual, si no le es dable *todavía* ir físicamente al Tíbet, donde práctica y libremente se enseñan estas cosas por Seres superiores hacia los cuales «la misma adoración no sería idolatría», como dice Blavatsky, pueda hacer, al menos, que «el Tíbet venga a él», diciendo con el maestro Mahoma, siempre bendito, aunque a la inversa: «la Montaña vendrá a mí, si yo no puedo ir a la Montaña...»

CAPÍTULO II

EL TÍBET, TEJADO DEL MUNDO²

El antiguo continente es un inmenso cuadrilátero, limitado al norte por el Océano Glacial ártico y el Atlántico septentrional; al este, por el Pacífico; al sur, por el Mar de las Indias, y al oeste por el Atlántico.

En el interior de este cuadrilátero y bastante más próximo al sur, o sea al Mar de las Indias, se alza la Meseta Pamir, broche orográfico o vértice de una pirámide cuadrangular de alineaciones montañosas demarcadoras respectivas de las cuencas de aquellos cuatro océanos, a saber: *Alineación nordeste*, constituida por las cordilleras sucesivas de Tienchan, Altai, Tarbagatai, Jablonoi y Stanovoi, muriendo hacia el Estrecho de Bering, o más bien enlazándose allí con las formaciones andinas que recorren las tres Américas hasta el cabo de Hornos; *Alineación sudeste*, formada por los Himalayas y montañas de la Indochina, hasta Malaca, con prolongación luego en el Pacífico hasta Australia y nueva Zelanda; *Alineación sudoeste*, determinando, con los montes Salomón, la separación entre Persia e India y región montañosa del sur de Arabia, para constituir luego los montes de Abisinia y restantes del África oriental hasta el Cabo de Buena Esperanza, y, finalmente, la *Alineación noroeste*, integrada por la serie ininterrumpida de cordilleras del Hindu-Cusch, Irán, Armenia, Cáucaso, Balcanes, Cárpatos, Alpes, Pirineos, hasta el cabo de Finisterre.

Geológica o tectónicamente esta disposición actual se ha debido a que en la más remota de las edades de la Tierra existieron primitivas formaciones continentales hacia lo que es hoy el Océano Glacial Ártico, o sea la *Eurasia* de los geólogos modernos y el Continente Hiperbóreo o segundo Continente de «La Doctrina Secreta» oriental. Muchos cientos de siglos más tarde, y cual restos a la deriva de un barco que se hunde, vino a chocar con aquella otro continente meridional: la llamada *Gondwana* por los geólogos, continente que antes fuese la *Lemuria* de Lamark, Darwin y Rusel Wallace, o sea el tercer Continente de las tradiciones orientales y cuyos últimos y aún enormes restos son la Australia y demás tierras del hemisferio sur. Semejante choque titánico de entre ambas moles continentales está testimoniado en las alineaciones segunda y tercera antedichas; pero, mientras que en la segunda la *Eurasia* se sobrepuso a la *Gondwana*, dejando como resto de esta última a la India, en la hoy región europea, la *Gondwana* empujó a la *Eurasia*, creando la gran rotura terrestre mediterránea, la *Thetis* de los geólogos modernos y aun desecando el entonces Mar del Desierto de Sahara que antes dejaba dentro de Europa el norte todo del África

actual. Además la Eurasia hubo de resquebrajarse de sur a norte, paralelamente a los Urales, creando la depresión caspiana que va desde el Golfo Pérsico al Mar Glacial por toda la Arabia, Persia y cuenca del río Obi, región que es, por tanto, como un viejo Mediterráneo desecado que aún conserva sus lagos Pérsico (hoy golfo), Caspio y Aral. Como el choque, en fin, de aquellas dos moles continentales se operó de sur a norte, como va dicho, su tremebundo impulso tangencial –cuyo vago recuerdo demopédico y religioso es en un sentido el de la lucha de los Titanes contra los Dioses, de la Teogonía de Hesiodo, o bien en cierto modo, el de los *Kurus* solares y los lunares *Pandavas* en el Mahâbhârata– determinó un plegamiento general de este a oeste, de toda la masa terrestre; algo así como un fuelle que se cierra o tela que se arruga, y de aquí la multitud de cordilleras orientadas sensiblemente en dicho sentido por todo el ámbito de la región tibetana entre la India y Siberia, y entre el Mediterráneo y la Europa-septentrional. La inmensa pirámide aquella del viejo continente quedó de este modo como truncada, y la alta superficie de dicha truncadura vino a constituir el Tíbet máximo (gran Tíbet, Gobbi y Mogolia juntas), parte desde entonces la más alta, misteriosa e inaccesible del Planeta.

De este a oeste, dicha superficie, de truncadura mayor que la de Australia y que la de Europa, quedó partida, si antes no lo estaba, en tres regiones casi iguales: dos al norte (Gobbi y Mogolia) y una al sur (el Tíbet propiamente dicho), por el alzamiento de las cordilleras del Altin-Tag y de Kuen-lun, cuya altura media acaso es superior a la del Himalaya³ y que en los valles más hondos, pocas veces baja de los tres mil metros o sea un nivel sobre el mar no alcanzado por las tres elevaciones mayores de nuestra abrupta península (Pico Mulhacen, Picos de Europa y alturas de Gredas, Moncayo, etc.) ¿Podemos imaginarnos bien, a un país como el tibetano cuyos ríos inician su recorrido de cientos de kilómetros hacia el Pacífico y el Mar de las Indias, muy por encima del nivel del Montblanc? Pues ésta es la primera de las infinitas características del país de los *Pe-pas* o *Po-pas*, ¡de los *Pepes* que, no sin razones fonético-históricas muy serias, podríamos decir los españoles!

El gigantesco choque o choques relacionados con la desaparición sucesiva de los viejos continentes Hiperbóreo, Lemur y Atlante, constituye lo que la geología moderna llama *Formación alpina*, la cual determinó la orografía y la tectónica de la Tierra tal como hoy la conocemos. Por dichos encuentros, desde China hasta España, la corteza terrestre quedó como arrugada en infinitos pliegues montañosos, dejando también de este a oeste, dos inmensas extensiones onduladas; la una hacia el norte, como vago recuerdo del continente boreal originario (Siberia, Rusia, Alemania, Francia), y la otra hacia el sur (India, Arabia,

continente africano, etc.) como restos, a su vez, de los territorios lemures y atlantes, comprendida en este último la misma China. Además, la rotura de la Eurasia, marcada por la depresión del Mar Glacial al Golfo Pérsico, estableció una paridad territorial entre las tres partes del antiguo continente muy distinta de la desigualdad de nuestra geografía política, ya que, merced a esta depresión, la cuenca del Obi, la región kirguis-caspiana y la Anatolia o Asia Menor, pasa a ser *Europa*, mientras que Persia, Arabia y aún la India, pasan a *África*, geológica y climatológicamente, quedando para el Asia propiamente dicha todo el restante territorio desde los Himalayas al Mar Glacial, con su centro en el Tíbet⁴.

Es, pues, el Tíbet, el verdadero *tejado del mundo*, tejado de cuatro aguas y también la más augusta, simbólica y originaria de todas las *Pirámides*. Acaso por ello, una humanidad sabia erigió más tarde en Egipto esas maravillas de arquitectura y geometría iniciática llamadas las pirámides, templos del Saber Perdido acerca de los que tantas luces debemos a Piazzzi Smith y a H. P. Blavatsky. ¿Qué de extrañar tiene en vista de ello, que sea el Tíbet el más misterioso y excelso de los países del globo? Así se explica el que desde los tiempos de Ser Marco Polo constituya el Tíbet la atracción mayor de los espíritus verdaderamente elevados de la Humanidad en su ansia infinita de redención y de superación por encima de las miserias de nuestra vida física y que él constituya en efecto la retirada mansión de esos seres espiritualmente superiores, conocidos en todos los tiempos y países con los nombres de Iniciados, Adeptos, Maestros, Grandes hombres y Grandes Almas o *Maha-Almas*.

Consciente o inconscientemente atraídos por dicha grandeza, el anhelo científico-religioso de nuestra época ha hecho por eso del Tíbet y sus desiertos vecinos el objeto predilecto de expediciones, desplegando en ellas verdaderos heroísmos y aportando al acervo occidental como hechos concretos, positivos e incontrovertibles, lo que antes, por su ignorancia, se atreviera Occidente a llamar «el insano delirio de los teósofos».

CAPÍTULO III

VÍAS TIBETANAS. LA RUTA DE LOS HANN

AGRUPADOS en torno de la meseta central de Asia se agolpan millones de hombres, aislados casi por completo de la llamada civilización europea. Esos millones de hombres, son los herederos degenerados de una sabiduría perdida; los que en épocas prehistóricas tuvieron una cultura floreciente, hoy casi sepultada en nieve o en arena; los que crearon imperios colosales en el medievo, cuya oleadas irresistibles hubieron de extenderse por el resto de Asia e invadir Europa: hunnos, mogoles, tártaros, turcos; los que, en fin, mezclan cinco antiguas religiones y los que viven hoy más o menos sometidos a la teocracia feudal del Dalai-lama de Lhasa, teocracia como la tan vanamente querida imitar e imponer por la Roma papal a los pueblos de Occidente.

Pero el país tibetano-mogol, no es inaccesible, aunque a él no conduzcan ni ferrocarriles, ni carreteras ni calzadas aptas para carruajes. De hecho ha sido penetrado y visitado en diferentes siglos por heroicos exploradores que han venido luego maravillados por las cosas allí vistas y aprendidas por ellos, pues que el Tíbet es la tierra clásica del hechizo, de la magia y del ocultismo.

Hay primero, por encima del Tíbet propiamente dicho, una gran ruta casi perdida, muy alabada por los viejos cronicones chinos, que es el «camino de la seda», camino más largo que todo el Mediterráneo y que une a Rusia con China a través de las hoy desoladas comarcas del Tarim. Esta es «la ruta de los Hann» que parte de Yarkend, Guma y Khotan en la región Kirguise o Turquestán ruso y sigue hacia el este paralelamente a dicho río atravesando los dos enormes desiertos de Taklamakan, o más bien Tak-lama-kan (¿imperio del lama Tak?) y de Gobi, hasta encontrar, en las comarcas del curso superior del Hwan-ho o río Amarillo, rutas que bajan del lago Baikal y otros lugares de la Siberia hasta el Golfo de Petchili («¿golfo de la Plata?») donde se asienta Peking.

Por donosa coincidencia, dicha ruta lleva el nombre de nuestra maestra H. P. B., pues que el primero de los principescos apellidos de ésta última es el de «Hann» o «gallo», merced a la leyenda de que uno de sus antecesores calmuco, en sus empresas guerreras por las comarcas asiáticas, fue despertado por el canto del gallo en su campamento, librándose, gracias a él, de ser víctima de una sorpresa nocturna de sus enemigos. Ello envuelve además un sentido oculto que se dirá un día, y son, por otra parte, famosísimos los *Kiaug*, o anales chinos de los Hann.

Esta ruta «sérica» que aún es visible por encima de Keria Nía, oasis de Tchertchen y lago de Lob-nor (lago azul), ha visto morir, a lo largo de su trayecto, populosas ciudades, de las cuales, alguna alcanzó las épocas budhista y cristiana, arruinándose en definitiva, bien por las guerras tártaras, bien, siglos antes, por la invasión de las arenas del desierto al cambiar de curso el río Tarím. A ellas se refiere la maestra en el conocido pasaje de *La Doctrina Secreta* que dice: «Todavía se encuentran las huellas de una civilización inmensa y prehistórica en el Asia Central... La gigantesca e interrumpida muralla de montañas que bordean la meseta del Tíbet, desde el curso superior del río Kwan-khé hasta las colinas de Karakorum, fue testigo de una civilización que duró millares de años y podría revelar a la humanidad bien extraños secretos. Las porciones oriental y central de aquellas regiones de Nan-chan y Altyn-tag estuvieron en un tiempo cubiertas de ciudades que muy bien pudieran competir con Babilonia. Un completo período geológico ha pasado sobre dicha tierra desde que aquellas ciudades exhalaban su postrero aliento como lo testifican las montañas de movediza arena y el suelo ahora estéril y muerto de las inmensas llanuras centrales de la cuenca del Tarim. Los territorios fronterizos de esos países es sólo lo que de un modo superficial conocen los viajeros. En el interior de aquellas planicies hay agua y frescos oasis llenos de vegetación, donde ningún pie europeo se ha aventurado a penetrar, temeroso de un suelo en la actualidad traicionero. Entre estos floridos oasis existen algunos por completo inaccesibles, aun para los indígenas profanos que viajan por el país. Los huracanes que pueden arrebatarse las arenas y con ellas cubrir comarcas enteras, son impotentes para destruir lo que está fuera de su alcance. Los subterráneos construidos en las entrañas de la tierra aseguran los tesoros allí encerrados, y como las entradas se hallan ocultas («subterráneo de Aladino», de *Las mil y una noches*), no hay peligro de que nadie los descubra aun cuando varios ejércitos invadiesen los arenosos desiertos en donde ni un pozo ni un arbusto ni una vivienda se perciben y la cordillera forma una ingente barrera en torno a las áridas llanuras. y ni es necesario, además, enviar al lector a través del desierto, puesto que las mismas pruebas se encuentran en puntos relativamente poblados de la región.

«El oasis de Tchertchen, por ejemplo, por encima del río de su nombre, está hoy rodeado en todas direcciones por ruinas de ciudades arcaicas. Unos tres mil seres humanos representan allí los restos de cien razas y naciones extinguidas, cuyos nombres mismos desconocen nuestros etnólogos. Un antropólogo se encontraría muy apurado si tuviera que proceder a clasificarlos, dividirlos y subdividirlos, tanto más cuanto que los descendientes respectivos de todas aquellas razas y tribus antediluvianas saben tan poco respecto a sus

antepasados como si hubiesen caído de la Luna. Cuando se les pregunta acerca de su origen, contestan que no saben de dónde vinieron sus padres, pero que han oído a éstos que sus primitivos ascendientes fueron «gobernados por los Genios (nuestros «Jinas», decimos nosotros) de aquellos desiertos. Esto podría atribuirse a ignorancia y superstición, pero en vista, de las enseñanzas de *La Doctrina Secreta*, la respuesta puede considerarse fundada en la tradición primitiva. Hasta la tribu afgana del Khoorasan (¿«Kaurio-assania», los *solares* terapeutas?) poseen leyendas en corroboración de este hecho».

«El viajero ruso Prjevalsky encontró, casi tocando al oasis de Tchertchen las ruinas de dos inmensas ciudades, la más antigua de las cuales, según tradición local, fue destruída hace 3.000 años por un héroe gigante, y la otra por los mogoles en el siglo x. El emplazamiento de ambas ciudades halláse cubierto ahora, por virtud de las arenas y huracanes del desierto, de reliquias heterogéneas y extrañas: utensilios, monedas, momias, joyas... El coronel Prjevalsky recogió leyendas referentes a 23 ciudades más, e iguales tradiciones existen en el lago Lob-Nor y en el oasis de Kerya.»

Bien lejos estaba la Maestra de pensar que sus revelaciones habían de encontrar pronto una parcial confirmación, pues que al viajero Prjevalsky, sucedió el intrépido y tenaz Sven V. Hedín, quien con su obra *En el corazón del Asia*, nos ha relatado, gracias a sus heroicas expediciones por dichos desiertos, dos de aquellas ciudades sepultadas.

El sueco Hedin nos habla, en efecto, de antiquísimos mapas chinos de la entonces pobladísima «Ruta de los Hann»; del seco lecho del Kurruk Daría, abandonado hace más de mil años y que desembocaba, o más bien cruzaba, el hoy ya casi seco también de Lob-Nor, y de las «momias» o esqueletos arbóreos, únicos restos de una extinguida vida con cuya leña aun se calentó en gélidas noches de sus heroicos itinerarios (1893-1900). Más allá del «Oasis de los sesenta manantiales, de Jardang, Bulak y Altimich-Bulak⁵ visita el desierto de Lop y el pantanoso lago de Jara-Koxum donde vierte y se corta o sepulta el Tarím, ni más ni menos que nuestro Guadiana en las lagunas de Ruidera, y halla, en la orilla norte, un pueblo casi sepultado, con las ruinas aun en pie de su torre babilónica, recogiendo en él monedas chinas, cerámica, marmitas y tazas de culto, etc., amén de tablas talladas que de lejos nos recuerdan los restos del artesonado de nuestra Mezquita cordobesa. Odeh, el criado del sabio, descubre también otro pueblo semejante, y, en fin, de 1899 a 1900, retorna a encontrar en el desconocido Kurruk-tag, las ruinas por él visitadas el año anterior y una tercera población con 19 casas; torre de ladrillo de tres metros, sobre colina de otros 3, a dos jornadas del pantano de Kara-Koxun y donde halla «tablas con tallas de Buddhas e inscripciones» centenares de papeles impresos con tipos chinos que

remontan, según Himley de Wiesbaden, a los años 264-270, en tiempos de Yuan y Wuti, por donde se viene en conocimiento de que aquella es la célebre ciudad de Lu-lan o Lunan, ciudad «lunar» que tuvo acuartelados ejércitos numerosos, como emporio que fuera hace 1600 años de una civilización floreciente que se extinguió tan sólo porque el Tarim, que antes corría hacia el este, torció su curso hacia el sursudeste formando el lago de Kara Koxun, mientras abandonaba a su suerte desértica al lago Lob-Nor. Los 800 mapas diseñados por Hedin en sus cruceros nos reservan aún sorpresas acerca de esos países cuya desolación sin límites está por el resumida en estas palabras: «Si en la Luna hay desiertos de arena, no contendrán menos cantidad de vida orgánica que los mares arenosos del centro del Asia», sepultadores de toda una civilización.

¡Tal es la ley de aquel país... y de tantos otros! No olvidemos, en efecto, que la dinámica natural evolutiva no cesa en lugar alguno de la Tierra, y que, si bien existe esa zona nórdica de lo que nosotros llamamos genéricamente «el Tíbet sepultado» o Tíbet mogol, cuya otra mitad constituye el Tíbet propiamente dicho, también en este último se dibuja el estrago desértico, año tras año, hasta llevar a esta segunda zona, hoy tan poblada, su hábito mortífero. Véase sino lo que nos enseña la intrépida Alexandra David Neel en su *Místicos y Mágicos del Tíbet*:

«Junto a Lhasa, sobre la orilla izquierda del Yerú tsangpo (Brahmaputra) se encuentra un Sahara en miniatura cuyas blancas dunas avanzan de día en día invadiendo cada vez más al país. A pesar de la cadena montañosa que les cierra el camino, las arenas han ganado ya el valle del Kyi tchú (¿el valle *quitchúa?*) y su fina polvareda comienza a acumularse a lo largo de las hayas que circuyen a Norbuling, el palacio campestre del Dalailama. Más allá del pintoresco monasterio de Dordji-tag, constituye ya un verdadero desierto. Acogidas aún bajo la protección de la montaña, varias alquerías van siendo lentamente recubiertas de arena. Después, toda huella de vitalidad desaparece en un mar arenoso de blancura deslumbradora. El cielo de purísimo azul, sin una nube, es ya la perfecta imagen del desierto africano, aunque, por el aire rarificado de sus tres mil metros de altitud, aquello es siempre el Tíbet...»

Y como España es, repetimos, un Tíbet en miniatura, al que aguarda el mismo destino, veáse en fin, acerca de la inexorable invasión desértica que antaño cegó las regiones de los Hann y hoy amenaza ir cegando, siglo tras siglo, al Tíbet, lo que nos descubre en España el joven geógrafo Francisco Hernández-Pacheco en su Memoria sobre *Las arenas voladoras de la provincia de Segovia*:

«Hay, entre las provincias de Valladolid y Segovia, una región arenosa de montículos y

páramos... La masa de arena, al verse detenida, forma pequeños médanos que avanzan lenta, pero continuamente, recubriendo, insidiosas, las tierras de labor, como puede observarse a los dos lados de la carretera de Navalilla a San Miguel de Bernuy. Los vientos NO. y SE. trasladan a aquella masa arrastrándola hacia los ríos Cega, Pirón y Eresma, siendo la mayor de sus barreras el río Duratón. El territorio así recubierto, cobra todo el aspecto de la duna marítima, con varias lagunas hacia la región de Cuéllar.»

Rodará, pues, el tiempo y con él el destino inexorable, y en España, como en el Tarim y en el Brahmaputra, podrán las futuras generaciones hablar de los nacientes desiertos del Duero y del Duratón, estos dos ríos que fueron antaño vergeles ibéricos y romanos y hoy caminan rápidamente a ser desiertos como el del arenoso Tarim...

CAPÍTULO IV
VÍAS TIBETANAS:
EL MELANCÓLICO Y SOLITARIO TARIM

LA Ruta de los Hann, desde el Turquestán a la China, cruzaba antaño, repetimos, comarcas fertilísimas que hoy yacen sepultadas bajo sendos desiertos de más de un millar de kilómetros de longitud. Estos dos pavorosos desiertos son el de Tak-lama-kan y el de Gobbi, de los que separadamente nos ocuparemos.

El primero de ellos, que mide una extensión mayor que la Península Ibérica, es el menos inaccesible y más conocido relativamente por haber sido objeto de diversas exploraciones en nuestros días.

Siguiendo las huellas de Prjewalsky en 1870, el sueco Sven Hedin, partió del mar Caspio en 1893; cruzó el Turkestán ruso por Samarcanda –la Marakanda de Estrabón, reina de las ciudades legendarias del ensueño milnocharniego del Asia Central en Unión de Buckara y de Kiva o «Shiva»– y por Oxx –¿la ciudad del Toro sagrado?–, llegó a Kax-gar, que es la población más occidental de la China, en un itinerario de 500 kilómetros, y permaneció unos 9 años recorriendo aquellas zonas desérticas en diversas exploraciones que son, como los del abate Huc, «un monumento de la energía humana».

Hedin, cruza la cordillera del Altai por el desfiladero de Tongburur (7.000 metros), y el río Kisil-su (agua roja), el desierto de entre Kaxgar y el Jarkand-daria (o «río Yarkend», porque «daria», «dauro» o «duero», significa río, cosa que, dicho sea de paso, justifica la etimología parsi de nuestro castellano «Tarim»), llegando a la aldeita misteriosa de Lailik y después a las regiones montañosas del Masar-tag, Choka-tag y Tusluk-tag («tag», montaña y «Tago», «Tego» o «Tajo», río de montaña por consiguiente), con sus poéticos lagos sagrados de Serun-kul y Chul-kul («kul» «luk» o «lak», como etimología probable del «lacus») latino, de nuestro «lago», castellano y aun del «lán-kara», sánscrito. Después alcanzó Hedin las confluencias del Yar-kand-daria, el Aku-daria y el Kota-daria hasta llegar al Tarim en Kechik, por donde este río se ha abierto en épocas históricas un nuevo lecho entre la arena, sin perjuicio de que otras corrientes subterráneas del mismo sigan entreteniéndolo los restos de vida del lago Lop-nor y aún se enlacen quizás bajo tierra del Gobbi, con el anguloso curso superior del Río Amarillo chino. Cruzó en fin el sueco las inestudiadas colonias de Bostán y de Teres; la selva doblemente virgen de Dung-Kotán, hasta establecer su cuartel general para empresas ulteriores en el oasis de Yangi-kul,

destruido luego por una riada en 1901.

Desde el campamento de Yangi-kul, emprende Hedin la penosísima excursión hacia la parte sur del desierto de Tatrán, de superficie casi doble que el Tak-lama-kan, a orillas del Cherchen Daria (casi 300 kilómetros); visita el antiguo pueblo pagano-lamaista de Attikus-chah, sepultado ya como otros tantos; sufre fríos polares nocturnos de hasta 32 grados bajo cero y calores como en el Sahara; bebe las aguas del lago Tana-bagladí, y luego está a punto de perecer de sed, hambre y cansancio en aquellas movibles dunas, caminando por valles o *bajires* de docenas de kilómetros, formados por el viento a merced de un huracán súbito, el negro Kara-burán, que casi les sepultó en nieve y arena; tiene en Nochebuena el agua a 140 kilómetros, haciéndole consignar en su diario: «en el mismo polo no sería más desconsoladora la noche de Noël». Dos semanas después de su salida, vienen a tocar los expedicionarios «a cucharada de agua por cabeza», bebiéndose hasta el aceite rancio, el líquido espeso de las conservas, la sangre palpitante de los gallos y carneros que llevaban y, mezclados con vinagre y azúcar, ¡hasta los orines de los camellos!... Dos de los bagajeros sucumben a tales tormentos, con todos los animales de carga que, abandonados a su destino y «llorando como seres humanos» le arrancan a Hedin esta frase final: «¡recé por ellos, por mis mártires camellos!»⁶.

Gracias principalmente a estas expediciones, el teósofo puede formarse ya una idea de conjunto de la sepultada cuenca del Tarím, antes Emporio del Saber Perdido y hoy zona inhospitalaria cerrada al hombre vulgar, aunque con castos retiros iniciáticos a los que alude la maestra H. P. B. con estas palabras: «la Naturaleza tiene lugares reservados para sus escogidos, y muy lejos de las comarcas habitadas existen dulces retiros donde el hombre superior puede adorar a la Divinidad como nuestros primeros Padres o Pitris lo hacían.»

Por la parte del Oeste, comienza dicha región en las alturas del Mustagata, o «puerta de Mustá», por donde cruza, bajo picos de más 7,000 metros la *Ruta primitiva de la Bactriana*, que empalma con la de los Hann, bajando luego hacia el río Oxus ya la meseta de Pamir. Al sur, una triple barrera de montañas (Tag) de hasta 8,000 metros; el Alting-tag, el Arka-tag y el Ustum-tag, le aíslan de las zonas herbáceas del norte del Tíbet propiamente dicho, lugares donde apenas si se aventuran en verano algunos ganaderos nómadas y cazadores furtivos. Por el este mal separan a la comarca de la del Gobi las derivaciones boreales del Hishthofen y el Nan-chan con su puerta de Humboldt, y dichas derivaciones se enlazan, a su vez, con las imponentes alineaciones glaciarias del Tianschan, cuajadas de lagos misteriosísimos y frente a cuyas faldas del norte se extiende la

Dzungaria, la patria ancestral de los zinganos o gitanos, otro desierto que, sumado a los anteriores y al de Zaidán, abarcan una extensión igual a la del Gobi mismo. La «puerta de Irtych o de la Dzungaria, embocando contra el gran lago Balkasch y su estepa rusa, es uno de los «desagües» históricos de las gentes mogolas, tibetanas y zingaras hacia los países occidentales, separadas, hacia el norte, por uno de los dédalos montañosos más inextricables del Planeta, de la cuenca siberiana del Ienissei, cuenca que es, a su vez, la de una de los ríos mayores y más desconocidos.

Constituyen así la región del Tarim y la de la Dzungaria, dos verdaderos anfiteatros aproximadamente tan grandes como España: dos inmensas series de «terrazas», como se dice hoy en lenguaje geológico, con toda la poesía que, en grado minúsculo, asombra al viajero en nuestro país en rinconcitos como el de Bierzo, que no habremos de describir por haberlo ya hecho en nuestro *Tesoro de los lagos de Somiedo*. En tiempos remotos, el Tarim que en grande, recuerda a nuestro Duero, con su afluente originario el Yarkend-daria, ha corrido hacia lo que hoy es Río Amarillo chino, mucho más próximo al Tian-chan límite norte de su cuenca que al Altin-tag, su límite sur. Multitud de caudalosos ríos nacidos de esta última cordillera entraban en él por su lado derecho o meridional, como los que desde la Cántabroastúrica y la Ibérica entran en el Duero por su orilla derecha o del norte. Ellos alimentaban las viejas ciudades de Guma, Khotan, Polur, Keria, Nia Tchertchen, etc. y demás de la ruta de los Hann, pero el tiempo, que todo lo consume, desarrolló, como tejido gangrenoso, el terrible desierto, y estos ríos todos, como pasa a los ríos costeros de nuestra región levantina y la que vimos del Duratón, en lugar de aumentar sus aguas con el descenso, las perdieron todos bajo la arena fatídica y bien pronto el mismo Tarim siguió su ejemplo hasta el punto de que hoy no hay casi «nada humano» allí, remedando por su disposición aquellos vastos territorios dos cráteres lunares como los infinitos que el telescopio nos muestra en nuestro muerto satélite, y en donde hay «llanuras», como las recorridas por Dutreuil de Rhims, «más altas que la cima de Montblanc, llenas de nieve en pleno verano y con cieno luego hasta el vientre de los caballos». (Grenard, *Le Tibet*).

Y, no obstante: ¡seres superiores habitan estos desiertos!

«Detalles que me han sido dados discretamente por ciertos anacoretas de la escuela de los Dzogs-then –consigna Alejandra David Neel en su notabilísimo pasaje de su obra *Místicos y mágicos del Tibet*, que más adelante comentaremos–, comprueban, dicen ellos, que existen ciertos seres los cuales, habiendo alcanzado el más alto grado de espiritualidad, han transmutado («eucarísticamente» al tenor de la etimología de *eu* «yo», y *karystos* «milagro», «prodigio», aunque siempre por juego de leyes naturales, todavía

desconocidas), la substancia de su propio cuerpo en otra de naturaleza más sutil, poseyendo ya ésta, cualidades muy diferente de las de la carne grosera. La mayor parte de nosotros, sin embargo, somos incapaces de discernir el cambio operado así en la carne aquella.»

Por imposible que parecer pueda, en efecto, semejante aserción en mil partes repetida por sinceros orientalistas acerca de estar *habitados* por seres superiores: *jinas*, *genios*, *shamanos* (u «hombres regios», semi-divinos), *todas*, *mahatmas*, *grandes místicos*, *superhombres*, *maestros* o como haya de llamárseles, digamos con William James: «Hay que saber, ante todo, si los estados místicos no son sino ventanas abiertas sobre un mundo nuevo, más excelso», o con Edmundo González Blanco en su obra *El Universo invisible*: «El historiador del psiquismo se pregunta asombrado si la humanidad contemporánea, al rechazar el materialismo científico y cultivar el espiritualismo experimental, no retorna al punto de partida... El que fuera de la Matemática pura pronuncia la palabra «imposible» carece, dice Arago, de prudencia... Nada es demasiado insólito para ser verdad, si está conforme con las leyes de la Naturaleza... Modelados nuestros conceptos sobre lo *discontinuo* de la sensación, la imaginación creadora forja, según Bergson, el *continuo*...», o, en fin, con Franz Hartmann, «unas personas poseen grandes poderes intelectuales, pero poca espiritualidad; otras tienen poder espiritual, pero una inteligencia débil. Aquellos que tienen las energías espirituales bien templadas y afirmadas por una inteligencia fuerte, son los elegidos» y estos elegidos existen aislados, solitarios, con vida verdaderamente sobrehumana a la que no afectan ya las debilidades y miserias de una «carne» transcendida por la virtud y fuerza de la *yoga* contemplativa y que, por tanto, pueden habitar, y de hecho habitan en regiones que son mortales para la humanidad vulgar la cual apenas si tiene vagas noticias de aquellos, como el animal tampoco las tiene de los Ateneos y Academias...

Estos personajes excelsos, contra cuya realidad y cuya doctrina salvadora se estrellarán siempre las necias burlas de un ciego positivismo escéptico, laten en el fondo de todos los hechos de la Historia e irán apareciendo más o menos claramente en el curso de estas modestas líneas.

CAPÍTULO V

EL DESIERTO DE GOBI Y SU HISTÓRICO SECRETO

EL gran desierto de Gobi, Gobbi, Schamo o *Sha-mano*, resulta la continuación geográfica, hacia el este, de los desiertos anteriormente descritos, a saber: el de Taklama-kan y sus dos adherentes: la Dzungaria o Zingaria y el Zaidan, separados respectivamente del Tak-lama-kan por las cordilleras de Tien-Schan y del Alting-tag. A bien decir el conjunto de todo este Mediterráneo desecado, cuya extensión superficial equivale a la de la Rusia europea, consta de dos mitades: la oriental o Gobbi, y la occidental o Tak-lama-kan, ésta con la Dzungaria al norte y el Zaidan al sur.

La Célebre ruta de los Hann o de la Sérica (ruta de la seda china), corría antaño por las comarcas meridionales de aquel gran desierto, y el Hwang-ho a Río Amarillo, adosado a los montes de Ta-tsing-schan, desempeña en él un papel semejante al del Tarim en el Taklama-kan, si bien en el sentido inverso porque la inmensa y desértica zona arenosa se extiende por su margen izquierda o del norte cientos de kilómetros hasta remontar hacia la Transbaikalia rusa contra la que se ciñe el río Kerulen, por bajo de Urga y de Karakorum, o sea del país feudal de los régulos mogoles (¿takures?) y depositario de los restos de la sabia tradición que antaño fuera el tesoro de toda aquella hoy sepultada comarca.

Entre el Hwang-ho y el Kerulen, queda así enmarcada la misteriosa región, verdadero anfiteatro abierto sólo al cielo y cerrado a las lluvias y a los hombres por los montes Richthofen, Tianschan, Altai, Chan-choi-gai y Grandes Chingan que le cercan por completo, aislándole de todos los vientos marítimos y dejando sólo como «puertas de acceso» para los hombres, los desfiladeros que dichos montes forman entre sí.

Pero si la vasta región del Gobi yace sepultada bajo el mar de arena como la Atlántida bajo el otro mar, el espíritu primitivo y verdaderamente iniciático de ella perdura a través de las edades, alborando una era nueva en nuestra propia ciencia de Occidente.

Isaac Taylor, en su clásica obra *The Alphabet—On account of the origin and development of letters* (Kegan Paul, ed., London, 1889), al hablar (pág. 263), de los alfabetos arios más antiguos y entre ellos del hindo-bactriano, antecesor común a todos los alfabetos troncales del Irán, incluso a los más recientes (pehlevi, georgiano, armenio, etc.), dice que «el alfabeto hindo-bactriano ofrece la particularidad notable de que deriva de los números arábigos o, por mejor decir, de los sánscrito-hindués, dándonos al efecto, un cuadro de correspondencias *sacado de las escrituras bactrianas halladas en varias cuevas y rocas de*

aquellos países (o más bien de los vecinos y semiseputados de Tak-lama-kan y que en época prehistórica extendieron su influencia cultural hacia occidente por las puertas de Kacht-gar y de la Dzungaria). Y, más adelante, añade Taylor: «En el lenguaje mogol se advierte con claridad la influencia de tres alfabetos distintos: el nestoriano o cristiano-heterodoxo, el árabe y el budista. Klaproth, en su *Abhandlung über die Sprache und Schrift del Uiguren* (1812) y Abel Rémusat, en sus *Recherches sur les langues tartares* (1820), han demostrado la afinidad del tártaro con el mogol –la cual, añadimos nosotros, se ha operado antaño por las dos regiones dichas–. *Pero el alfabeto más importante de aquellas gentes es el de Khalkas y el de otros buddhistas mogoles* (muchos siglos anteriores a Gauthama, el Buddha de Kapilavastu), *gentes establecidas al norte del desierto de Gobi y cuyo alfabeto no tiene con ningún otro la semejanza que con el alfabeto uigur*⁷. A dicho alfabeto se agregaron en tiempos de Kublai-khan (1259-94) cinco letras tibetanas o del mogol galik (mogol de la «altura» o de la montaña), es decir, del sánscrito de Ka-le-kal o «Calcis primitiva».

Desde luego, es indudable que el antiquísimo alfabeto mogol-tibetano de *Khalkhas*, caracterizado por tener los mismos signos o elementos que los primitivos caracteres brahmánicos, pudo abarcar una extensión inmensa en Asia, en torno de su centro de irradiación constituido por los países centrales de la «Ruta de los Hann». Los *anales* –¡la misma raíz de *Ann* o *Hann* lo está proclamando ante nuestra intuición!–, los *anales*, decimos, de los Hann, Jian, Dzyan, Kiang o «Genios», tan alabados como desconocidos hoy por los chinos que dicen conservarlos, lo están evidenciando, sin ir más lejos, por las propias palabras de Taylor, quien añade: «en el otro extremo oriental de Asia se adoptó el alfabeto tibetano-mogol por las tribus manchúes y tungusas tártaras invasoras de la China en una época tan remota como desconocida, y el mismo alfabeto manchú, aumentado ya con gran cantidad de símbolos, es el usado también en los *burials-mogols* o inscripciones mortuorias de los habitantes de en torno al lago Baikal.» Los «numerales de Khalkhas» como sus hermanos de occidente los numerales del Gaedhil o «Galicia irlandesa», dados en varias de nuestras obras, son el origen efectivo y directo de las escrituras tártaras, tunguses, manchúes, mogolas, chinas, japonesas e hindúes y en general, todas las del Asia central, oriental y septentrional, con no poca parte, acaso de las norte-europeas, o sea toda la inmensa región de escitas, hiperbóreos, arimaspos, turanios, etc. de los que con tanto encomio nos hablan los clásicos griegos. Con ello y mucho más que por la brevedad debemos omitir aquí, hay base hartó sobrada para establecer ya sobre el práctico «terreno de los hechos» que tanto enamora al positivista científico europeo, la hipótesis de un

alfabeto troncal, primitivo –el zend-zar o *zendo-real*– cuyas raíces, a base de combinaciones trilíteras, que no son sino la «cordinatoria matemática» de los 999 primeros números, han servido de base fundamental, tanto para las lenguas monosilábicas, como para las ulteriores de aglutinación y de flexión. Semejante *lengua sagrada* fue la primitiva de aquellos países sepultados, y aun sigue existiendo la lengua de los «genios» o *jinas* refugiados en los ignotos oasis de aquellos extraños desiertos... Taylor sigue enseñándonos, en efecto, que «el japonés y el palí de Corea tenían antes de la propagación del buddhismo dos silabarios o alfabetos: el *Hira-kana* –¿silabario del Irán?– y el *Kata-kana*, silabario de los *catunes* o «abacos calcídico-numerales», extendidos luego, merced a las emigraciones celtas, por todo el mundo conocido, incluso por el continente americano. El continuar por este camino, nos llevaría demasiado lejos. Baste, pues, a nuestro actual objeto el decir que el mismo Rankin, en sus indagaciones históricas sobre la conquista española del Perú y de México (Londres, 1827), nos habla de otra anterior hecha, se dice, con elefantes, por los mogoles, añadiendo que Manco-Capac (o «el Manú-Ka-pak») fundador de la dinastía y de la religión de los Incas, era biznieto de Gengiskan, el gran caudillo, mientras que otros, con más probabilidad, les hacen provenir de la Tartaria y del Tíbet, muchos siglos antes de nuestra era, como hemos expuesto en el capítulo IX de nuestro libro *El Simbolismo de las Religiones del Mundo*, al hablar del *Po-pol-vuh* o Biblia de los aborígenes de América. *Po-pol* son en efecto raíces de perfecto abolengo tibetano o del país de los *Po-pas*, del que a su tiempo nos ocuparemos.

De admirar es por todo esto la intuición del astrónomo y arqueólogo orientalista Bailly cuando colocó el origen histórico de las ciencias en cierto pueblo antiquísimo de hacia el lago Baikal o sea hacia el paralelo 50, que es el límite del Gobi con la Angara y la Manchuria, *Man-kauria* o *Mankuria* (literalmente «la región de los caurios, kurus o quírites»); la región de los hombres de la religión solar primitiva, que de allí pasó a los primeros atlantes y, luego, de estos, a los etiopes, antecesores culturales a su vez de las cuatro naciones sabias más antiguas: Ario-india, Persia, Caldea y Egipto. A ello también aluden los párrafos siguientes de la Maestra H. P. B.

«Muchos días antes de *Ad-an* y *Heva* (quinta Raza) en aquellos territorios del Gobi y del Turquestán independiente donde hoy se extiende desolados desiertos, había antaño un vasto mar interior y en él una isla de singular belleza, habitada por los últimos restos de los *Hijos de la Voluntad* y de la *Yoga* (raza no generada físicamente como la actual, sino formada por el divino poder mental de *Kriya-shaki* o sea de la Voluntad y de la Yoga). Tal raza de verdaderos seres superiores o *Eholim*, comunicó a los hombres la «palabra perdida

iniciática» y de tal modo tenía ella sojuzgados a los elementos, que podía morar indiferentemente en el interior de la tierra, en el agua, en el aire o en el fuego. No había posibilidad humana de abordar a dicha *Isla Sagrada*, salvo por subterráneos que secretamente conducían a ella.» Hoy tales regiones, al decir de *La Doctrina Secreta*, están llenas de ruinas de ciudades, de las que ni el nombre se recuerda, a la manera de aquella encantadora ciudad egipcia de Ismonia, en la que yacen ocultos innumerables rollos y manuscritos que se creen destruidos por los tres incendios sucesivos de la Biblioteca de Alejandría, y en los que, sin embargo, más de una vez, en la solemne y silenciosa obscuridad de la noche, se han visto vagar de lejos, como tenues lucecitas, a los *Jinas* o genios del desierto, protegidos contra la intrusión de los profanos por pavorosos *afrites*.

Todavía en la misma India quedan recuerdos de aquellos seres hoy representados por sus ínfimos discípulos, los, sin embargo, linajudos y sabios takures, de los que, en otro lugar de su obra *Por las grutas y selvas del Indostán*, dice H. P. B. :

«Los takures están reputados como descendientes directos de Surya (el Sol), por lo que son denominados *surya-vansa*. Arrogantes, cual ninguno, tienen el proverbio de que «el cieno de la Tierra no puede empañar los divinos rayos del Sol». A nadie desprecian, excepto a los brahmanes, y honran únicamente a sus bardos, cantores de sus glorias pretéritas. De ellos ha escrito el coronel Tod que «la magnificencia y esplendores de las cortes rajaputanas, en los albores de la Historia fueron sencillamente maravillosos.» Además su país fue siempre pródigo en los más extraordinarios sucesos, que dieron lugar a las historias más peregrinas. Cada ínfimo reino del Ragistán cuenta con una Termópilas, y cada pueblecito ha dado su Leónidas. El velo de los siglos, no obstante, solapa y roba al mundo que después ha seguido, tales sucesos que el historiador no ha legado a la admiración de los hombres. Somnath pasaría así como una rival de Delfos; los Tesoros inauditos de Hind habrían eclipsado a las fabulosas riquezas del rey de Lidia, y asimismo los ejércitos de Jerjes al lado de los de los hermanos pandús, habrían remedado a un mero puñado de hombres.»

Y en otro pasaje de *Isis*, añade la maestra:

«Está completamente admitido que, desde tiempo inmemorial, el Oriente remoto era el centro de los conocimientos. Ni en Egipto, las ciencias naturales eran estudiadas tan profundamente como en la arcaica Asia Central... Los hierofantes egipcios, a pesar de practicar una moral pura y austera, no pueden ni por un momento ser comparados con los ascetas gimnósofos, ya sea por la santidad de su vida, ya por la sobrenatural renuncia de todo lo terreno. Cuando los conocen bien, experimentan por ellos mucha más veneración

que hacia los magos caldeos. Desdeñando las más simples comodidades de la vida, moran en los bosques apartados, llevando la vida de los ermitaños más retirados (Amiano Marcelino, XXIII, 6). A pesar del borrón arrojado por la historia sobre cuantos han practicado la magia y la adivinación, se les considera como poseedores de los mayores secretos en la ciencia misma y una habilidad jamás sobrepujada en la práctica. Numerosos son los volúmenes conservados en los monasterios hindúes en los que constan las pruebas de sus conocimientos. El intentar decir si estos gimnósofos eran los verdaderos fundadores de la magia en la India o si sólo ponían en práctica lo que habían recibido en herencia de los más antiguos Rishis, anteriores al período védico y de los que los propios brahmanes pretenden descender, será considerado mera especulación por los sabios del positivismo... Ellos conservaron su dignidad bajo la dominación de los más poderosos príncipes, sin condescender jamás a visitarlos ni a molestarlos pidiéndoles el más pequeño favor. Si estos deseaban los consejos u oraciones de tales santos hombres, estaban obligados a ir ellos mismos en su busca o a enviar mensajeros. Para estos hombres no había secretos, pues que las profundidades de la naturalezas, la fisiología y la psicología, eran para ellos libros abiertos y el resultado o sin tesis de su saber se encerraba en la ciencia llamada *machagiota*, a la que ahora se designa supersticiosamente con el nombre de *magia*, y de la que hay abundante documentación en el propio *Atharva Veda*⁸.

Todo esto capítulo aparte merece.

CAPÍTULO VI

LOS SHAMANOS DEL GOBI Y DE OTRAS PARTES

Las dos palabras, de «Gobi» y de «Shamo» o «Samano» con las que se designa al gran desierto del que nos ocupamos en el epígrafe anterior, pueden constituir, en clave filológica, un hilo de Ariadna para podemos orientar en el laberinto de cosas ocultas tan complicadas como sublimes. Intentemos algo sobre el particular.

«Go», es «Gau», por la ley de la guna y el vridghi que dicen los sanscritistas, transformándose la *o* en *au*, al modo de lo que sucede también con este último diptongo en lengua francesa. «Gau», a su vez, es la Vaca Sagrada o Simbólica de la que nos hemos ocupado en tantas obras, principalmente en *De gentes del otro mundo* y en los comentarios de *Por las grutas y selvas del Indostán*. El mismo príncipe Sidharta Sakya-muni no llegó a la categoría de Buddha de la Compasión sino después de haber vivido dos años en el desierto «alimentándose tan sólo de la leche de la Vaca», quiere decir, instruyéndose en la Doctrina de la primieval Sabiduría, doctrina luni-solar o de «la Vaca», conservada, como el tesoro más preciado, por Seres superiores que, a bien decir, han superado el nivel de la Humanidad. Cuando luego Siddhata («el poderoso», de *siddhi*, poder), regresó entre los suyos, «su cuerpo brillaba como el propio Sol» y desde entonces tomó el sobrenombre de *Gauthama*, «el conductor de la Vaca», o sea el divino vehículo de aquella Sabiduría de las Edades, llamada a perdurar durante todo este Manvántara o «ciclo de Humanidad».

También Arjuna, en el Bhagavad-Gita, dirigiéndose a Krishna su maestro, le llama «Govinda» o «Gau-bindya», como cuando, desalentado ante la lucha espantosa que se le avecina —¡la lucha tremenda por el Ideal!—, tienen aquella frase de desaliento que dice: «Govinda, ¡no quiero pelear!»⁹.

El mismo verbo latino «gaudeo», en directa derivación del sánscrito, tiene la significación de «gozo supremo» y hasta la de «éxtasis» o «epopteia», a diferencia del vulgar «laetifico» y en recuerdo del sublime gozo que en los corazones de los hombres puros produce aquella doctrina salvadora de la Vaca o «Gau». «Quidam gaudere decet, laetari non decet», que dice Calepinus.

En cuanto a «Shamo» o «Shamano», la palabra es ya harto familiar a los teósofos para que insistamos mucho en ella. *Sha*, es «rey» (y por ello así se denomina, entre otros, al rey de Persia), y *mano manu* o *hu-man* es «hombre», en todas las lenguas del tronco ario y aun en las otras. De modo que la tal palabra compuesta designa clarísimamente al Gobi, «al

lugar de la secreta residencia de esos seres divinos a los que, como dice la Maestra, no sería idolatría el adorarlos». Por eso el nombre de shamano designa en China y Japón a dichos Seres superiores que viven ascéticamente apartados en los desiertos y en «las montañas sagradas», y a quienes hasta los mismos emperadores iban a consultar en los momentos difíciles. Un pasaje muy notable relativo a uno de estos shamanos figura en el relato blavatsquiano de «Una vida encantada», relato incluido en nuestro libro *Páginas ocultistas y cuentos macabros*, que le comentan. Tales shamanos, repartidos para salvaguardia del mundo por todos los países de la Tierra aunque inabordables al hombre vulgar, son los mismos conocidos en la India por «todas», al tenor del pasaje de *Isis sin Velo* que dice: «Contra la opinión general, podemos asegurar que los «badagas» de los montes Nilghiri de la India son los más fieles adoradores de los «todas», raza misteriosa de los hombres más hermosos de la Tierra, con la majestad y típica belleza del Zeus griego. Decimos «adoradores» porque aquellos visten, alimentan y sirven a cada toda como a una divinidad. De estatura gigantesca; blancos como los europeos; con cabellera y barba largas y rizada a las que, jamás ha tocado navaja ni tijera (cual los «nazarenos» de Siria) y hermosos, en fin, cual una estatua de Fidias o de Praxíteles, los todas rehuyen el comunicarse con los extranjeros. Nadie ha presenciado nunca el entierro de ningún toda, ni visto ancianos entre ellos. Las epidemias no les atacan nunca mientras diezman a los indígenas, como tampoco las fieras ni las serpientes. Los todas no se casan y se les reconoce por poseer una complexión particular. Cada tres años deben ellos dirigirse a cierto sitio secreto en donde tienen una especie de asamblea. Además, no son ellos la única tribu misteriosa de la India. Algunas van citadas anteriormente, pero ¡cuántas otras más hay en aquel país, nunca mencionadas, pero que existen, sin embargo!»

¡Y tanto que existen allí y en todas partes, hasta en nuestra propia Península, añadimos nosotros! Los lugares elevados, alejados del mundo, y con preferencia los anfiteatros montañosos que tiene el Planeta, como ya vimos.

Modelos de tales retiros es el del Bhao-Mallin, del que dice H. P. B.: «El majestuoso monte de Bhao Mallín alza su cima que fue antaño la morada de un santo eremita y hoy es visitada por millares de peregrinos. En la cresta aquella a dos mil pies del nivel del mar, hállase una fortaleza y detrás de ella otro peñasco de 270 pies con las ruinas de otra fortaleza o castillo mucho más antiguo donde se refugió el asceta durante 75 años. Cómo o de dónde obtenía él el alimento, será siempre un misterio; créese por algunos que comía plantas silvestres, pero allí, sobre la pelada mole roquera, no existe vegetación alguna. No hay modo tampoco de escalar esta roca tajada a pico como no sea trepando por una cuerda

y apoyándose en los agujeros del talud apenas mayores que para introducir en ellos los dedos de los pies. Deputaríase, pues, la ascensión como reservada a monos o a acróbatas, si la devoción no proporcionase alas a los hindúes para subir allí, sin que nunca se haya registrado, sin embargo, accidente alguno. En cambio, una partida de turistas ingleses a quienes se les ocurrió la desgraciada idea de querer subir para explorar las ruinas, fue lanzada al abismo por una racha de viento levantado de improviso.

»Khandala es también un villorrio en la meseta de la serranía de Sahiadra a unos 2,000 pies sobre el nivel del mar y rodeada de picachos extraños. Uno de estos picos, erguido sobre el abismo, remeda un colosal edificio de un solo piso, con plano techo y almenado parapeto. Se asegura que en cierta parte de dicha colina se abre una entrada secreta que conduce a vastísimas salas interiores, a un verdadero palacio subterráneo y que aún existen gentes que poseen el secreto de semejante mansión. Un santo eremita y mago «que habitó aquella cripta durante varios siglos», comunicó su secreto a Sivají, el celeberrimo instructor de los ejércitos de Mahratta, Predecesor del Tanhäuser de la ópera wagneriana, pasó este siete años de su juventud en esta misteriosa mansión y en ella adquirió su hercúlea fuerza y su valor inaudito. Sivají fue el héroe y rey de los Mahrattas en el siglo VII y fundador de un imperio muy fugaz. A él debe la India el haber sacudido el yugo mulsumán. Con mano de infante y estatura de mujer, gozaba, sin embargo, de una fuerza prodigiosa que se atribuía a magia por sus compatriotas. El Dekan está plagado de leyendas a él relativas y los mismos historiadores ingleses le mencionan con respeto. Aquellas tradiciones dicen que Sivají no ha muerto, sino que vive ocultamente en una de las criptas de Cahiara en espera de aparecer de nuevo para volver a libertar a su país.»

Lo que precede es la repetición de la leyenda irlandesa de los Tuatha de Danand (*c.* VII de *De gentes del otro mundo*), que invisibles habitan hoy las montañas sagradas de la verde Erin en espera de regresar algún día entre los hombres cuando su espiritualidad vuelva a hacerlos de ellos dignos. Es, en fin, la leyenda universal relativa a la ocultación actual y el futuro retorno de la Religión-Sabiduría primitiva de los excelsos *jinas* o shamanos del Gobi, a la que también se alude simbólicamente en el cuento del *Jorobadito* (véase nuestro libro *El Velo de Isis y Las mil y una noches ocultistas*), aparentemente muerto por los sectarios de las diversas religiones positivas, arteras veladoras de la verdad perdida y, sin embargo, sólo dormido... De tales Seres superiores y de sus invisibles o inaccesibles retiros actuales, existen multitud de reminiscencias y leyendas en nuestra propia Península y de ello hay en nuestros libros numerosos ejemplos.

En las cumbres galaico-leonesas de la Aguiliana o Aquiana, al Sur del Castillo templario

de Ponferrada hállase otro de los sitios correlativos al majestuoso Bhao-Mallín y demás antes citados y nuestros San Genadio y San Salomón o Suleimán («hombre solar»), el de los dados de madera de «tejo» conservados en la catedral de León («capilla de los dados»), son los equivalentes españoles de aquellos santos eremitas tibetanos e hindúes, y de ellos también son pobres y necromantes remedos hoy los solitarios de las *Ermitas de Córdoba* y otros varios ascetas españoles con los que algunas veces hemos tropezado en nuestras exploraciones. Los célebres monjes de la Tebaida y tantos otros de la *Leyenda áurea* y la hagiología cristiana, eran solitarios análogos a los dichos, aunque, desgraciadamente, su odio mortal hacia todo lo que sea alusivo a la Primitiva Religión de la Naturaleza, les haga figurar en las filas de la Magia Negra.

Alejandra David-Neel, la intrépida y sincera habitadora del Tíbet durante catorce años y a quien cien veces tenemos que citar con encomio en estos apuntes, en su libro *De la China a la India a través del Tíbet*, trae el siguiente pasaje relativo a un fantástico castillo natural habitado sin duda por alguno de aquellos misteriosísimos seres.

«He vivido durante muchísimos años, dice, al pie de las nieves eternas, así como en las herbáceas soledades de la región de los grandes lagos, la extraña vida de los anacoretas tibetanos; conozco su encanto especial y todo lo que con ello se relaciona, despierta mi interés. Así que, mientras mis ojos permanecían fijos sobre los roqueños palacios del Dokar-la o «collado de Dokar», a 5.000 metros sobre el nivel del mar, una convicción intuitiva se fue apoderando poco a poco de mí: ¡alguien, sin duda vivía allí! Me lo advertía un como misterioso mensaje, y una especie de coloquio mudo se estableció entre *él* y yo, invisible el uno al otro. Además, ¿qué importaba después de todo, el que sobre aquella enhiesta montaña un sér, humano o no humano, residiese? La voz que yo creía oír en el fondo de mi conciencia era el eco en mi espíritu de las ideas milenarias hacia las que el pensamiento de Oriente vuelve una y otra vez; las ideas que parecen haber hecho de las altivas cumbres del Tíbet una de sus inexpugnables fortalezas.»

El mito o «verdad con el ropaje de la fábula» relativo a las Montañas sagradas, no tiene otro origen. De los *jinas* o Seres superiores que en ella habitan invisibles, ha hecho el propio catolicismo el culto de sus ermitas, culto jaino en el fondo, al que, como los romanos hacían con el también jaino Templo de Jano, recurren, con preferencia a las mismas iglesias, en los supremos momentos de angustia o de calamidad, amen de celebrar en aquellas su inevitable y culminante fiesta anual. Para terminar este epígrafe copiemos lo que acerca de dichas montañas sagradas escribe Dulaure :

Las montañas ocupan un lugar considerable en las religiones primitivas, pues eran veneradas por los pueblos cuyo horizonte limitaban sus masas eminentes. Sus cimas ocultas entre nubes, parecían llegar con

frecuencia a los cielos: en sus laderas nacían manantiales de feraces riberas, o torrentes devastadores. Sus cumbres, coronadas de nubes tempestuosas, eran manadero de relámpagos y rayos. Las montañas, objeto de agradecimiento y de terror, de temor y de esperanza ora amenazadoras, ora protectoras, oponían barreras difíciles de franquear a los enemigos limítrofes. ¿Cómo no iban a ver los hombres salvajes un poder sobrenatural, una divinidad en ellas? Las montañas se convirtieron en dioses que recibieron el homenaje de casi todos los pueblos de la tierra.

Máximo de Tiro dice que en su siglo se creía que los primeros mortales adoraron a las montañas como símbolos de divinidad; y que, quienes vinieron después, se persuadieron de que no había montaña que no sirviera de morada a algún dios... Esta adoración, hija de la ignorancia que se sostuvo por la fuerza del hábito, llegó hasta los siglos cultos y se mantuvo en el pueblo más civilizado de la antigüedad. El *Monte Merú* es una supuesta montaña alzada en el centro del *Svarga* u Olimpo de los induistas. Se supone situada en el norte de los Himalayas. Según la tradición el *Merú* era la región de la bienaventuranza de los primitivos tiempos védicos. Se la designa con otros nombres: *Ratnásanu* (Cima de la piedra preciosa), *Hemádri* (Montaña de Oro), *Karnikâchala* (Montaña de Lato), y *Amarâdri* (Montaña de los Dioses). Parece que se indica su situación en el centro del Polo Norte, sitio del primer continente de nuestra Tierra, o sea en el centro de la India rodeada de otros montes secundarios. Simbólicamente la cima de este monte místico está en el cielo, su parte media en la tierra y su base en los infiernos, y en su cumbre está la ciudad de Brahma. Esotéricamente interpretada hace suponer se refiere a los lindes que separan a la atmósfera terrestre del éter puro, o bien que el *Merú* es el círculo que limita la vitalidad terrestre. En los más hermosos tiempos de Grecia se rindió culto a las montañas. Los dioses moraban de ordinario en el monte *Casio*, en el *Olimpo*, en el *Ida* de la isla de Creta y en el *Atabyris* de la Isla de Rodas. Los griegos conservan atributos de Júpiter reveladores del origen y afinidad de este dios con las montañas. El águila de que suele ir acompañada la representación de este dios es un ave de cumbres; y la ridícula forma del rayo de que está armada su mano o las garras del águila nos recuerdan los relámpagos y el trueno que, al parecer, parten casi siempre de las montañas.

Los montes *Ida* del Asia Menor, *Dindimo*, *Pesinuto* y *Berecinto* estaban dedicados a Cibele, la madre de los dioses. A estos hay que añadir el monte *Cibele* que también se consagró a esta diosa o, mejor dicho, que era la diosa misma, pues la palabra *Cibele* significa a un mismo tiempo la montaña y la diosa de este nombre; lo que prueba la identidad existente entre ambas. *Saturno*, padre de Júpiter, es el nombre de una montaña situada en las cercanías de Atenas. Según dicen Justino y Festa, la montaña en que los romanos construyeron el Capitolio se llamaba también Saturno. De manera, que Saturno no era sino una montaña antes de que los romanos la confundieran con el *Cronos* de los griegos, dios del tiempo. Los alegoristas no tardaron en dar una mujer a este dios, a la cual llamaron *Rea*, y esta Rea, tan celebrada por los poetas, era una montaña situada cerca de Lampsaco. Era conveniente que los dos dioses fueran de naturaleza semejante.

Los antiguos creían que el *Atlas* y los montes de *Argea*, de *Anazarbia*, el *Brotis*, el *Quemis*, el *Hipo*, el *Gauro*, el *Libano*, el *Anti-Libano*, el *Panion*, el *Peloria*, el *Ródepe*, el *Sipilo*, el *Taurus* y el *Viario* eran montañas divinas. Los getos adoraban a una montaña en donde residía su soberano pontífice, altura que era el santuario más celebrado del país y recibía el nombre de *montaña santa*. También los tracios, vecinos suyos, tuvieron su montaña sagrada, la cual fue conquistada por Filipo, rey de Macedonia. Los galos rendían culto a las montañas, y en la cima de los Alpes tenían un venerado santuario. Veneraban al San Gotardo como a una de sus divinidades. En los Pirineos existían muchas montañas sagradas, cuyo culto ha aprovechado el

Cristianismo; tal es el *Caillou de l'Aragé*, situado sobre la montaña vecina de *Heas*, célebre por las fabulas religiosas y por el culto supersticioso de que era objeto. Una inscripción encontrada cerca de Bagnères de Luchón y otra hallada en Baudan, en las proximidades de Bagnères de Bigorre, ofrecen votos hechos a las montañas y demuestran la existencia de este culto en la cordillera Pirenaica. Los italianos adoraban al monte Soracto.

Las montañas, y principalmente las limítrofes, eran preferidas para hacer sacrificios a los dioses, llevarles ofrendas, dirigirles oraciones y erigir templos y altares en su honor. Tácito dice que, como las montañas están próximas al cielo, los dioses se hallan en mejores condiciones en oír las plegarias que los mortales les dirigen desde ellas. En las montañas es donde nacen, se educan y se manifiestan los dioses a los hombres. Jesús predicó el sermón más trascendente de la moral cristiana en una «Montaña» y su crucifixión y muerte tuvo lugar en el «Monte» Calvario. En la Biblia puede hallarse numerosos ejemplos de altares colocados en lugares elevados. Los altares de Bethel, del monte Galaad, de Sicheim y muchos más son prueba de ello. Dios entregó la ley a Moisés en un monte: el Sinaí. Agathias reprochas en el siglo VI a los alemanes, súbditos de los francos, de adorar a los ríos, las montañas y los árboles. En el siglo VII, San Eloy, obispo de Noyon, y San Gregario, papa, hacen el mismo reproche a los franceses. Lo mismo podría objetarse de otros países que tienen sus «Montañas» místicas, pero por algo fue que el genial mitólogo y músico compositor Wagner desarrollara su gran drama sacro «Parsifal» en el «Mont-Salvat» o sea una «Montaña» Sagrada.

CAPÍTULO VII

LOS SERES SUPERIORES DEL GOBI Y DEL TÍBET

Por chocantes que parecer puedan los asertos contenidos en el epígrafe anterior, nada tienen en sí de «sobrenaturales» en el sentido que puede darse a esta vana palabra en Occidente, porque como dice H. P. B. en su Prefacio a *Isis sin Velo*, «nada hay sobrenatural en la Naturaleza, sino cosas conocidas y cosas aún por conocer». Criterio mantenido también por A. David-Neel, cuando dijo en una conferencia en el *Colege de France*¹⁰:

«Todo cuanto de cerca o de lejos se relaciona con los fenómenos psíquicos en general, debe ser estudiado como otra ciencia cualquiera. No hay en ello milagros, ni nada sobre natural, ni que deba engendrar ni nutrir a la superstición. El adiestramiento psíquico razonado y científicamente conducido, puede conducir a los resultados deseables. Por eso los datos recogidos acerca de aquel adiestramiento, aún los practicados empíricamente basados en teorías a las que no siempre nos podemos someter, constituyen documentos utilísimos, dignos de toda atención.» Tal es el verdadero determinismo científico, tan distante del escepticismo como de la ciega credulidad.»

La misma autora añade en otro lugar:

«No obstante la ingeniosidad desplegada por los tibetanos en su deseo de encontrar una explicación racional a todos los prodigios, algunos de estos permanecen incomprensibles, bien porque sean pura invención, bien por otras razones. Por ejemplo, ellos admiten que los místicos avanzados no tienen precisión de morir al modo ordinario, sino que pueden, cuando ellos lo deseen disolver su cuerpo de modo que no queden trazas de él.

»Cuéntase que Retchungpa, esposa de Marpa, se incorporó a su marido en el curso de cierta meditación. Semejantes tradiciones cuyos héroes vivieron hace siglos, se nos presentan como leyendas, pero el hecho siguiente es muy apto para interesarnos, tanto más cuanto que en lugar de producirse en un sitio solitario, el prodigio se dice realizado en pleno día, delante muchos testigos. Debo declarar que no me encontraba entre estos, cosa que deploro en alto grado. Mis informes proceden de gentes que me han afirmado unánimemente haber presenciado el fenómeno. El solo lazo que tengo con el milagro es que he conocido al que se dice héroe de él.

»Este último era uno de los guías espirituales del Tachi-lama, guía denominado Kyongbú rimpotché. Cuando residí en Jigatsé, era ya viejo y residía como eremita a algunos

kilómetros de la ciudad, sobre la orilla del *Yesu Tsangpo* (Brahma-putra). La madre del Trachi-lama le tenía en alta veneración y durante el tiempo que estuve a su lado escuché de sus labios multitud de historias extraordinarias respecto del santo asceta. Se decía de él que, a medida que transcurrían los años la estatura del sabio y santo asceta disminuía, hecho al que los tibetanos atribuyen ser un signo de altísima perfección espiritual existiendo numerosas tradiciones de místicos-magos que, habiendo sido en su juventud de elevada estatura, se fueron reduciendo gradualmente a proporciones minúsculas, desapareciendo finalmente.

»Cuando se empezó hablar de la consagración de la nueva estatua a Maytreya, el Trachi-lama formuló el deseo de que Kyongbu-rimpotché procediese a la ceremonia, más éste declaró que él habría ya muerto antes de que la estatua fuese completamente terminada. El Trachi-lama, me dicen, rogó al eremita que retardase hasta entonces el momento de su muerte a fin de que pudiese consagrar el templo y la estatua. Semejante pretensión podrá parecer harto peregrina a un occidental, pero ello está muy de acuerdo con la creencia tibetana de que los grandes místicos pueden escoger el momento de su muerte. El eremita, defiriendo al deseo de su discípulo el Trachin-lama, prometió officiar el día de la consagración.

»Entonces, o sea un año después de mi partida de Jiyatsé, templo y estatua estaban terminados y se fijó la fecha para la inauguración. Llegado el día, el Trachi-lama envió una magnífica litera y una escolta a Kyongbú-ripotché para conducirlo a Trachihumpo. Los hombres de la escolta vieron al eremita ocupar su puesto en la litera, la cual fue cerrada, comenzando la marcha.

»Durante este tiempo, muchos millares de personas se habían congregado en Trachihumpo para presenciar la ceremonia y cuál no sería su admiración cuando vieron todas llegar a Kyongbu-rimpotché solo y a pie. Atravesó el templo en silencio, se adelantó hacia la gigantesca estatua hasta tocarla y fundirse gradualmente en ella. Un poco más tarde los portadores de la litera seguidos de la escolta, llegaron, abrióse de aquélla... pero la litera estaba vacía. Desde aquel momento nadie a vuelto a ver al asceta.»

Fenómenos semejantes a estos acaecieron a H. P. B.

De un interesante relato de Vera P. Jelihovsky, hermana de Blavatsky, copiamos: «Tengo de Helena otra carta escrita en 1881 desde Meerut, más allá de Allahabah, después de una grave enfermedad. Sus amigos iban a llevarla al campo cuando recibieron la orden de dejar los sitios transitados e internarla en la montaña. «Allí, encontraréis ciertos individuos –le dijeron– que os guiaran a los bosques sagrados de Deoband». He aquí un párrafo de la

carta que aquella me escribió tres semanas después: «Perdí el conocimiento –dice–, y no conservo recuerdo alguno más que el de que fui llevada en palanquín hasta una gran cima. Me encontré luego acostada en una estancia espaciosa, tallada en la roca viva y completamente vacía a excepción de algunas de Buddha y de unos pebeteros que esparcían muy agradable perfume. Un anciano completamente blanco, se inclinaba sobre mí dándome pases magnéticos que sumían mi cuerpo en un bienestar indescriptible. Apenas si tuve tiempo de reconocer en él al lama Delo-Durgai, a quien había encontrado en el camino unos días antes y que me había dicho que nos volveríamos a ver. Luego caí en un extraño sueño y cuando desperté me hallé de nuevo al lado de mis amigos, ya sana de cuerpo como de espíritu.» Nunca fue permitido a sus amigos ingleses ni a los naturales que la siguiesen en tales expediciones misteriosas en que se suponía que iba a ver a algún ser superior. A pesar de esta convicción abrigada por los que la rodeaban, nunca nos descubrió que visitaba a sus Maestros. Sin embargo, en una de sus primeras cartas de 1879, relata la participación de uno de estos seres en uno de sus viajes con el coronel Olcott entre restos de antiguos templos.»

Caso análogo en punto a la existencia de los Jinas o Seres superiores citados con ocasión del país del Gobi o Shamano, es el siguiente, que también tomamos de *Místicos y Magos del Tíbet*:

«Cierta día el príncipe Sidkeong tulku, Daling-lama y yo conversábamos en el *bungalow* de Kewzing. La conversación recayó sobre los ascetas místicos. Con reconcentrado e impresionante entusiasmo el de ordinario impasible lama nos habló de su maestro, de la sabiduría de éste y de sus poderes supernormales. El príncipe experimentaba también la veneración que irradiaba de las palabras de aquél. Además, a la sazón, acariciaba Sidkeong proyectos de matrimonio con una princesa birmana. «Lamento, me dijo en inglés, no poder consultar a un gran excelso *nadjorpa*, porque podría darme un buen consejo». Y después, dirigiéndose al *gomtchen* o lama, añadió: «Es una lástima que vuestro maestro no se encuentre aquí, porque tengo gran precisión de un sabio clarividente como él.» El *gomtchen* replicó con su frialdad habitual: «¿Es asunto grave...?» «Importantísimo», contestó el príncipe. «En tal supuesto, a caso podáis recibir de él la respuesta que deseáis», terminó el *gomtchen*.

«Yo imaginé que se trataba de enviarle una carta-consulta por algún mensajero e iba hacer observar la enorme distancia que para ello habría que salvar hasta el Tíbet oriental, cuando víme sorprendida por el aspecto extraño que acababa de tomar la cara del lama. Tenía él cerrados los ojos, estaba extremadamente pálido y su cuerpo se contraía. Traté,

alarmada, de acudir en su socorro temiendo un accidente súbito, pero el príncipe me contuvo murmurando: «No os mováis. El gomtchen cae con frecuencia en trance. Si violentamente le sacáis de él, puede enfermar y hasta morir.» Permanecí, pues, quieta, contemplando al hombre que continuaba en su estado de trance. Sus rasgos fisonómicos se habían cambiado, su vista se abrió tomando una expresión para mi nueva y sorprendente. El príncipe hizo un gesto de espanto. En efecto, el que en tales momentos teníamos delante no era el lama de Daling sino otro sér perfectamente desconocido, quien, desplegando con gran esfuerzo los labios y con voz diferente de la del *gomtchen* exclamaba: «No os preocupéis del caso, pues es problema que no os será planteado jamás». Tras esto, cerró lentamente los ojos; se alteraron sus rasgos y de nuevo volvió a ser el lama de Daling con su fisonomía habitual. Reuyendo nuestras preguntas, se retiró en silencio tambaleándose y como desecho por la fatiga. «Su respuesta carece de sentido», replicó el príncipe. Sin embargo, por casualidad o por lo que fuese, el porvenir demostró que, desgraciadamente, tenía un sentido la respuesta. El problema que en efecto angustiaba al joven maharajá se refería a su prometida y a una cierta ligadura que él mantenía por otro lado con cierta jovencita de la que tenía un hijo, lazo que no quería romper casándose con la princesa birmana. El problema de tal duplicidad se resolvió por sí solo: El príncipe murió antes de consumir el enlace proyectado.»

Para finalizar este epígrafe, y aunque no siempre estemos conformes con sus teorías ni su modo de ver los problemas de la Sociedad Teosófica, citaremos los siguientes conceptos de C. W. Leadbeater, acerca de H. P. B. y de los Seres superiores o Mahatmas que con ésta se relacionaron,

«Al principio Mme. Blavatsky no hablaba tanto de los maestros como de los Hermanos, y por este término quería expresar no sólo los grandes Jefes de la Jerarquía, sino sus servidores, los empleados, como si dijéramos, de los diversos departamentos, a quienes ella miraba como iguales, y los trataba más bien como ayudantes y amigos que como objetos de exagerada reverencia. Para su Maestro ella tenía siempre la mayor devoción, y le obedecía inmediatamente, pero había camaradas de niveles subalternos que a veces le ayudaban en la producción de los fenómenos que jugaron tan gran papel en los primeros tiempos de la Sociedad. Había un grave egipcio llamado Tuitit Bey; había un joven discípulo a quien ella llamaba Benjamin «el desheredado», un ser alegre y a veces amigo de bromear.

Yo creo que Mme. Blavatsky empleaba sus términos con menos precisión de que nosotros hemos aprendido a tener; nosotros ahora restringimos el vocablo «Adepto» a aquellos que han pasado la quinta gran iniciación –la de Asekha– que señala el final de la evolución puramente humana; de hecho puede decirse que eleva al Arhat por encima de la humanidad, y que le hace definitivamente un superhombre. Pero yo he oído a Mme. Blavatsky hablar de «adeptos» que habían sido iniciados y adeptos que no lo habían sido –empleando evidentemente la palabra sólo en el sentido de uno bien impuesto en ciencia oculta– de igual modo que se pudiera hablar de un hombre como «adepto» ¡en el arte de peinar!

Nuestros Maestros, cuando nosotros tuvimos el honor de ponernos por primera vez en contacto con Ellos, eran ya Adeptos en el más alto sentido de la palabra –Adeptos Asekha– y por lo tanto, estaban en el nivel donde se les permitía tomar discípulos, si lo deseaban. A la pequeña proporción de Adeptos que tuvieron tal deseo es a los que verdaderamente corresponde el nombre de «Maestros»; y naturalmente, con ellos es con quienes hemos tenido contacto más íntimo. Algo más tarde –en el año 1907, para ser exactos– casi todos los Maestros a los que conocíamos íntimamente, alcanzaron el rango de Chohan, y asumieron la responsabilidad del gobierno de sus respectivos Rayos. El que alcanza ese nivel, generalmente no continúa trabajado con discípulos del plano físico, sencillamente porque no tienen tiempo de atenderles; pero nuestros Maestros, en su gran amor y compasión consintieron en seguir relacionándose con aquellos a quienes se habían educado, y así lo han hecho hasta el presente.

No debemos suponer, sin embargo, que aún los Adeptos que toman discípulos emplean mucho tiempo con ellos. El crecimiento del discípulo depende mucho más del firme e incesante efecto de las vibraciones del Maestro sobre sus vehículos, que de cualquier fragmento de instrucción directa que el Maestro pueda ocasionalmente otorgarle. Debe, por consiguiente recordarse, que los Adeptos, que tan bondadosos son al tomarnos como sus aprendices, hacen eso, no en lugar de su ordinaria labor diaria, sino *como adición* a la misma. Ellos se ocupan de la humanidad en masa, más bien que de las personalidades.

Podemos imaginarnoslos como tratando de influir en la opinión pública levantando nobles sentimientos de simpatía, piedad o patriotismo. Siempre están vigilando, y vigilando, cada cual en su propia línea, para aprovechar cualquier oportunidad favorable y fortalecer el bien o aminorar el mal. El Adepto brilla sobre un cierto grupo de gente –una nación quizá, o sólo una parte de ella, a la manera, que el sol brilla sobre un jardín– y los corazones de los hombres sensitivos de la nación se vuelven hacia arriba, como las flores hacia el sol, que se abren a éste sin saber de donde viene, pero sintiendo que su acción es buena y ennoblecedora.

CAPÍTULO VIII

EL ANCHO Y EL ESTRECHO SENDERO

La vista de los epígrafes precedentes el lector, crítico o escéptico, tiene derecho a preguntarnos por qué concedemos importancia a una serie de hechos que más bien parecen relatos de *Las mil y una noches*, a lo que responderemos con la firmeza del que ha realizado sobre estos asuntos un serio y dilatado estudio imparcial que en todos aquellos la realidad va, como siempre, mucho más allá que la más desbordada fantasía porque como dice el propio William James, «se trata de saber si los estados llamados místicos o superliminales son o no verdaderas ventanas abiertas sobre un mundo y superior al vulgar que nos rodea», consignando, desde luego, con Edmundo González Blanco en *El universo invisible* que lo intuitivo no se opone a lo discursivo, sino que es superior a él porque es «el más alto sentido estético», que dijo Benlliure y Tuero. «Los materialistas, añade aquél, parten de una intuición traducible al lenguaje físico-químico, y nada es demasiado insólito para ser verdad si no está en contradicción con las leyes de la Naturaleza tan poco conocida todavía por el hombre, y el que, como dice Arago, pronuncia fuera de la Matemática pura, la palabra «imposible», carece de toda prudencia científica. Modelados nuestros conceptos, según Bergson, sobre *lo discontinuo* de las sensaciones, la imaginación creadora forja *el continuo* y el historiador contemporáneo del psiquismo no puede menos de preguntarse asombrado, si es sincero, si la humanidad actual al cultivar el llamado espiritualismo experimental no retorna al punto de partida. Intuición y raciocinio además, no son en sí antagónicos, consubstancial es y complementados. No representan opuestos hegelianos. El sentimiento y el pensamiento, se abrazan al reñir.»

Se observará, en efecto, el curso que vamos siguiendo en estos sinceros apuntes. Como asunto previo al estudio del Tíbet propiamente dicho, hemos examinado primero la orografía general de Asia, encontrándonos con que la región montañosa central asiática es el verdadero «tejado del mundo» y clave según Argand de toda la geología del Planeta. Al tratar de acercarnos con la imaginación y con el espíritu lleno de amor, a semejante típica región, hemos seguido la célebre Ruta de los Hann, a través de un inmenso desierto: el Tak-lama-kan al oeste y el Gobi, al este. El nombre de *Gobi* y de Shamo o *Shamano*, que desde tiempo inmemorial lleva este último, nos ha embarcado en una serie de disquisiciones acerca de unos Seres Superiores al propio nivel de la Humanidad, doquiera conocidos con dicho nombre y con otros cien, y cuyas Individualidades, Historia y

Doctrina constituyen el alma de la Sociedad Teosófica, Sendero el más moderno y sin duda el más expedito para acercarse a Ellos y que una heroica mujer, incomprendida mártir de su siglo, nos desbrozó mucho más de lo que buenamente imaginamos con sus libros inmortales.

Semejante Sendero es el de antiguo conocido como «el Sendero Directo» o «estrecho Sendero», el «Sendero de los Jinas» o *Jina-yana*, a diferencia del ancho y fácil Sendero que sigue la humanidad vulgar a fuerza de siglos y de reencarnaciones, y denominado *Maha-yana*¹¹ o «gran Sendero». El uno es el sublime Sendero iniciático; el otro es el lento y rastrero de las religiones positivas, desde el viejo Hinduismo hasta los modernos Cristianismo y Mahometismo. H. P. B. nos indicó bien el origen de entrambos en la propia Atlántida, diciéndonos que, a raíz de la gran catástrofe, el sacerdocio explotador, a virtud de aquellas, dijo: «dividamos para vencer» y creó las religiones positivas como «rosados cuentos de niños» mitos y dobles velos o «re-velaciones», a lo cual los grandes Seres respondieron con el lema de «unámonos para resistir», instituyendo las iniciaciones: las últimas de ellas la masónica y la teosófica.

La fina intuición de Alejandra David-Neel ha sorprendido toda esta verdad al decirnos después de sus catorce años de vida tibetana, estas reveladoras palabras en su *Místicos y mágicos del Tíbet* :

«De un modo general, el mundo religioso tibetano —e igual puede decirse de los demás países— se divide en dos grandes grupos. El primero abarca a cuantos preconizan la observancia de los preceptos morales y religiosos y las reglas monásticas —o *vedantinas*— como medio de salvación. El segundo es de los que prefieren un método puramente intelectual o de estudio —pseudo-ateos o *advaityas*—, emancipándose de toda regla o precepto religioso, como aquellos librepensadores a los que se refiriera Proclo cuando dijo: «las almas grandes se inician por si mismas, sin necesidad de que nadie las inicie, y estas almas se salvan, según el Oráculo délfico»—. No hay un abismo, sino más bien un grado o matiz entre ambos sistemas. Rarísimos son, en efecto, los hombres religiosos adheridos al primer sistema que no reconozcan que la vida virtuosa y la disciplina monástica —o de la Vedanta, el Código del Manú y los demás códigos religiosos en general—; por excelentes que sean y aún por indispensables que parezcan, no constituyen ellas más que una simple preparación para la vía o la vida superior. En cuanto a los partidarios del segundo sistema, todos, sin excepción, creen plenamente en los efectos bienhechores de una estricta fidelidad a las leyes morales ya las de los códigos religiosos cuanto a las reglas monásticas. Además todos se muestran unánimes en declarar que el primero de los dos métodos —que

es principalmente se refiere el Código del Manú—, es el más recomendable para la mayoría de los individuos. Una conducta pura; la práctica de las buenas obras, especialmente la de la caridad —o sea, más bien *el Amor* en su acepción más universal, sublime y artística—; el despego hacia los intereses materiales, la tranquilidad del espíritu hacia las que la misma vida monástica debe tender a inclinar, conducen lenta pero seguramente a la iluminación, mientras que el otro método, por ellos denominado «el *Sendero directo*» es considerado como peligroso en grado supremo, cual si, como dicen los maestros que les enseñan, en lugar de seguir el camino que contornea a la montaña en subida graduada hacia la cumbre, se intenta escalar a ésta en línea recta, trepando por las tajantes rocas y franqueando por un hilo extendido, los abismos (el famoso «puente de las almas, agudo como filo de cuchillo» del símil del Corán). Un equilibrista privilegiado, de vigor excepcional y a prueba de vértigos y desmayos, es quien puede lanzarse a semejante prueba y hasta los más aptos no están ciertamente libres de un desfallecimiento repentino que los lance al abismo, cual alpinistas presuntuosos, y los lleve a los grados peores de la perversidad.

»Estas son las enseñanzas de las dos escuelas respectivas, al tenor de letrados y de místicos. Pero tales eruditos y pensadores forman en el Tíbet, como en todas partes, una ínfima minoría, y, mientras que los partidarios del «ceremonial» y de «la regla» se encuentran numerosos individuos llevando una vida puramente vegetativa en los monasterios, bajo la capa aquella de «la libertad completa» se cobijan infinidad de gentes nada a propósito para escalar cima alguna, pero a los que no se les puede negar la calidad de ser harto pintorescos. Toda la gama de hechiceros, adivinos, necromantes, ocultistas y magos, desde los más miserables hasta los que ocupan las más elevadas posiciones sociales, se encuentran entre ellos y nada más divertido que las interpretaciones originales suyas acerca de «la conquista integral», nacidas de sus cerebros desequilibrados. El clero oficial, es decir los monjes de la secta de los Gelupas, vulgarmente denominados «bonetes amarillos», fundada por Tsong-Kapa en el siglo XIV, se pronuncian en favor de «las reglas». Entre las sectas no reformadas o semi-reformadas de los «bonetes rojos» (los Sakya-pas y los Khag-yu-pas), que constituyen la mayoría de los monasterios tibetanos, dan también hoy la preferencia a la vía prudente de las «observancias» o «reglas». No siempre fue, sin embargo, así, porque los fundadores de los Khag-yud-pas: el lama Mar-pa y sobre todo el célebre vate Milarepa, eran decididos partidarios de la «vía directa». En cuanto a los Sakya-pas (¿partidarios de Sakya-muní, ¿o «budistas»?), que debutaron por la misma época, fueron en su origen verdaderos magos y las ciencias ocultas fueron especialmente cultivadas, y aún lo son hoy en sus monasterios, pero la filosofía les hace

actualmente una gran concurrencia entre la parte más selecta de los religiosos.

»Por supuesto, los verdaderos adeptos del camino directo se encuentran sobre todo fuera de los monasterios y constituyen la población de los *tsham-khanhs* o eremitas y viven como anacoretas en el desierto o en las cimas nevadas. Los motivos a que obedecen los que así se encaminan al sendero peligroso, son de órdenes diferentes: unos esperan encontrar allí la respuesta a problemas filosóficos que los libros no resuelven más que a medias; otros anhelan poderes mágicos; algunos presienten que por encima de todas las doctrinas, existe un conocimiento más completo y que pueden ser descubiertos otros aspectos de la existencia por aquel que ha desarrollado órganos de percepción más despiertos que los de nuestros ordinarios sentidos, y tratan de intentar el adquirirlos. Ellos han comprendido que todas las buenas obras del hombre son impotentes para libertarnos de la prisión del mundo y del *ego*, y buscan el secreto del nirvana, que es superación. Un pequeño número de curiosos medio escépticos, se ven impelidos por el deseo de experimentar acerca de lo que haber pueda de verdad en las singulares leyendas *sotovoce* vertidas aquí y allá respecto de ciertos raros fenómenos producidos por los grandes *naldjor-pas*. Todos estos aspirantes a tales fines, que casi siempre se les dibujan de un modo impreciso en sus mentes, son en su gran mayoría, miembros de una orden religiosa, aunque tal cualidad no sea indispensable. Las ordenaciones monásticas representan poco o nada entre los partidarios de las doctrinas místicas. Para ellos las iniciaciones son las únicas que tienen valor. Una notabilísima diferencia existe en efecto entre el simple monje y el candidato a las iniciaciones. El primero es llevado por sus padres al monasterio a la edad de ocho o diez años y en él continúa más por hábito que por efectiva vocación. El segundo suele contar ya más de 20 años y obedecer a un impulso íntimo, cuando, poco satisfecho de la vida monástica, solicita su admisión como discípulo de un maestro de la vía mística. La elección es decisiva para él.

»He oído, en fin, sostener a un lama letrado que las atrevidas teorías relativas a la libertad absoluta y desprecio hacia todas las reglas profesadas por los adeptos más avanzados de la vía directa, son el eco lejano de una enseñanza existente desde tiempo inmemorial en Asia central y septentrional. Este lama creía firmemente por ello que las doctrinas enseñadas durante el curso de las altas iniciaciones por los más extremistas de aquella vía, concuerdan perfectamente con las del Buddha, quien las ha preconizado en ciertos pasajes de sus discursos. Sin embargo, añadía aquél, el Buddha ha comprendido también que la mayoría de los hombres harán mejor con someterse a las reglas calculadas para subvenir a los malos efectos de su ignorancia y guiarle por un camino en el que no

hay por qué temer ninguna catástrofe moral. Por esta razón él dictó códigos de observancia para uso, tanto de los monjes, como de los laicos.»

Cuando tratemos del Tíbet propiamente dicho, ampliaremos las ideas que sugieren la lectura de estos notables tesoros que hemos arrancado de la rica cantera de las obras de David-Neel. Ahora procede una digresión para examinar, a la luz de aquellas enseñanzas, el grave problema del estado actual de la Sociedad Teosófica donde riñen sorda o clara batalla aquellos dos Senderos u orientaciones, cosa que haremos en el siguiente epígrafe sin ánimo de suscitar discusiones a las que no habremos de contestar y guiados sólo por el sentido histórico y crítico que inspiran estos apuntes.

CAPÍTULO IX

EL SENDERO DIRECTO Y LA SOCIEDAD TEOSÓFICA

Conocidas son de todos las circunstancias que rodean a la crisis actual de la Sociedad Teosófica, crisis que no vamos a estudiar a fondo en estos apuntes, pero sí decir algo acerca de la íntima relación que ésta puede tener con la doctrina expuesta tan clara y sabiamente por A. David-Neel acerca de las características del «ancho» y del «estrecho» Sendero, examinadas en el epígrafe anterior.

Fuera del campo de la más alta iniciación masónica, heredera de otras iniciaciones tales como la rosa-cruz, la templaria, la pitagórica, la gnóstica, etc. y antes de que diese H. P. B., en el siglo XIX, las incomprendidas enseñanzas de sus obras inmortales, el misticismo trascendente u ocultista era una solitaria e ignorada planta nacida en el ambiguo seno de las religiones positivas occidentales: mosaísmo, cristianismo y mahometismo, planta siempre aplastada bajo el férreo pie de los partidarios de «la letra que mata, en lugar del espíritu que vivifica». H. P. B. mismo, en su misteriosa y accidentada vida, sufrió la ordalía evolutiva de pasar por toda la gamma del psiquismo hasta alcanzar las cumbres de la espiritualidad y del martirio. fue primero una sensitiva, casi una medium al estilo del moderno espiritismo occidental; luego, como ella misma decía, y merced a sus asombrosos viajes; a su intuición poderosísima y a su conocimiento de múltiples Maestros del Sendero Directo que hubieron de iniciarla, «ya no fue medium, sino mediadora» entre Ellos y el mundo ignaro que jamás supo comprenderla, y como el Sendero Directo se basa en *el estudio y nada más que en el estudio, llevado luego virilmente a la práctica de la vida diaria*, después de su fracaso de sociedad en el Cairo, fundó con Judge, Olcott y otros la Sociedad que este último (según el mismo cuenta en su *Old diary leaves* o *Historia auténtica de la S. T.*), denominó *Teosófica*, por haber caído su mirada inadvertidamente sobre un diccionario abierto por la palabra *Teosofia* o doctrina de los gnósticos alejandrinos o neoplatónicos de los siglos III y IV, con el filósofo autodidacto o del «Sendero Directo» Ammonio Saccas, a la cabeza; doctrina que igualmente se denominó de los «filaleteos» o amantes de la Verdad; de los «eclécticos», o que libaban sus doctrinas en la de todas las escuelas, de los «armonistas» o buscadores de la unidad en la multiplicidad y, en fin, de los «analogistas» o «herméticos» por aplicar siempre la preciosa clave de la *Tabla esmeraldina* de Hermes Trimegisto de que «lo que está arriba es, analógicamente, igual que lo que está abajo, para obrar el misterio de la *Armonía* o de lo *Vario en lo Uno*».

Ello no era sinó «Sendero Directo», preconizado por Proclo al decir que «las almas grandes se inician por sí mismas, y tales almas se salvan, según el Oráculo de Delfos», eco así mismo de las enseñanzas del divino Platón, el discípulo de Pitágoras, como éste, a su vez, lo fuera del Buddha y de otros Maestros, en serie indefinida.

Consecuentes con esta tendencia ecléctica, armonista, sintética o directa, fue creada en Nueva-York, en 1875, la Sociedad Teosófica, con el fin de *estudiar lo que más tarde fuera su tercer objeto*, a saber «las leyes desconocidas de la Naturaleza y los poderes latentes en el Hombre», fin para el cual resultó premisa indispensable lo que hoy es el objeto segundo de aquella: «el *estudio* comparado (analogista, ecléctico o armónico) de todas las religiones, ciencias y filosofías, tanto de oriente como de occidente», en la más típica, salvadora y heroica acepción del «Sendero Directo».

Pero, sabios siempre los Maestros de este sendero al tomar a su cargo la nave de la sociedad naciente, cuidaron muy bien de darle *una característica suprema* que la salvase de caer en la Magia Negra (caída que ya hemos visto es tan fácil en el Sendero Directo como en el alpinismo), porque entre las dos opuestas ramas del tronco de la Magia, la de la Blanca es «el de la consagración por entero al servicio de la Humanidad («la Viuda», del simbolismo masónico), y la de la Negra, en cambio, el daño, retardo o retroceso consciente de la Humanidad tomando por arma el egoísmo de los vulgares o pequeños. Esto, en realidad, más que «un primer objeto de la S. T.» era un segundo lema o postulado, que bien pudo y debió ponerse al frente de ella tras el conocido lema del Maha-Rajá de Benarés, «diciendo no hay religión más elevada que la Verdad y la suprema Verdad es el servicio de la Humanidad, sin distinción de razas, sexo, credo, casta o color». Tan cierto es que aquel hoy «primer objeto de la S. T.» no es sino un postulado indispensable, *un requisito esencial previo tan sólo, para ella*, y que es común a la Revolución francesa, a la Masonería, al Cristianismo, y, en general, a todas las religiones positivas, lo practiquen o no, porque no puede considerarse, a diferencia de los otros dos objetos, tónica exclusiva de la S. T., ni merecía por tanto hacerle característico de sólo ésta. Por eso la Sociedad originaria (que quedara en los Estados Unidos al trasladarse H. P. B. y Olcott, quizá equivocadamente, a Bombay y luego a Adyar), bajo la dirección de W. Q. Judge, luego bajo la de Catalina Tingley y hoy bajo la del Sr. Purucker, considerándolo así hubo de titularse a su vez «Sociedad Teosófica y Fraternidad Universal» o como si dijéramos, «de *estudio sintético* de toda religión, ciencia, arte, etc. hasta aquí conocidas (*o poligrafía*, tan característica de los genios o *jinas humanos*), e investigación, o *estudio también*, de todo lo por conocer», al tenor de aquel sabio párrafo inicial de *Isis sin Velo* que dice «no creemos

en magia alguna que exceda del poder ni de la comprensión del hombre, ni en milagro alguno, sea divino o diabólico que vaya en contra de las leyes naturales establecidas desde la eternidad. La palabra *evolución* habla por sí sola y si el hombre actual ha evolucionado desde la ascidia o el cieno globerino hasta ser lo que es hoy, racional es pensar que no ha desenvuelto aún toda la plenitud de sus poderes», y la busca de estas leyes aún desconocidas, Sendero directo –añadimos nosotros– no es sino el esfuerzo redentor que el alma humana realiza para retornar a lo Divino, al tenor del «dioses sois y lo habéis olvidado», de Pitágoras y de Jesús.

La exposición que precede evidenciará ante los ojos de todo teósofo libre de prejuicios sectarios o cretinos, que, sea el que fuere el uso que las diversas «Sociedades teosóficas en cisma» hayan hecho de aquellos dos objetos *de estudio, de exclusivo estudio*, estos dos objetos, segundo y tercero, son en sí título bastante para colocarlas por encima del nivel de cualquiera otra sociedad contemporánea, cuyas finalidades cabrían perfectamente en aquellas como la parte en el todo, cosa que, dicho sea de paso, agrava enormemente nuestra responsabilidad como tales teósofos, y el error, tan frecuente, de que «basta sentir la Fraternidad Universal para ser un buen miembro de la S. T.», es hijo de confundir al *teósofo* o *teosofista* (que puede ser tal teósofo sin pertenecer a la S. T., por aquello de «ni son todos los que están ni están todos los que son»), con el miembro de la S. T. que si no acepta o no cultiva los otros dos objetos, tiene sí, derecho a inscribirse en las listas de miembros, pero su labor, sino va más allá, será nula en cuanto a tal miembro, aunque loable y salvadora su actitud, para cuyo desenvolvimiento, o le basta «ser hombre» al tenor del «soy hombre, y nada humano me es ajeno», de Terencio, o bien ser miembro de cualquiera otra de las instituciones mencionadas (iglesias, masonería, etc.), que no han complicado su actuación más o menos provechosa, con pretensiones tan heroicas y excesivas nada menos que de cultivar la *poligrafía* (segundo objeto), y de las ciencias ocultas (tercer objeto), ciencias ocultas que ciertamente son en sí, como ciencias llamadas «malditas», un seguro peligro de Magia Negra, sino van inspiradas en el lema de la Fraternidad, o del Bien para la Humanidad y en la suprema ley del ocultismo o «reforma de uno mismo por la meditación y el conocimiento», es decir, por *la Yoga*, ya que, como enseña la Maestra, «las ciencias ocultas son al verdadero Ocultismo como la luz de una luciérnaga a la luz rutilante del astro del día.¹²

¿Qué más «Sendero directo», pues, que esta valentía en los objetos de una Sociedad: *Poligrafía, Ocultismo y ciencias ocultas*, bajo un doble lema de Verdad, por encima de todas las religiones y de Fraternidad Universal, sin distinción alguna de lo que este mísero

mundo divide a los hombres por la raza, el sexo, los credos, las castas o el color? Hay por consiguiente que convenir en que el mero formulado de estos dos objetos a la faz de una Humanidad que parecía presentir ya los horrores antifraternales de la Gran Guerra, vaticinados también por H. P. B. en 1889, significó sencillamente la proclamación a la luz del día ante el escéptico y egoísta mundo occidental de la superioridad y la posibilidad de un Sendero *directo, rebelde y heroico*, que ya empezara a través de las «herejías» de todos los tiempos, pero que tomó gran vuelo a partir de la Reforma, el Renacimiento, el método de Carterio, la Enciclopedia y las Revoluciones inglesa y francesa, Sendero, en fin, que en Oriente, siempre estuvo reservado a los pocos. Para prueba también de ello, no olvidemos que, reservado el tercer objeto según los estatutos, «a sólo una parte de los miembros de la S. T. para mejor cumplirle con *los selectos*, H. P. B. instituyó en sus últimos días una sección Esotérica o Escuela secreta a base de una de las tres disciplinas lógicas al efecto, a saber: la orientalista de la *Raja-Yoga*; la filosófica pagana del *Pitagorismo* y la *Cristiana o Gnóstica*, colocando aun por encima de éstas a la disciplina *Hermética*, flor y nata del Sendero directo, pues que, más que una disciplina, fue la proclamación paladina de dicho Sendero, ya que en ella el candidato a discípulo había de dirigirse por sí propio, al tenor del Dios Interior de su Conciencia; Cristo en el Hombre, que diría San Pablo y que es el Maestro de Maestros como Rayo encarnado en nuestra alma del Logos o Verbo que anima a todo el Universo.

Esta es, a la luz de una buena hermenéutica, la verdad jurídica e histórica del Estatuto constitucional teosófico, aunque acaso no acertaron a comprenderlo en todo su enorme alcance revolucionador del pensamiento moderno los propios fundadores y los teósofos de primera hora que, procedentes al fin del ancho Sendero religioso, no estaban lo bastante preparados para enfrentarse así tan cara a cara con el peligrosísimo y casi superhumano Sendero directo, llevando con la mejor buena fe, sin duda, a la naciente sociedad los inevitables prejuicios de su religión de origen y olvidando que los cultivadores críticos del *estudio* de las disciplinas comparadas en religión, ciencia, etc. (2.º objeto) y más aún, los buscadores de leyes desconocidas de la Naturaleza y de los poderes aún ocultos o latentes en el Hombre (objeto 3.º), ya no tenían ningún derecho a conservar, seguir y practicar creencia ni disciplina religiosa alguna concreta, por aquellos objetos superada, como el naturalista que estudia una lagartija no se pone a adorarla. Dogma, es lo contrario de crítica y creencia lo contrario de estudio. Y las consecuencias de tal error no se hicieron esperar. Ellas serán objeto del epígrafe siguiente que pondrá fin a esta indispensable digresión acerca del estrecho Sendero que directamente conduce hacia los Jinas, Superhombres o

Shamanos del Gobi: sendero de efectiva Teosofía o «ciencia de los dioses, de los semidioses y de los héroes», las tres clases superiores y complementarias de las otras clases o castas del Código del Manú, a las que pertenecen los hombres, ora talentados, ora vulgares, que no alcanzan aún el grado de evolución necesarios para comprender y estimar, en su superhumana condición, a los *jinas* o genios.

CAPÍTULO X

LA SOCIEDAD TEOSÓFICA SE HA APARTADO DEL SENDERO DIRECTO.

UN POCO DE HISTORIA

Decíamos en el epígrafe anterior que aún los teósofos de primera hora llevaron a la Sociedad Teosófica la inevitable tara de sus respectivas religiones de origen que, constitucionalmente, al tenor del segundo objeto de crítica religiosa y científica o «estudio comparado», ya tenían, como teósofos, que *superar* en pleno «sendero directo», cual el impúber que se torna púber o como el estudiante que pasa del Algebra elemental donde cada incógnita tiene un valor fijo, concreto y determinado, al Algebra superior, en la que cada incógnita tiene todos los valores en función de los valores de las demás incógnitas.

En efecto, H. P. B. y Olcott dejaron Norteamérica ilusionados por la amistad establecida entre la S. T. y cierta sociedad denominada de la Aria-Samaj cuyos fines no eran precisamente los eclécticos y armonistas de aquélla, sinó «la restauración de las primitivas tradiciones arias», es decir, el Hinduismo, religión que, por pura y elevada que la consideremos, no deja de ser, al fin, una religión positiva cuyos actuales mantenedores, los brahmanes, en general, dejan tanto que desear en punto a los Vedas cuanto los jesuitas modernos puedan dejar de desear también en orden al Evangelio. Primer error y primer tropiezo, pues que con la Aria-Samaj, hubieron de tarifar bien pronto los fundadores.

Y vino el segundo error. Ocurriósele a Olcott un buen día ir a visitar a los budhistas de Ceilán, no sin que, al saberlo, estallase en justa indignación H. P. B., amenazándole, si tal hacía, nada menos que con expulsarlo de la S. T. cuyo carácter de crítica de religiones la ponían muy por encima de cualquiera de las religiones criticadas. Olcott no hizo caso de las amenazas y aún ocurrió algo peor, a saber, que volvió de su triunfal excursión hecho todo un budista y con los gérmenes ya en su mente de un magnífico *Catecismo Budhista*, hoy traducido a todas las lenguas, con el que puso fin al viejo cisma existente entre el Budhismo del Norte y el del Sur. Una obra tan laudable en suma, *aunque siempre «de radio estrecho»*, como la pseudo-teosófica o semiteosófica intentada hoy por Roma de unir o federar a todas las confesiones del tronco *cristiano*, en lugar de la de unir todas las iglesias, cristianas o no, que sería lo verdaderamente teosófico. Después de esto, el mismo Olcott cuenta en su *Historia*, que, al volver de su gira triunfal, fue calurosamente felicitado por H. P. B., añadiendo, sorprendido, este comentario: «tal desigualdad entre la despedida y el recibimiento, me habrían hecho perder la confianza en la infabilidad de ésta, si alguna

vez la hubiese tenido.» ¡Incomprensión grande la de Olcott, de acuerdo con la ley de que jamás el talento ni el vulgo alcanzaron a comprender al genio! H. P. B. le reprendió muy justamente como teósofo, al cambiar «el oro de la alta crítica religiosa e investigadora de la S. T., por la calderilla de una religión positiva, cualquiera que ella fuese», pero, dentro de este error, no pudo menos de aplaudirle al volver, por su labor teosófica aunque de radio más corto, de unir, bajo un credo común, a dos ramas religiosas en cisma. Oportunista además H. P. B., al tenor de una política de circunstancias y como reacción o protesta contra las gentes cristianas que ya habían empezado a hacer blanco de sus persecuciones, según su costumbre a la S. T., hasta se avino luego a recibir en Ceilán el *pansil* u ordenación budhista, y estuvo denominándose a sí propia «rabiosa budhista» hasta los días de 1888 en que en su proemio a *La Doctrina Secreta*, explicó muy claramente la diferencia existente entre la palabra *Buddhismo*, o religión de Sidharta Sakyamuni (uno de los grandes «Buddhas de Confesión» que diría un jaino), de la palabra Budhismo (con una sola *d* en lugar de dos), o «Religión de la primieval Sabiduría», tronco científico-religioso de todas las demás que no hicieran luego sino adulterarla, o más bien *Bodhismo* de la raíz sánscrita *bod*, conocer, es decir, no fe y creencia, sino *conocimiento* y *estudio*.

Vino luego Annie Besant, a suceder a Olcott en la Presidencia de la S. T. de Adyar, tras un cisma que hubo de separarla de Judge y de la S. T. originaria neoyorquina, y esta notabilísima mujer, que, deslumbrada como Pablo con Jesús en su primera entrevista con H. P. B., hizo concebir desde su ingreso en la S. T., las esperanzas más halagüeñas, a los cuatro años de ocupar la presidencia, realizó lo que en nuestro modesto pensar y desde el primer momento calificamos de un «golpe de Estado a la Carta Constitucional de la S. T.», puesto que suprimió la *disciplina hermética* en la Escuela Esotérica, disciplina que ya vimos era fiel reflejo del Sendero Directo, dejando subsistentes las otras tres que, al fin y al cabo, desembocan respectivamente a poco que se retroceda, en el paganismo filosófico, en el hinduismo y en el cristianismo más o menos gnóstico, pero cristianismo siempre. Consagróse la Sra. Besant personalmente con gran solicitud a fomentar, dentro de la S. T., las *Escuelas Hindúes* y lanzó al mundo, con el escándalo de muy pocos y el entusiasmo de muchos, la aventurada aserción o profecía de que muy en breve iba a volver Cristo a la Tierra, cobijando esta tan excelsa Entidad, a la personalidad de un joven hindú pupilo suyo y del obispo anglicano C. W. Leadbeater, joven denominado Alcione o *Krishnamurti*, de igual manera que hace 20 siglos el Cristo cobijase a la personalidad de Jesús de Nazareth. Una verdadera hipóstasis, entre la humana figura del chico y la divina entidad del *Cristo de las Edades*.

En suma, los objetos críticos y de *estudio* constitucionales en la S. T., venían así a ser dejados a un lado, y en esta misma S. T. nació un nuevo brote: *una superfetación social tan abusiva como la de destinar un edificio, una iglesia o ateneo, por ejemplo, a fines sociales distintos, fuesen los que fuesen*. La superfetación hubo de ser llamada *Orden de la Estrella de Oriente*, y su fin fue el de reunir en una misma comunión religiosa de nuevo cuño a cuantos «esperaban que un nuevo Mesías iba a dar en breve sus enseñanzas sobre la Tierra.» El Mesías venía acompañado de un su hermano (Mizar) que oficiaría con éste de precursor o *Bautista*, pero que desgraciadamente hubo de ser arrebatado por la Parca a consecuencia de una rápida tuberculosis.

El «nuevo Mesías» y su hermano eran hijos de un pobre hombre hindú a quien, por sus excesos viciosos, la Ley hubo de quitarle la patria potestad, de ambos chicos, la que recibieron, adoptándoles, A. Besant y C. W. Leadbeater. Estos últimos criaron a aquéllos como se crían los jóvenes tibetanos que luego han de ser lamas en los monasterios. Años después, el padre de aquéllos hubo de poner pleito a éstos reclamándoles sus hijos, pleito que ganó ante los tribunales de la India, pero que perdió en última alzada ante los tribunales de la Metrópoli.

¿Qué convencimiento; qué impulso íntimo, revelación o política, pudo mover a la insigne A. Besant al lanzarse y lanzar así a los miles de miembros de la S. T. por tales peligrosísimos derroteros *mesianicos*, en olvido o desprecio de los fines constitucionales de esta Sociedad que, como ya demostramos, son todo lo contrario de cualquier *creencia* o de cualquier *expectación redentora* de hombres que, al tenor del dicho de Proclo, «deben salvarse por sí mismos»? La cosa es de tal gravedad filosófica que bien merece algunas disquisiciones históricas.

La «psicosis» denominada *mesianismo* no es de hoy, ni de ayer, sino de todos los tiempos e hija de quien se reconoce pequeño e incapaz para guiarse por sí en la vida. En la sentencia condenatoria de Jehovah contra Adán y *Eva*, al expulsarlos del paraíso, iba envuelta la *mesianica* promesa: «illa condere caput tum» (ella quebrantará tu cabeza). En la sentencia condenatoria de Júpiter contra Prometeo «el divino Titán que alzando su antorcha hasta el Sol, encendió en éste el Fuego del Pensamiento para dárselo a sus pequeñuelos los hombres», brota también risueña la esperanza de un Epimeteo, «el hijo amado de un padre enemigo», mesías enviado para romperle y fundirle las cadenas que le mantenían aherrojado en la cima del Cáucaso. Los profetas de Israel, en sus lamentaciones contra «el pueblo de dura cerviz», siempre anunciaron el consuelo de un Liberador, y sus profecías, al decir de los cristianos, viéronse todas comprobadas y consumadas al nacer

Jesús «el Cristo Hijo de Dios vivo», aunque la mayor parte del pueblo hebreo no quedase muy convencida de esto último y siga todavía esperando al consabido Mesías... En la época de Fernando IV de Castilla, en fin, es también fama que, durante unos años, corrió por el mundo el vaticinio de una segunda venida del Cristo, por lo que muchos infieles se convirtieron» (Moreno Espinosa, Historia de España, nota a aquel reinado). Datos de esperanzas mesiánicas como éstas fueron recogidos de mil partes y tiempos por las numerosas publicaciones de la *Orden de la Estrella* donde pueden verse, y casi no quedó nadie por convencer y por esperar entre los confiados teósofos, que así mostraban no haber leído o comprendido el tomo «*Religión*» de *Isis sin Velo* (donde se habla con más claridad que en parte alguna acerca de la excelsa y falsificada personalidad del Jesús de Galilea); ni menos la famosa obra del conde de Brossí (Milesbo) de «*Jesucristo no ha existido*», por lo que, antes de preocuparse de la «Segunda venida de Cristo», había de *estudiarse* bien, o sea teosóficamente, si vino y cómo vino la primera. Finalmente, tales cobijamientos del Cristo, antes sobre Jesús y hoy sobre Krishnamurti, transcendían a la lengua al más sospechoso espiritismo, creencia en las que las entidades más o menos excelsas, guías o buenos espíritus suelen, dicen, venir solícitos sobre las cabezas de los médiums en trance, por lo que no fueron pocos los espiritistas que, sin cuidarse poco ni mucho de la S. T. que tan terminantemente condena a la fenomenología espiritista como a «un materialismo espiritual», engrosaron las filas de la Orden de los nuevos «reyes magos» seguidores del divino Niño y de su *Estrella*.

Paralelamente a las actividades de la repetida Orden, se desarrollaron otras, en número indefinido, cual plaga de gusanos en el muerto cuerpo de la S. T.: *Orden de la Estrella*, *Orden de Servicio*; *Cadena de Oro*; *Tabla Redonda*, etc., *Caballerías* al estilo medieval, capaces de hacer perder el seso a los más ponderados hidalgos manchegos y no manchegos... Diríase que los arteros «hijos de Loyola» habiáanse adueñado de la antes rebelde y crítica S. T. fragmentándola en mil pedazos como la serpiente *Tiphon* egipcia al divino cuerpo de Osiris, y se habló, en fin, por los propios líderes A. Besant y C. W. Leadbeater (este último obispo sin carácter oficial, que sepamos, en la S. T.), de una *Religión Universal y de una Iglesia Católico-liberal*, con sus dogmas, ritos, sacramentos, jerarquías clericales, etc., etc., siendo harto sincero nuestro dolor de viejos teósofos librepensadores y críticos al ver excelentes consocios comulgando u ordenando sacerdotes como tales obispos...

Mas, como según el adagio, «no hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague» (llegó el momento esperado en que el nuevo «Mesías», –previamente educado en Oxford y

aleccionado en conocimientos que un tutelado del Cristo jamás debió necesitar pues que Jesús discutió con los doctores, en lugar de aprender de ellos—, se diese al mundo, y el resultado fue el que menos podían esperar los crédulos de la *Orden de la Estrella*. En efecto, *el Deseado*, surgió de improviso, joven, guapo, atrayente, educador y simpático; dando al traste, por primera providencia, con la crédula Orden; no afirmando ni negando su pretendido mesianismo; rechazando toda sociedad, todo ceremonial, toda jerarquía, toda creencia o dogma, todas las formas, en suma, ya que a su juicio y al nuestro, no son sino otras tantas cadenas o prisiones que impiden la libérrima expansión del espíritu, proclamóse en fin, Krishnamurti «teósofo y no teósofo»; rebelde a toda traba, cual corresponde —en *sus cantos*, por supuesto, *que no en la vida*— a un excelente discípulo del gran Rabindranath Tagore, cantando como éste que él es la gota de rocío, el destello del alba, la nota que se dilata por el ámbito aéreo, el perfume, la juventud, la alegría, en una palabra, todo lo grande, todo lo optimista, todo lo estimulante o impulsador de nuestras actividades, porque según sus propias palabras «hay que vivir la vida».

Esto es sublime poesía; conocimiento efectivo de lo que es la esencia de nuestras actividades de aquí abajo y juego natural de los contrarios que a la vida mantienen, al tenor de aquellas frases de Krishna a Arjuna de «yo soy la virtud del bueno y la maldad del perverso; la sonrisa del deva y el puñal del asesino; la luz del Sol y las tinieblas del Abismo», etc., etc.

Pero si la Poesía es el Ideal y lo más excelso y consolador que tiene la Vida, la Realidad pretendida que trae en su fuero interno el simpático y joven *naldjorpa* Krishnamurti, es que el Hombre según Hermes, es la gran maravilla: *la Bestia* ligada con *el Ángel* mediante el collar o lazo del Alma inteligente y razonadora; y el contrapeso de la Realidad exige hacer de ésta *la más difícil poesía de adquirir, mediante el estudio, el conocimiento* que luego *ha de ser racionalmente aplicado a la vida*, queremos decir que sin *el estudio*, nuestra vida es de bestias y no de hombres y que el problema de la *Mente* y el de la *Asociación* son los dos problemas fundamentales *hasta para poder hacer poesía*, la sublime poesía que quiere Krishnamurti.

Tal es, en resumen, el estado actual de la S. T. tras el golpe de Estado, que, al igual que en la política de tantos países, dióse antes mismo de la gran guerra, o sea en 1911, en el seno de aquella, y a consecuencia de ello, como dice un culto escritor amigo, nuestro bajo el seudónimo de *Levy Mahim* en un popular diario: ventiscas de discordia son las que corren en la actualidad por el mundo teosófico, pues sus adictos afrontan una situación difícil, atravesando la S. T. aguda crisis por dicho conflicto, que, aunque interior, es de

vida o muerte para la S. T.

CAPÍTULO XI

ERRORES Y PELIGROS

Levy Mahin, en su artículo citado en el epígrafe anterior, juzgando el estado de confusión reinante hoy en la S. T., añade:

«El asunto es tan capital que más de un teósofo se ha preguntado seriamente si en nuestra época moderna la Sociedad Teosófica tiene aún una tarea ante sí por cumplir y si su movimiento es capaz de sufrir los cambios necesarios para esa empresa.

»Parece ser que la intensa labor del Sr. Krishnamurti es la que ha determinado ese dilema del momento, revelación o realidad a que hemos aludido, y el hecho más que nada, ha pasado a mayores con oportunidad de un artículo escrito por un significado teósofo, el Dr. J. J. Van der Leeuw, al ser esa personalidad requerida para la candidatura de secretario general, Sección Holandesa, de la Sociedad Teosófica, y ha sido tal el efecto producido por sus palabras que las cuarenta y seis secciones internacionales se han puesto en conmoción.

»El Sr. Van der Leeuw sostiene, por lo que a la vida de la Sociedad Teosófica se refiere, que su primer objeto, y el solo obligatorio, está basado en esa realización que reclaman nuestros tiempos, porque diciendo: «Constituir en la Humanidad un núcleo de fraternidad universal sin distinciones de raza, de credo, de sexo, de clase o de casta», no es más que por la experiencia de la Vida, única y eterna, como la fraternidad puede ser un hecho.

»Realización es esa –prosigue– que se encuentra también de manera básica en el segundo objeto: «Fomentar el estudio de las religiones comparadas, de la filosofía y de la ciencia»; es decir, que hay que saber que la experiencia espiritual es uniforme a través de las edades, pero que las formas religiosas son múltiples y diversas.

»Atendiendo al tercer objeto: «Estudiar las leyes inexplicadas de la naturaleza y los poderes latentes en el hombre», la investigación de ambas cosas tiene un alcance puramente científico, extensivo a regiones aún inexploradas, y a ello añade textualmente el Sr. Van der Leeuw: «Aquí, como en el dominio de la música, el objeto perseguido es el examen de los hechos, ya por la vía de los sentidos ordinarios, ya de otra forma; el método consiste en percepción paciente y exacta, en comparaciones, en pruebas e inspecciones para llegar a un conocimiento irrefutable de los hechos. Con todo ello, por generalizaciones, el conocimiento de las leyes y el empleo de las fuerzas pueden ser obtenidos.»

»Hay un antagonismo entre este tercer objeto que persigue la Sociedad Teosófica y los

dos primeros, antagonismo por no tener nada que ver con la vida espiritual y sus propósitos.

»Ciertamente es que ya desde sus comienzos el movimiento teosófico se significó, por ser fundamentalmente ocultista y, por lo tanto, de realización, se transformó en espiritualista y místico, presentándose la revelación con importante papel, en que jugaban desempeño de categoría desde la fundadora, señora Blavatsky, hasta el propio Sr. Krishnamurti actual, junto con otras personalidades, en quienes su saber, puramente subjetivo, se daba a los adictos como voz venida de lo alto; esto es, revelada por unos guadores invisibles de la Humanidad: los mahatmas o maestros. ¿Ha sido esto error o acierto?

»Quien lea la historia de la Sociedad Teosófica, escrita por el co-fundador con la Sra. Blavatsky, el Sr. Olcott, puede ver que todos, más o menos, han abusado de esa exaltación de misticismo, primero con cartas y después con mensajes de los mahatmas, a veces con tan poca propicia ocasión, que en vida de la señora Blavatsky el Sr. Olcott determinó en repetidos períodos el alejamiento de ella de Adyar, sede de la Sociedad Teosófica, y así mismo el Sr. Sinnett la alejaba de Europa por causas de la misma índole, ya que el sistema de teosofía revelada se afirmaba y nutría de fantasías y complicaciones, de hipérbolos que el adicto habría de aceptarla por «artículo de fe».

»Así, como dice el Sr. Van der Leeuw, se creaba un instituto de gobierno divino, que francamente en nuestros días el señor Krishnamurti ha atacado en sus cimientos, rechazando totalmente toda clase de ceremonias y cultos, diciendo a los propios teósofos que su doctrina no le satisfacía por parecerle jerga demasiado complicada.

»Ello ha sido, desde luego, el motivo fundamental de que fuese disuelta la Orden de la Estrella por su propio jefe, tan impregnada de un olor de santidad inquietante.»

En ello el joven ex mesías (o «mesías» si admitimos que todos grandes o pequeños tenemos aquí abajo una misión que cumplir), tiene razón y no hace sino seguir las antiguas enseñanzas asiáticas sobre el Sendero directo. Dice David-Neel que el budismo ortodoxo prohíbe todo rito religioso y los lamas letrados admiten voluntarios su inutilidad en lo que concierne al logro de la iluminación espiritual, la cual solo puede ser lograda por el esfuerzo intelectual. Sin embargo, la mayoría de ellos preconiza ciertos procedimientos rituales para el logro de objetivos tales como la curación de las enfermedades, la prosperidad material, el sojuzgado de entidades perversas y la guía del difunto en el otro o el *Bardo* es decir, para objetivos infinitamente inferiores al de la liberación o el tránsito evolutivo e iniciático a una superhumanidad de «dioses», de «jinas» o de «shamanos»

como los que habitan misteriosamente en el desierto de Shamo o Gobi, tránsito que no puede ser logrado más que con el estudio y la espiritualidad que de tal estudio debe ser el óptimo fruto, ya que mal puede amarse lo que no se conoce o «nihil volitum quin precognitum, ignoti nulla cupido» que los escolásticos decían.

Igualmente se expresa el induísta o vedantino *Manava-dharma-shastra* o Código del Manú, como los siguientes párrafos demuestran.

«Os ha sido enteramente revelada la retribución debida a los actos: conoced ahora qué actos de un brahmán pueden llevarle a la felicidad suprema (*Moksha* o *Nihisreyasa*). Estudiar y comprender los Vedas; practicar la devoción austera; reconocer en sí al propio Brahma; dominar los órganos de los sentidos; no hacer daño a nadie ni a nada y honrar a su Gurú o maestro espiritual, son las principales obras que llevan a la beatitud final.» «Pero entre todos estos actos virtuosos practicados en este mundo –dijeron los santos interrogando al Señor– no hay alguno que esté considerado como más poderoso que todos los otros para llevar a la felicidad suprema». «*De todos estos deberes –respondió Bhrgú– el principal es adquirir por el estudio de los Upanishads el conocimiento de Para-atma, el Alma Suprema, pues debió tener por muy cierto que el estudio del Veda o la Ley con el fin de conocer al Alma Suprema del Universo está mirado por los sabios como el medio más eficaz y expedito para conseguir la felicidad tanto en este mundo como en el otro, ya que en esta obra y en la adoración de la inefable Alma Suprema están enteramente comprendidas todas las reglas de buena conducta que van arriba enumeradas*». (vv. 82 al 87 del libro).

Y, en otro pasaje continua el venerable Código fundamental de la raza aria:

«Así como un fuego violento quema hasta a los árboles todavía verdes, el hombre que estudia y comprende los libros santos borra en sí toda mancha nacida del pecado, y el que conoce perfectamente el sentido del *Veda-shastra* (preceptos o enseñanzas del Veda o de la Ley), cualquiera que sea su estado, se prepara durante su estudio en este mundo para la identificación con Brahmâ (liberación). Los que han estudiado mucho valen más que los que han leído poco; los que poseen lo que han leído, son preferibles a los que han leído y olvidado después; los que comprenden, tienen más mérito que los que simplemente saben de memoria; los que cumplen con el deber una vez éste conocido, son preferibles a los que meramente conocen, pero no le practican. El conocimiento del Alma Suprema y la devoción hacia Ella son, para un brahmán, los medios mejores de llegar a la felicidad de la liberación: con la devoción, borra sus faltas; con el conocimiento de Brahmâ, consigue la inmortalidad. El que trata de adquirir un conocimiento efectivo de sus deberes, tiene tres

modos de pruebas: la evidencia intuitiva, el razonamiento discursivo y la autoridad de los diferentes libros deducidos de la Santa Escritura. *Sólo el que razona fundándose en el Veda es el que conocer puede bien sus deberes religiosos y sociales. Las reglas de conducta que quedan enumeradas para alcanzar la liberación han sido declaradas exacta y enteramente: tras de ellas os puede ser luego revelada la parte secreta de este Código del Manú*». (vv. 101 al 105, cap.)

«Que el brahmán, concentrando en ello toda su atención, vea el Alma Divina en todas las cosas visibles e invisibles, pues considerando el Alma Divina en todo y recíprocamente todo en el Alma Divina, no entrega su espíritu a la iniquidad. El Alma Suprema, en efecto, es la síntesis de los Dioses todos y la que late en el fondo de cuantos actos realizan todos los seres animados. Que el brahmán contemple en sus meditaciones el éter sutil que inunda todas las cavidades de su cuerpo; el aire que actúa en su acción muscular y en los nervios de su tacto; la suprema luz del Fuego y del Sol en su calor digestivo y en sus órganos visuales; el agua en los fluidos de su cuerpo; la tierra en su cuerpo todo. Vea también a la Luna (Indú) en su corazón; a los Genios de las ocho regiones del espacio, en el órgano de su oído; a Rara, en su fuerza muscular; a Agni, en su palabra; a Mitra en su facultad excretoria; a Pradjapati, en su poder procreador. Pero sobre todo esto, debe representarse al gran Sér (*Para-purusha*), como al Soberano Animador del Universo: más sutil que el átomo, más brillante que el oro más puro y sólo capaz de ser concebido por el espíritu en el sueño de la más abstracta contemplación. Unos adoran a Para-purusha en el Fuego elemental; otros en el Manú, señor de todas las criaturas; otros en Indra; otros en Vayú y Tejas; otros en el eterno Brahmâ, pero este Soberano Señor es el que, envolviendo a todos los seres con cuerpo formado de los cinco elementos, los hace pasar sucesivamente del nacimiento al crecimiento; del crecimiento a la disolución con movimiento semejante al de una rueda cuando gira. Por eso el hombre que reconoce a su propia alma en el Alma Suprema Universal presente en todas las criaturas se muestra igual ante todos y ante todo y logra la más feliz de las suertes: la de ser absorbido al fin en el seno de Brahmâ. Así terminó de hablar el sabio Bhrigú, y el *dwidja* (o «dos veces nacido») que lea este código del Manú por él promulgado, será siempre virtuoso y obtendrá cuanta felicidad desee.»

Véase, por lo transcrito, la importancia fundamental que *al estudio de todo* (segundo y tercer objeto constitucionales de la S. T.) concede la antigüedad sabia, porque en el Universo «todo conspira» o es solidario, que dijo el clásico, o, como enseña San Pablo: «hay que estudiarlo todo e investigarlo todo para poder elegir lo que sea bueno», ya que la característica esencial del hombre sobre los animales es la de *Manas*, el Pensamiento y de

aquí su nombre de *man* en el sánscrito y demás lenguas indoeuropeas, o *hu-man*, el hombre, dios por el pensamiento. El mismo apóstol de las gentes y verdadero fundador del cristianismo dice por ello a sus discípulos: «¿pues qué, habéis olvidado que vosotros juzgaréis hasta a los ángeles?», cosa glosada luego por el Corán en este notable pasaje:

«Cuando Alah, en su infinita sabiduría decidió establecer al hombre en la Tierra para que fuera su símbolo y su divina semejanza, los ángeles o genios le interrogaron «¿Vais a establecer por vicario vuestro en la Tierra a un ser hecho del barro con preferencia a nosotros que somos de tu divina Esencia? «Yo sé bien lo que vosotros ignoráis» respondió el Señor, quien llamando también a Adán y a todos los animales, preguntó seguidamente a los ángeles por los respectivos nombres de estos últimos. A lo que respondieron los ángeles: «¡Señor, nosotros no tenemos otra luz que la que vemos reflejada contemplando tu divino Sér!» «Pues ahora vais a ver de lo que es capaz este hombre del barro a quien así despreciáis», y, haciendo igual pregunta a Adán, éste, sin titubear, los fue nombrando a todos, con su diversas cualidades. Y Alah terminó diciendo: «éste que así ejercita la divina chispa de su Mente, chispa desprendida de la Mía infinita, es por ella vuestro natural Señor... Por eso también consignó Mahoma que «es más preciosa la tinta del sabio que la sangre del mártir.»

«Devoción», en cambio, viene de «deva» o «ángel», y todo acto de devoción, que no es en sí sino un acto de adoración o reconocimiento de inferioridad por parte del *devoto*, ha de quedar al fin por bajo la divina superioridad del hombre —«el Hombre es de estirpe divina», que enseñaba Pitágoras—, aparte de que, si devoción es amor, siempre nos encontraremos con la premisa del estudio, porque *lo que no es conocido no puede ser amado*. «Conocimiento», «Libertad» y «Responsabilidad» son esencialmente las características del hombre y también del *Sendero directo* de su progreso hacia estados superiores.

Pero como la ley de estos nuevos estados evolutivos es ya diferente de la ordinaria ley humana, otro tanto de lo que la última difiere de la animal, de aquí que las características de ese superior Sendero choquen casi siempre con las corrientes de la humana vulgaridad. Por eso el *naldjorpa* o seguidor de este Sendero ha pasado siempre ante el vulgo de los mortales, por raro, por herético o por loco.

Curiosos ejemplos de esto último nos darán tema para el próximo epígrafe.

CAPÍTULO XII

LAS LEYES VULGARES NO RIGEN CON EL OCULTISMO

Con razón se ha dicho que el genio o sea el «jina en embrión» está por encima de la Ley, de la ley vulgar se entiende, porque a cada estado una ley –ya que «él sabe, como Alah, en el epígrafe anterior, lo que ignoran los que no son genios. Por eso hánse ellos visto siempre incomprendidos por sus contemporáneos, otro tanto como los animales no pueden alcanzar a comprender al hombre. «Una cosa piensa el *bayo* y otra el que lo ensilla», que dice el viejo adagio castellano.

San Pablo, como iniciado, conocía esta verdad al decir «cuando conocí el pecado, conocí la ley que lo sanciona». Igualmente la conocía Mahoma según se aprecia en el pasaje coránico que cuenta la iniciación de Moisés por Dhul Karnein (el «Apolo Karneiyo», griego), su maestro en estos términos (sura VXIII) :

«Un día dijo Moisés a su servidor Josué el hijo de Num:

–Te aseguro que no cesaré de caminar hasta que llegue por mi pie a la confluencia de los dos mares, aunque sea emplear más de veinticuatro años. (El «mar de la vida humana» o *marevitæ* y el otro mar «sin orillas de la superhumanidad *shamana*, o «*ultra-mare-vitæ*», que dijeron los místicos medievales).

Partieron, pues, ambos, llevando un pescado tan sólo por alimento (el «piscis», gnóstico-cristiano, y el signo «Piscis» astrológico). Al final de un penoso caminar día tras día, llegaron entrambos a la confluencia de los dos mares, o sea el mar de la ciencia exterior y el de Dhulkarnein que es el océano de la ciencia interior. Cuando se detuvieron, Moisés dijo a su servidor.

–Hemos pasado ya demasiadas fatigas en el viaje: Sírveme pues, de comer.

Josué, obediente, cogió su marmita con agua y puso en ella el pescado para que se cociese, pero no bien el agua empezó a hervir cuando el pez, que llevaba muerto, revivió y saltó de la marmita al mar¹³. –Este es el signo que yo esperaba. Aquí es donde se me ha dicho que habré de encontrar a Aquél hacia quien se siente atraída mi alma como el hierro por el imán –exclamó gozoso Moisés.

En efecto, un sublime Desconocido se hallaba en pie delante de él. Moisés se prosternó largo rato, lleno de veneración, suplicándole:

–¿Permites que te siga, oh Maestro?

–Si lo deseas, puedes hacerlo –replicó solemne el Desconocido– pero mucho me temo

que no has de tener la paciencia bastante para permanecer conmigo. ¿Podrás, acaso, soportar en silencio muchas cosas cuyo verdadero alcance a primera vista no comprendas?

–Si el Señor quiere –contestó Moisés humildemente–, preservaré y te obedeceré.

–Pues bien, si estás decidido, no me interrogues acerca de lo que yo no te haya hablado primero (Silencio del discípulo) –terminó el Maestro.

Maestro y discípulo embarcaron en una barquita, y llegados a la otra orilla, aquélla echó a pique sin más miramiento, a lo que Moisés no pudo por menos de preguntar:

–¿Por qué, Maestro, así destrozas el bote que nos puede servir para volver?

–Noto con dolor –opuso éste–, que careces de la paciencia exigida para mantenerte en silencio, veas lo que veas.

Un poco más allá del lugar del desembarco toparon con un joven de pésimo aspecto. No bien lo advirtió el Desconocido maestro, se arrojó sobre él y lo mató.

–¡Oh Maestro –exclamó Moisés– nada te ha hecho este inocente!

–¡Ya te dije que carecías de la suficiente paciencia para ser uno de mis discípulos –contestó simplemente el Maestro,

Llegaron al fin entrambos a la puerta de una gran ciudad, cuyos habitantes se negaron a recibirles. El Desconocido advirtió a Moisés que los muros de aquélla amenazaban ruina y éste no pudo menos de preguntar:

–Aunque réprobos ¡oh Maestro! ¿cómo consientes que siga así el muro y un día caiga sobre ellos, matándolos?

El Desconocido paró en firme y lleno de severidad dijo a Moisés: –Ha ocurrido como te pronostiqué: ¡Eres un pésimo discípulo! y, pues que ya me llevas preguntado tres veces, en contra de lo convenido, he de dejarte aquí mismo, entregado a tus propios medios. Pero antes no quiero que puedas juzgar mal de mí por lo que me vieras hacer. Sábette, pues, que hundí el barquito porque si de allí a pocas horas lo hubieran tenido sus dueños y se hubiesen hecho con él a la mar, habrían caído de un modo fatal en manos de piratas que los hubieran ahorcado. En cuanto al joven que maté, lo hice así porque él antes había asesinado a otro y se disponía a matar a otros más, hasta caer fatalmente en manos del verdugo, quien le habría causado infinitamente más sufrimiento que yo, aparte de la vergüenza que con aquello habría caído sobre la honrada familia del asesino, a quien Alah en recompensa, dará otro hijo mejor que el que así pierde. Por lo que respecta, en fin, a la muralla, te diré tan sólo que, apoyada en ella, está la casa de unos pobres muslines huérfanos y bajo su suelo no removido yace un gran tesoro allí escondido por su padre y que el Señor no piensa descubrirseles hasta que, ya púberes, se aseguren más en la virtud y

no les pueda dañar el tesoro. Si los de la ciudad hubiesen sabido lo del muro, le habrían derribado enseguida para rehacerle; el tesoro depositado entre él y la casa habría sido para otros, o bien les habría llegado a los huérfanos antes de su debido tiempo y ellos habrían cambiado merced a él la senda de la virtud por la del vicio...»

Un hecho semejante al de este pasaje coránico de las rarezas de los seres superiores nos las relata A. David-Neel, a propósito de la reencarnación en la doctrina budhista y lamaista. El hecho es el siguiente:

«Cierta gran lama tulkú había empleado absurdamente toda su vida. A pesar de su nacimiento elevado; de los profesores que tuvo en su juventud y de la valiosa biblioteca heredada, apenas si sabía leer. Al morir el lama, vivía en los alrededores un personaje extraño, taumaturgo y filósofo de gran envergadura, cuyas excentricidades, a veces groseras, aunque muy exageradas, por supuesto, por sus biógrafos, han dado lugar a numerosos cuentos rabelesianos muy del gusto de las gentes del Tíbet. Dugpa Kunlegs, que tal era el nombre de este último personaje, viajaba según sus hábitos vagabundos, cuando, al llegar a la orilla de un poético arroyuelo, tropezó con una jovencita que venía a tomar agua de la corriente. Sin decir palabra, el vagabundo se echó inopinadamente sobre la joven, pretendiendo violarla, pero ésta era muy robusta mientras que Kunlegs era ya viejo y, defendiéndose vigorosa la joven, logró desasirse y escapar a contarle a su madre la aventura. La buena mujer quedó pasmada ante el contratiempo; las gentes del país eran todas de excelentes costumbres y de nadie entre ellas se podía sospechar. El miserable debía, pues, ser un extranjero, y la madre preguntó a la hija por las señas del perverso. Luego quedó perpleja, recordando al fin haber conocido durante una peregrinación al *dubtob* o sabio mago. Las señas coincidían todas con las de él y la duda no era posible: Dugpa Kunlegs había querido abusar de su hija. La vieja aldeana, tras unos instantes de meditación, tomó su partido. Los principios morales que regulan las conductas del común de las gentes, pensó, no rezan con los que poseen conocimientos supernormales. Un *dubtob* no está ya sujeto a tales leyes ni a ninguna otra, porque todos sus actos están inspirados en consideraciones superiores que escapan a la mente vulgar.

—Hija mía —acabó diciendo la madre a la hija—, el hombre con quien te has tropezado es el gran Dugpa Kunlegs y cuanto este hombre superior hace, está bien hecho sin duda. Vuelve, pues, al arroyuelo; prostérnate a sus pies y consiente en todo cuanto él quiera de tí.

«Obedeció la joven y volviendo al sitio, halló en él todavía al anciano mago, sentado sobre una piedra y absorto en sus altos pensamientos. La joven se prosternó ante el mismo, pidiéndole mil perdones por haberle hecho una ignorante resistencia y poniéndose

incondicionalmente a sus órdenes. El santo por toda contestación se encogió de hombros:

–Hija mía –le dijo–, las mujeres no despiertan ya en mi ningún deseo, más he aquí lo que ha ocurrido: el gran lama del monasterio vecino ha muerto como un necio, después de una vida indigna de su cuna, despreciando cuantas ocasiones tuvo de progresar y de instruirse. Yo mismo he visto a su errante alma en el Bardo (lugar de purificación), arrastrado irremisiblemente a comenzar una nueva existencia, y, por caridad hacia él, he pretendido intentar el procurarle un cuerpo humano para su nuevo nacimiento, pero la fuerza fatal de sus pésimas obras no ha permitido que así sea. Tu escapaste a mi asalto y mientras has ido a tu aldea, ese asno y esa jumenta que ahí ves en ese prado se han unido y el desgraciado lama renacerá bien pronto como un jumentillo...»

El donoso relato que precede trae inevitablemente a la memoria al inestudiado tema ocultista que sirvió al iniciado Apuleyo para su célebre obra *El Asno de Oro*, obra merecedora de un estudio especial bajo el punto de vista de nuestras ideas teosóficas. También arroja su espíritu una gran luz para una más correcta interpretación de la escena culminante del *Baladro de Merliú* que hace referencia al encuentro –esta vez no frustrado– del rey Arthús, fundador de la *Tabla Redonda* con una bellísima doncella, encuentro del que hubo de nacer, como fruto de bendición, el famoso caballero conquistador del Santo Graal.

Vaya en fin, como epílogo de esta serie de rarezas el siguiente misterioso pasaje de David-Neel, pasaje notabilísimo por lo que él pueda relacionarse con los sacrificios humanos y con la Eucaristía.

«Cierta tarde el lama Tchogs llamó de repente a su criado diciéndole ensillase al instante los caballos para partir y como el doméstico observase que la noche llegaba y sería mejor aplazarlo para la mañana siguiente, aquél objetó:

–¡No me repliques y partamos enseguida!

Los dos cabalgan pronto entre las tinieblas nocturnas hasta que llegan a la orilla de un riachuelo. Aunque la noche era obscurísima, ven flotar sobre las aguas una zona luminosa, brillante como el sol, y en su centro un cadáver *remontando* la corriente. Pronto el cadáver queda al alcance de los viajeros.

–Saca tu cuchillo corta un pedazo de carne de este cadáver y comételo –ordenó lacónicamente el lama a su criado, añadiendo:

–Tengo en la India un amigo que cada año por esta fecha me envía un obsequio así. –Y, diciendo esto comenzó tranquilamente a comer de la carne del muerto.

Espantado el sirviente, cortó, a su vez, otro pedazo de carne, como se le había ordenado,

pero, no atreviéndose a llevársela a la boca lo ocultó en su *ambag* o saco pendiente del pecho.

A poco retornaron hacia el Monasterio llegando a él al amanecer. Entonces el lama dijo a su servidor:

–Yo quise hacerte partícipe del favor y de los frutos de este banquete místico, pero veo que a él te has hecho indigno, no comiendo el trozo que has cortado y ocultándolo en tu *ambag*.

El criado se disculpó como pudo de su falta de valor y trató de reparar su yerro sacando el pedazo para comérselo, pero era ya tarde: ¡el pedazo había desaparecido!

A esta historia, evidentemente fantástica, debo aportar detalles que me han sido dados discretamente por ciertos anacoretas de la secta de Dzogstan. Existen, dicen éstos, ciertos seres que habiendo alcanzado el más alto grado de espiritualidad, han transmutado la substancia de su propio cuerpo en otra de naturaleza más sutil poseyendo cualidades muy diferentes de las de la carne grosera. La mayor parte de nosotros, sin embargo, estamos incapacitados de discernir el cambio que se ha operado en aquella carne. Consumiendo un pedazo de tal carne se logra el éxtasis, la comunicación de conocimientos y poderes supernormales.

Otro de tales anacoretas añadió: «Acaece Con frecuencia que llega a ser advertido o descubierto uno de estos seres maravillosos y entonces sus descubridores, suelen suplicarle les informe cuando llegue a morir para poder comerse un trozo de su carne preciosa. Quien sabe si los aspirantes a semejante comunión realista tienen siempre la paciencia necesaria para esperar la muerte natural de aquél que ha de suministrarle la materia impulsora de su progreso y no apresuran el momento?

Se añade que alguno de aquellos superhombres se prestan voluntarios al sacrificio.»

Tamaño problema se presta, sin duda, a las más hondas consideraciones.

CAPÍTULO XIII

LA SOCIEDAD TEOSÓFICA Y EL SENDERO DIRECTO

Hasta qué punto concuerdan los dos últimos objetos de la S. T. con los principios clásicos del Sendero Directo¹⁴ nos lo prueban los datos que acerca de este sendero en el Tíbet nos suministra la citada obra de A. David-Neel cuando nos refiere los métodos peregrinos y hasta bárbaros si se quiere empleados por los anacoretas de tal sendero en sus relaciones con sus discípulos. «La trilogía de examinar, meditar y comprender –(el *aude, vide, tacet*, de cierta institución europea que no hay para que nombrar)–, toma tremenda fuerza, dice, respecto a los candidatos al sendero directo. Toda la actividad intelectual del Maestro gravita sobre el discípulo con inusitado peso –y por ello, añadimos nosotros, una misma palabra sánscrita la de *Gurú*, significa al par «pesado» y «maestro»–. Pero, semejantes extravagancias aparentes, bien examinadas –cual las que vimos en el anterior epígrafe–, acaban resultando razonables. He aquí, en síntesis, las etapas de la vía directa:

1.^a Leer gran cantidad de libros sobre las diferentes religiones y filosofías. Escuchar las enseñanzas de diferentes maestros y experimentar los más variados métodos, o sea, añadimos nosotros, *templar* la mente con el choque de los más variados pensamientos.

2.^a *Prendarse luego de una sola doctrina entre todas las demás*¹⁵, como el águila que elige su presa entre el rebaño. Tal es la ley ineludible, añadimos, de todos los genios, que no son en sí, sino unos secuaces típicos del sendero directo. «Mateo, sígueme», dijo Jesús al buen recaudador de tributos, y Mateo en el acto le siguió, pero no le siguió aquel Nicomedus que antes creyó necesario despedirse de su familia y de sus mundanos asuntos. «Juro ser Beethoven, o nada», exclama de improviso Wágner al escuchar por primera vez las notas sobrehumanas del Destino en la *Quinta Sinfonía*. «El amor al Arte, junto con la idea del Deber son los que me han impedido poner fin a mi vida», que dijo varias veces el autor de esta última obra maestra. O sea, en suma el «¡levánte, y anda!» escuchado por Lázaro en el sepulcro y que le hace *en el acto* erguirse y echar andar tras el Maestro quien, «con su garra poderosa», al tenor de cierta frase masónica, le hace resurgir del mundo de los «muertos» al mundo de los «vivos», ya que la entrada en aquel sendero que lleva de la vida humano-animal a la supervida divina o jiña no es sino una efectiva resurrección o «un segundo nacimiento», razón por la cual al brahmán verdaderamente iniciado se le ha denominado siempre *dwija* o «dos veces nacido», nacido, como diría San Pablo, primero de la carne, y luego del Espíritu; *Bautismo de Fuego*, en fin, o «ígneas lengua de

Pentecostés (*pente, panta, penta* o el simbólico *cinco* del Pensamiento) por el que el «Santo Espíritu» desciende sobre el discípulo, dándole la iluminación iniciática y completando así al otro *Bautismo de Agua*, por el que sólo se lavaran las culpas...¹⁶

3.^a Mantenerse en la vida en una situación modesta (el *aura mediocritas*, de Horacio, equidistante de la inerte miseria y de la peligrosa opulencia); guardar humildísima apariencia (el «no *chocar* o despertar la atención de nadie», de la regla pitagórica), sin intentar jamás ser «Uno de los que *grandes* llama el mundo, pero al mismo tiempo, detrás de semejante máscara de insignificancia (el *hipo-kriptos*, o «escondido debajo», de donde hemos falsificado luego la palabra «hipocresía»), elevar muy alto el espíritu (el «¡yo soy Brahmán!», o «yo soy Chispa Divina», que en los textos orientales se lee), manteniéndose siempre por encima de las glorias y honores mundanos. (Voto de renunciación).

4.^a Ser perfectamente indiferente hacia todo y frente a todo. Obrar cual el preso o cual el cerdo, que comen de lo que la ocasión les aporta. No elegir entre las cosas que se le presentan, prefiriendo la una a la otra. No buscar, ni evitar, ni rehuir. Mantenerse ecuánime, es decir, en perfecta indiferencia hacia la riqueza como hacia la pobreza; ante la alabanza cuanto ante la censura (equilibrio entre los contrarios, ponderación o balanza de la Justicia). Cesar de distinguir entre la virtud y el vicio; lo glorioso y lo humillante; el bien y el mal, según los comprende el mundo (el «Yo soy la virtud del bueno y la maldad del perverso, etc.», de Krishna a Arjuna en el Bhagavad-Gita). No afligirse por nada, no arrepentirse; no sentir remordimientos; no congratularse, alegrarse ni enorgullecerse de nada.

5.^a Contemplar sin emocionarse y con el espíritu más emancipado los conflictos y luchas de opiniones entre los diversos órdenes de actividad de los seres, pensando: «¡tal es la Ley, la realidad de la cosas y el modo de ser de las individualidades diferentes que pueblan al Planeta!». Contemplar, en fin, el mundo entero cual desde la más alta montaña.

6.^o Esta etapa no puede ser descrita. Equivale a la comprensión del vacío...» Sin embargo, en lo que a nosotros se nos alcanza quiere referirse, creemos, a la *abstracción* en su más alto grado; en la elevación total por encima de lo *sensible* y concreto hasta lo *inteligible* y abstracto, viendo, no las flores, sino la Flor; no el hecho, sino la Ley o más bien el Principio de donde emana las leyes y los hechos; no los bienes y los males, sino el Bien y el Mal, o mejor aún, el Sér que se muestra aparentemente dividido entre éstos y los demás contrarios, como las ramas de la Y griega, que arrancan de un mismo tronco, tronco que a su vez se asienta sin asentarse en el Mar sin Orillas de lo Abstracto, Eterno, Infinito, Inefable e Incomprensible, la Nada-Todo de donde todo emana y a donde todo vuelve, o

sea el Seno Insondable de lo Divino: Brahma neutro, o más bien *Brigh*, de la palabra sánscrita que significa «Germen que se dilata y extiende»: el Nirvana, en una palabra, no como aniquilación sino como superación estática o epóptica...

«Imposible reducir a reglas, termina David-Neel, los múltiples ejercicios educativos inventados por los «padres del desierto» tibetanos (o más bien del Shamo o Gobi). No sólo varían ellos de maestro a maestro, sino de discípulo a discípulo de un maestro mismo. *Libertad* es la divisa que tremola sobre las alturas del «País de las Nieves», mas, por una singular paradoja hija del eterno juego de los contrarios, los novicios hacen su aprendizaje bajo la obediencia más estricta a su Guía o Gurú. Pero tal obediencia sólo se refiere a las prácticas recomendadas por el Maestro y a sus relaciones con él. He oído decir a un lama que el papel del maestro de la vía directa consiste en primer lugar en dirigir un *desembrollado* (es decir, la liberación de las espesas redes de Maya o Velo de Isis). Debe, pues, el Maestro incitar a su discípulo a desembarazarse de creencias, ideas, hábitos y tendencias innatas, de todo en fin, cuanto este último mantiene como tara ancestral o él se ha creado en su alma como efecto de causas cuyo origen se pierde en la noche del pasado...»

A su debido tiempo insistiremos sobre estos particulares interesantísimos. Bástenos ahora el anotar que las anteriores etapas del Sendero Directo, están poéticamente resumidas en aquel pasaje de *La Voz del Silencio* que dice: «Antes de que el ojo pueda ver, debe ser ya incapaz para llorar; antes de que el oído pueda oír, ha de haber perdido su sensibilidad y antes que el discípulo pueda alzar la voz en presencia de su Maestro tiene que haber lavado sus manos en la sangre de su corazón, porque el tránsito del mundo humano al mundo de los shamanos o jinas es un escalón evolutivo tan alto o más que el que mediar pueda entre el mineral y el vegetal, entre el vegetal y el animal o el animal y el hombre. Por eso tiene que pasar por la *epopteia*, *nirvana* o *suprema* abstracción e inmersión en el Logos o Verbo que anima al Universo, para renacer transformado en otro sér *mudado* al que quiso aludir San Pablo en aquella hasta aquí incomprendida frase de «todos resucitaremos (reencarnación), pero no todos seremos mudados.» Las terribles frases antes citadas de *La Voz del Silencio*, por otra parte, aluden al espanto que produciría en una mente no preparada *la verdad verdadera*) valga el pleonasma, del terrible Drama de la Vida, drama que bajo el piadosísimo velo maternal de Isis pasa inadvertido para nosotros, efectivos impúberes psíquicos, como para el tierno infante la congoja que latir pueda en el pecho de la madre que le está amamantando. De aquí las expresadas reglas de indiferencia a todo, ecuanimidad, etc. antes enumeradas por A. David-Neel, reglas que tampoco han de ser

tomadas al pie de la letra sino como medios indispensables, al ver cara a cara el terrible Drama de la vida humana –que no es sino el Drama de una gran caída (caída de los Ángeles) y una heroica redención por uno mismo–; de superar a aquel «¿has puesto tu corazón a tono con el dolor inmenso de la humanidad; has consentido que se vierta en tu presencia una lágrima que antes no hayas enjugado tú?» del dicho libro místico, mediante la efectiva superioridad que ya supone la práctica de semejantes reglas. El divino Beethoven, en aquel su Cuarteto de cuerda, número 1, en el que, a guisa de ilustración, anotara la frase de «un sauce en la tumba de mi hermano», cuidó también de consignar, al tenor de dichas reglas que, como genio, conocía y seguía en perfecto sendero directo: «si sientes asomar a tus ojos una lágrima, reprímela y no te dejes por ella avasallar», cosa que, dicho sea de paso, es lo que caracteriza al profesional en las diferentes ocupaciones humanas, por ejemplo, la *aparente* insensibilidad del médico ante el dolor que inevitablemente causa al operado; la del juez, ante la inevitable condena que al reo inflige, o la del catedrático al suspender al alumno...

CAPÍTULO XIV

OROGRAFÍA TIBETANA

En los epígrafes primeros de estos apuntes hemos bosquejado algo de la geografía de los altos desiertos del Asia Central, llegando, por la célebre ruta de los Hann, al de Gobi o Shamano, residencia, según todas las tradiciones, de esos seres superhumanos llamados indistintamente *govindas*, *jinas*, *shamamanos* o *mahatmas*, conservadores, a través de las edades, de la primitiva Religión-Sabiduría, de las que son degeneradas facetas todas las religiones positivas, las cuales apenas si conservan, veladas por el mito, la alegoría y la más baja superstición industrial, aquellas verdades superiores.

Pero este velo –Velo de Isis– es más tupido e impenetrable a medida que nos alejamos de dicho Centro del Gobi y tanto más tenue y transparente, cuanto más nos acercamos a él, razón por la cual nos es preciso estudiar el Tíbet propiamente dicho, país teocrático cual ninguno y donde se dejan más profundamente sentir la influencia de dichos Seres Superiores vecinos.

Con un buen mapa a la vista apreciamos en el acto que Asia es mayor que las tres Américas y casi igual que Europa, África y Oceanía juntas, o sea una buena tercera parte de la superficie terrestre o más bien el núcleo fundamental de esta superficie entera, por cuanto el estrecho de Bering que la separa de América del Norte, es muy poco profundo, un simple mar costero cuyo borde sur, las Aleutianas, liga a los volcanes de Kamchatka con los de Alaska. Malaca, la Malasia y la Australia se ligan con el continente asiático por el S. E. de igual modo que América por el N. E. siendo aquellas una nueva dependencia de Asia como el archipiélago británico pueda serlo de la Francia continental. El Bósforo, en fin, y el Mar Rojo no son sino dos grietas que rompen apenas la respectiva unión continental de Europa y de África con el Asia.

Pero si hay entre Asia y los demás continentes una unidad geológica que no ha escapado a la fina intuición de Emile Argand en su *Tectónica de Asia*, unidad que explica toda la geología de estos por la de aquella, en lo propiamente humano. Asia son varios mundos distintos, separados por sendas religiones. Diríase que el Sol central de los repetidos desiertos y sus Seres Superiores, han irradiado en su derredor múltiples influencias religiosas, reflejadas respectivamente, al oeste, en el paganismo, cristianismo y mahometismo; al norte, en el lamaísmo primitivo; al este, en el taoísmo, buddhismo y shintoísmo, y al sur, en el jainismo, brahmanismo (padre del mosaísmo), buddhismo y

mahometismo.

Todos estos troncos religiosos se entremezclan, sin confundirse, en el Tíbet, haciendo indispensable para nuestro estudio teosófico un atento examen de esta aislada y misteriosa región, la más elevada del Globo; la demás primitivo colorido y la depositaria de los mayores secretos de la Tradición histórica, cuyos rasgos más fundamentales yacen casi borrados en los demás países, pese a los esfuerzos del Folk-lore o Demopedia para esclarecerlos y de la ciencia de las Religiones comparadas para compararlos en hermosa síntesis.

De acuerdo las enseñanzas arcaicas con las últimas conclusiones de la Geología, hay que considerar a las regiones desérticas del Asia Central como lechos de mares interiores, hoy desecados, a la manera de como un día quizá acontezca con los lagos Aral y Caspio y aun con el mar Negro y el Mediterráneo. En torno de dichos mares florecieron antaño, en los períodos mioceno y plioceno, paralelamente con la Atlántida, numerosos pueblos de los que la historia humana no guarda el menor recuerdo, pero cuyos últimos restos son las ruinas de las ciudades descubiertas por Edín, según vimos ya en epígrafes anteriores.

Semejante hecho no fue un fenómeno aislado en el Planeta, sino que, más o menos hubo de darse en la Sonora y Sinaloa de América del Norte; en la Atacama y el Chaco, de América del Sur; en el Sahara y en el Tibesti africanos¹⁷ y aun, en pequeñísima escala en nuestras dos mesetas castellanas.

El alzamiento denominado *alpino* por los geólogos, separando los últimos días terciarios de los cuaternarios o actuales, dislocó hondamente dicha región asiática, o más bien la Tierra toda, dándola la configuración actual. Por virtud de semejante cataclismo, aquellos mares interiores desaparecieron elevando su lecho hasta mil metros casi de altitud y destruyendo con ello toda la gran civilización de la edad terciaria hasta el punto de que ni aún admiten su existencia los geólogos de Occidente. En lugar de las planicies circundantes, hubieron de alzarse la infinidad de cadenas alpinas que hoy forman en nuestros mapas inextricable dédalo, aunque todas ellas guarden entre sí cierto paralelismo. Un gran alzamiento granítico central: el del *Kuen-lun*, tan análogo, en grande, al de nuestra cordillera carpetovetónica de entre las dos Castillas, es todo lo que quedó de testigo de aquella edad muerta, con sus lagos salados cruzados por Dutreuil de Rhins y Edín; sus páramos y pantanos; sus nieves sempiternas y sus pasos de altura por encima del nivel de las crestas de nuestro Montblanc.

Para la Geología, el Kuenlun es de las formaciones más antiguas del Planeta. Sus últimas capas apenas si alcanzan a las épocas devónica y carbonífera, sin nada de terrenos

postpaleozoicos. Inmóvil testigo, con sus picos y masas de meseta, de los trastornos gigantescos del alzamiento alpino posterior, debió a este, sin duda, la mayor elevación con que hoy cuenta, elevación que, salvo la de algunos picos aislados, como el Everest, es acaso mayor que la de la propia cadena de los Himalayas. Pero, como mudo testimonio de su pasado, queda el carácter de altillanura dominando allí sobre el montañoso ulterior. Su sequedad contrasta con su altitud y hasta en el corazón del invierno puede irse a través de él, de Cachgar a Yarkand porque los terribles vientos contra-alisios apenas si tocan a las alturas y ante sus contrafuertes poderosos los monzones que azotan las regiones índicas se agotan allí en tormentas y ciclones. Al O. del Kuenlun, en cambio, a los 4.500 metros de altitud, el termómetro se mantiene bajísimo todo el año, en un invierno perpetuo que, como en las comarcas polares, llega hasta los 35 grados bajo cero.

Al norte del Kuenlun el alzamiento alpino nos da las ingentes cordilleras del Altin-tag y el Kun-tag (*tag*, cordillera), demarcando al norte de éstas y al sur del Tien-chan la desértica comarca del Tarim. Siguen luego, como partes del propio Kuen-lun, las cordilleras de Toguz-Daván, de Colón, Marco Polo y Baián y el Yangtze-kiang, que, quebrando hacia el S. E., inicia las altas cordilleras de la Birmania y es tal el estancamiento de aguas en aquellas zonas que ni una sola gota de ella da hoy el Kuenlun al Océano, a diferencia de lo que luego acontece en el Tíbet, al sur, pues que de esta última región es sabido que nacen, muy cerca unos de otros, el Hind o Hindo, que baja por Cachemira (Pequeño Tíbet) al Punjab y al Mar de las Indias; el Ganges, que, nacido al lado del Hindo, baja, en sentido contrario, hacia el este y luego al sur hasta el golfo de Bengala y, en fin, el Brahma-putra o Tzanpo que se dirige por el este hacia el Océano Pacífico, bañando allá arriba la comarca sagrada de Lhasa, la Meca, la Roma tibetana y el centro de atracción religiosa mayor y más antiguo que han conocido los siglos, separado por un lado del Kuenlun mediante tres grandes cordilleras y de la India por sólo una fundamental: el Himavat o Himalaya de la tradición aria; el sagrado alzamiento cuyas cumbres, pese a todo heroísmo, la planta del hombre no las ha hollado aún...

Lhasa, la ciudad misteriosísima, vedada a los «bárbaros europeos» por la doble muralla de la Naturaleza y de la Superstición; la gran metrópoli religiosa de las edades, en cuya historia y costumbres se encierra el secreto de nuestra historia y aun nuestra prehistoria occidentales; la clave religiosa del Lhamaismo; del Buddhismo primitivo y de la aun más primitiva religión del Bon, como también de todos los ritos religiosos de Occidente, se alza orgullosa en el más meridional de aquellos inmensos valles semi-suizos. Cuatro grandes caminos conducen principalmente hasta ella como ramas de un aspa inmensa cuyo brazo

N. O. llega hasta el Turquestán ruso; el del N. E. hasta el corazón de la China; el del S. O. y S. hasta las comarcas de la India, y el del S. E. se pierde hacia los estrechos valles que en número infinito bajan hacia la Indo-China, sin que la Geografía nuestra los haya podido catalogar ni aun reconocer con amplitud.

Estos caminos, por todos conceptos peligrosos e inacabables, han sido recorridos, sin embargo, por heroicos viajeros, en itinerarios curiosísimos de los que nos será forzoso decir algo en ulteriores epígrafes.

CAPÍTULO XV

MÁS SOBRE GEOGRAFÍA TIBETANA

Constituye el Tíbet propiamente dicho un enorme pentágono irregular, de base curva, con cordilleras de 200 o más kilómetros, de 5 a 6.000 metros de elevación sobre el nivel del mar, las del norte, y de 7 a 8.500 las del sur, con pasos o puertos de 4 a 5.000 metros. Algo poco concebible para el europeo, cuyo pico de Mont-Blanc, que es el más elevado, se alza a unos 5.000 metros en los Alpes suizos, altura que los propios lagos de Tengri-Nor de Sulphur y de Hoc-pa, alcanzan ya como también le alcanzan y aun le superan los cursos superiores del Ganges y del Rindo.

Las líneas sensiblemente paralelas, de O. a E., de aquellas cordilleras dejan entre sí enormes terrazas de pequeños peldaños, restos, como en nuestras dos Castillas, de primitivos mares o lagos interiores desecados desde el comienzo del alzamiento alpino, como ya dijimos, terrazas cerradas al E. por el sistema montañoso que denominan de Richhofen los geógrafos modernos.

Los naturales llaman el *Jachi* al Tíbet del N.; *Jam*, al del E., que enlaza con la Mongolia china, y al del S., *Po-yul*, quedando aparte la extensa comarca del Zaidam, transición gradual de la Mongolia con el Tíbet. Notabilísimos son hacia el E. y el S. E. los Alpes de Sze-chuen; las gargantas salvajes e inexploradas de Rong-stsub y el *Nag-tchang*, «el país de los hombres grandes como las estrellas».

El Tíbet es propiamente un país de lagos salados de altura que casi nunca o nunca se hielan y donde gracias a la sequedad del aire y a la falta de agua, el límite de las nieves perpetuas no baja de los 6.000 metros de altitud, y en él vienen a morir los impetuosos monzones periódicos del Golfo de Bengala. El carácter de alti-llanura domina, pues, al montañoso en casi todo el país y el litoral marítimo abarcado al verter sus aguas por los grandes ríos es de unos 10.000 kilómetros.

Ante las 20 o más cordilleras paralelas tibetanas, los mismos Alpes suizos parecería de juguete. La ingente cadena de los Himalayas es tan larga casi como el Mediterráneo y puede asegurarse que del Gobi hasta el golfo de Bengala, o sea desde en lo que pudiéramos llamar *el Tíbet* máximo se interponen de E. a O. más de medio centenar de alineaciones montañosas seriadas una tras otra contra los monzones del sur. Otros dos laberintos montañosos limitados del Gobi por el N. y por el N. O. son respectivamente los que rodean al lago Baikal, el lago de montaña mayor del mundo, y los que cierran el

desfiladero de la Dzungaria¹⁸.

Las dos cordilleras más meridionales del Tíbet son la del Transhimalaya o Gangri y la del Himalaya o Himavat con alturas que se acercan más ya a los 9.000 metros que a los 8.000 dejando como puertos a penas practicables, entre los 21 de paso hacia la India, el de Chibden, a los 5.900 metros; el de Kailas a los 6.700 y el de Ibi-Gamin a los 6.235. En la depresión o semillanura intermediaria y en una extensión no más que de 100 kilómetros cuadrados, junto a los lagos sagrados de Manazarnar y de Lanag (4.700 metros de altitud) nacen el Hindo, el Yaru-dzang-po o Brahmaputra el Sutlej y el Karnali.

Geológicamente, las cordilleras tibetanas son tanto más antiguas cuanto más al N. discurren. Así la de Gangri, es cuaternaria; la del Himalaya, cuaternaria, pliocena y miocena, hacia el S., y cretácea y jurásica hacia la vertiente N. El noroeste del Tíbet y el Jachí es ya un enorme plegamiento o macizo antiguo, enlazado un día a guisa de península con el gran continente chino-australiano o lemur entre los dos mares primievales del Jachiy del Tarim. Un inmenso mar devónico, en fin, existió primitivamente en torno del macizo del Kuenlun macizo que es, acaso, el sistema más antiguo de Asia y del mundo y donde no es raro encontrar el borax, la sal y, entre los metales, el oro y aun el platino.

Nada más obscuro que la etimología del nombre que lleva el país. Desde luego lo primero que acerca de este nombre aparece es la raíz *bod* que en sánscrito, es a la vez la de *bodhio budhi* (conocimiento); *Bod-pa* o «país de Bod» es más bien el nombre que sus propios naturales le asignan, al par que el de *Bod-yul* o «país de los de caras rojas», etimología importantísima que nos lleva a tesis de la obra del argentino Basaldúa: «La Raza Roja en la prehistoria universal», o sea a la «tesis erithrea o atlante» sobre la que no podemos detenernos aquí¹⁹. De *Bod-pa* u «hombre de Bod» y de *Bod-yul* «pais de Bod», pasamos al *Ti-bot* de Odorico de Pordenone y Horacio della Penna y al *Te-bol* de Marco Polo y de Rubruquis; al *Tha bet* de Plan Carpin; al *Tha-bat*, *Tobbat*, *Tubbet*, *Treboet* y *Tubet* de los geógrafos árabes Ibor Batuta y el Edrisi (1154), al *Tie-bu-té* y *Tu-bo-té* chinos del siglo XI, al *Tubat* chino del siglo V, todos relacionados también con el *Thub-phod* tibetano, equivalente a «sabio», «poderoso» y al *Tho-bod* «excelso», «alto».

La raíz *bod*, por otra parte se enlaza con la de *deva* o *diva* chinas, que a su vez, es la misma raíz sánscrita de *dev* o *div*, con su significación de «alto»; «excelso», «brillante», y de aquí la denominación tan conocida de *deva*, espíritu elevado o «ángel», mientras que el *Ti* o *it*, tan frecuente entre los chinos como entre los aztecas, designó, tanto a los reyes del país del Tapa-lama, cuando al legendario salvador *It* o *Ti*, del que nos ocupamos en el capítulo X de nuestro libro *De gentes del otro mundo*.

Los tibetanos se dicen descender de un dios mono (el *Hanuman* de los hindúes) y de la diablesa *srin-mo*, análogamente a aquel pasaje del *Génesis* (libro tan brahmán y tan ario en sus orígenes contra lo que pudiera creerse) en que habla de la Caída cuando «los hijos de Dios vieron la hermosura de las hijas de los hombres (las *Lilits* tentadoras, mitad animales mitad humanas) y se unieron a ellas engendrando una raza de gigantes, que el *Diluvio* o catástrofe atlante destruyó». Pero cuando al tibetano se le llega a inspirar confianza, confiesa al fin que en los primeros tiempos su país «fué gobernado felizmente por los genios del desierto» o sean los Jinas o shamanos del Gobi a los que ya hicimos referencia en capítulos anteriores y cuyo influjo hondo y secreto sobre la espiritualidad religiosa tibetana a través de la religión del Bon, apreciaremos mejor cuando de esta cuestión nos ocupemos. Pueblos decaídos de esta primieval edad de oro son los salvajes *Tu-fan* o aborígenes²⁰ de Seu-tchen, Junan e Himalaya que hoy encuentra el viajero y también los que los chinos denominan *san-miaos* del tres veces sagrado lago Ku-ku-nor, mientras que la masa general del país hoy deriva de los mogoles, tunguses y calmuco, con su idioma especial el *gluya-rung* y su lengua sabia o literaria de *bod-skad* y *chos-skal*, masa general, añadimos, tan imbuida del espíritu teocrático feudal, que, entre sus varios millones de habitantes, hay un lama o un monje por cada tres laicos...

A bien decir, el *jam*, hablado en el Este del Tíbet, es una lengua *jina* antiquísima cuya pronunciación por eliminación de consonantes (como en el hebreo) y tránsito del monosilabismo *numérico* a la aglutinación ha perdido toda su arcaica fonética: así la U, designadora del distrito de Lhasa, se ha escrito antes Vi (del *uigur* o turco e ibero) y más antes *Dbus*. Más antiguo todavía que este viejo lenguaje, nos encontramos al *gauri-jorsum* (*¿gua-rani-jorsum?*) del Oeste (Puring y el Baltistán, o regiones originarias de la gran religión del Bon) y otro dialecto en el Pan-jul, al Norte de Lhasa que no es entendido por los habitantes de la Roma tibetana, la *οί βαύρχίοί* o *Bautes* y la *Ottorokorrha* de Tolomeo, la región del río *Bautisos* y de los *Attacores*, ya mencionada por Plinio y en la que los sacrificios humanos eran practicados entonces con frecuencia terrible.

Todo esto y mucho más que iremos viendo, nos muestra doquiera las reminiscencias fragmentarias, las venerandas reliquias de toda una civilización perdida, más antigua y perfecta que la actual y procedente de la sepultada Atlántida.

CAPÍTULO XVI
LOS EXPLORADORES MODERNOS DEL TÍBET
ALEJANDRA DAVID-NEEL

Dejando a un lado otros exploradores del Tíbet, aparece ante nuestros ojos como una figura gigantesca, no bien apreciada, la de la señora Alejandra David-Neel, de la que ya hemos tenido ocasión de hablar en anteriores epígrafes.

Su obra admirable de investigación viene a completar, desde otro punto de vista, las de Blavatsky y las de Olcott, siendo indispensable para un correcto conocimiento de las doctrinas de la moderna Teosofía. Dichos libros escritos por la intrépida viajera tibetana durante catorce años, están siendo traducidos a todas las lenguas²¹.

Las hazañas de esta singular mujer, tan parecida a la maestra Blavatsky, son merecedoras por más de un concepto de especialísima mención. Nadie como entrambas ha hablado más alto y más hondo que ellas acerca del misterio espiritual e histórico del Tíbet.

En 1910, con ocasión de hallarse el Dalai-lama o Soberano espiritual del Tíbet, desterrado en Kalimpong por una revuelta política contra China y bajo la protección del pabellón inglés²², Alejandra pasó a visitar a aquel para consultarle acerca de la posibilidad de adentrarse en el «País de las Nieves», cerrado al extranjero, con el fin de «coleccionar elementos para una biblioteca tibetana, con obras originales que no figurasen en las dos magnas enciclopedias del Khangyur y del Tang-yur; hablar con doctos y auténticos lamas, con místicos y adeptos del país reputados como eminentes por sus desconocidas doctrinas esotéricas y convivir, a ser posible, con ellos, penetrando así en un mundo mil veces más extraño aún que las altas e ignotas soledades del Tíbet, mundo de los ascetas y magos cuya vida transcurre oculta en los repliegues de las montañas y en las más enhiestas cimas». Tras una mirada profunda que pareció penetrar en lo más hondo de las intenciones de la interlocutora el Dalai respondióla al fin : «Aprended el tibetano. Tendréis un maestro».

Y así lo hizo aquella voluntad viril en cuerpo femenino. Sin perdonar molestias ni sacrificios, aprendió el centenar de formas dialectales de la extensa región tibetana y, asociada al joven lama Yongden, marchó a la China, para desde allí retornar a la India cruzando de Este a Oeste todo el país, tras una estancia previa en aquella parte meridional del Tíbet que colinda con el Nepal y el Sikkim, bajo el pretexto de la visita al Dalai, estancia de la que nos vamos ahora a ocupar, porque es más o menos, la repetición de ciertos hechos ocultistas que constituyen «los preliminares de la Iniciación» para todos

aquellos valientes que ponen por primera vez el pie en el Sendero, es decir, «las pruebas del candidato a la Liberación».

El lector positivista, pues, haría bien en no leer lo que sigue porque nos vamos a ver obligados a dar por ciertos determinados fenómenos y leyes ocultas que no encajan en el *marco oficial* de la observación y de la experiencia, a no ser que el interesado en esclarecerlo reúna las condiciones de progreso espiritual necesarias al efecto y una vez dotado de éstas, realice por sí mismo la experiencia como, sin darse de ello una perfecta cuenta, la realizara Alejandra, fracasando en parte como vamos a ver.

En las primeras páginas de *Místicos y Magos del Tíbet* nos cuenta la intrépida parisiense que una vez realizada su visita al Dalai-lama en Kalimpong y recibida de él la bendición con aquellas palabras alentadoras de «si quieres penetrar en el Tíbet, aprende el tibetano», hubo de reparar, un tanto apartada de la multitud de los fieles venidos de los confines más remotos, en un individuo extraño, sentado al modo hindú y cuya emborrascada cabellera desbordaba bajo un amplio turbante a la manera de los ascetas, si bien llevaba un hábito monástico descuidado y lleno de jirones. Miraba el personaje a la multitud con una indiferencia algo burlona. Ella preguntó a su intérprete quien podría ser aquel Diógenes himaláyico, a lo que aquel respondió que debía ser un *naldjorpa* bhutaní, o sea «un hombre de los que han alcanzado ya la serenidad perfecta», uno de esos peripatéticos peregrinos solitarios, morador nómada ora de las cabernas más agrestes, ora de los edificios abandonados y que se hallaban allí meramente de paso. Extrañóle todo esto a Alejandra en alto grado y fué tras de él con el intérprete, hasta llegar a su retiro.

Allí encontró de nuevo al *naldjorpa* acabando de comer. Al atento saludo apenas si contestó con un gruñido. «¿Qué dice?, interrogó Alejandra al intérprete, y éste contestó: «Perdonad, señora, estas gentes son a veces tan rudas de lenguaje...» –«Decídmelo, sea lo que fuere». –«Pues dice, simplemente, «¿qué viene a hacer aquí esta idiota? -«Indicadle que he venido para preguntarle por qué se burlaba de aquellos que habían ido a que él, gran Lama, los bendijese». «Bien infatuados de sus importantes personalidades y del importantísimo papel que llenan –masculló el asceta– no son sino gusanos que se agitan en la basura».

«Y vos –replicó Alejandra– ¿estáis salvo de tamaña porquería?» –«Tratar no más que de evitarla, es ensuciarse más profundamente... Yo me debato en ella como el cerdo: la digiero y la trasmuto en polvo de oro y en arroyos de pura linfa... Hacer estrellas con excremento de perro, ¡he aquí la magna obra!». «Mi interlocutor, por lo visto –comenta trivialmente y con incompreensión notoria Alejandra– gustaba decididamente de las

comparaciones escatológicas, como el mejor camino para llegar a ser un superhombre». Luego dijo el asceta: –«Estos piadosos laicos tienen razón para aprovechar la presencia del Dalai, pues son simples buenas gentes que quieren recibir su bendición ya que su espíritu aún no puede elevarse a las altas concepciones filosóficas».

–«Para que una bendición sea eficaz –interrumpió el naldjorpa– es preciso que el que la dé posea en sí una fuerza capaz de ser comunicada y esta fuerza puede ser empleada de multitud de modos. Ahora bien, si Dalai o sea «el Precioso Protector» la posee, ¿por qué tiene necesidad de soldados para combatir a los chinos u otros enemigos? ¿No puede él rechazar por sí propio fuera del Tíbet a cuantos le desagraden rodeando al país de una barrera invisible e infranqueable? «El Gurú nacido en el Loto» (Padmashambhava) sí poseía semejante poder, y su bendición alcanza realmente a todos sus devotos, aun hoy mismo en que mora entre los lejanos Rakshasas. Yo no soy sino un humilde discípulo suyo y por tanto...»

«El intérprete, añade Alejandra, se sentía muy desasosegado, pero antes de separarnos del asceta, le ofrecimos algunas rupías para provisiones en su camino, monedas que él rechazó diciendo no necesitarlas, más como el intérprete insistiese en dárselas avanzando hacia aquél, se echó de repente las manos sobre la boca del estómago, donde, a decir yo, había recibido un tremendo puñetazo *astral*, repulsa un tanto ruda del extraño asceta, por lo que lleno de terror, se echó hacia atrás. Yo –termina comentando con frivolidad parisina Alejandra–, he creído siempre que se trataba de un desequilibrado».

Y aquí estuvo precisamente, dicho en términos del mayor respeto, su error y su fracaso ocultista; si, por el contrario, se hubiese dado cuenta perfecta de la «significación iniciática de la entrevista», habríale sido franqueada en el acto la entrada en el Tíbet como a tantos otros de los que las crónicas occidentales no hacen la menor mención, es decir, «habría encontrado a su Maestro», como le encontró Jesús, al decir del Evangelio apócrifo de la *Pistis-Sophia*; o Mateo al cruzar ante él Jesús, o Pablo, camino de Damasco, o, en fin, tantos otros bien intencionados y fervidos discípulos, con arreglo al aforismo ocultista de que, cuando el Discípulo está pronto, el Maestro no falta jamás, cosa bien probada por cuantos, sin la suficiente preparación quizá muchos de ellos²³, han dado de buena fe y con candor de niños (el «¡dejad que se acerquen a mí los niños!» o bien el «no entrarás en el Reino del Padre si como niño no fueses», del Evangelio), los primeros y vacilantes pasos del Sendero.

CAPÍTULO XVII

¿UN FRACASO OCULTISTA?

Hablamos en el epígrafe anterior de algo que en el más alto sentido podría parecer un fracaso ocultista de Alejandra David-Neel al dar precisamente su primer paso en la senda de tibetana iniciación. Nuestra heroína, en efecto, no bien habla con el Dalai Lama, que la promete un maestro, este maestro, como siempre, llega, oculto a las apreciaciones vulgares por un ínfimo traje de *naldjorpa* y tras la apariencia desconcertante del más gráfico y genial de los cínicos, quien, en resumen, la dice: «Hacer estrellas de excremento de perro, ¡he aquí la Gran Obra!», la obra alquímica por excelencia de transformar en rosas del Ideal, los estiércoles de la realidad impura. La entonces inexperta Alejandra, en vez de alzar el velo de las francas palabras del asceta, lo toma por loco...

La Maestra H. P. B., típica *naldjorpa* que ha hecho revivir en Occidente la clásica doctrina iniciática, gustaba también de hablar y de producirse al modo del otro *naldjorpa* del relato precedente. Así nos lo ha testimoniado diferentes veces, nuestro llorado amigo D. José Xifré que tan íntimamente la trató. Nadie, por otro lado, podrá dudar que ello constituye una admirable táctica probatoria capaz de ahuyentar al profano no dispuesto aun al efecto o sea, llevado «por mundanos motivos», al par que fortifica en su propósito al candidato bien dispuesto que sabe separar de tales ilusorias escorias el oro fino del Ocultismo que hay detrás, o como tan admirablemente venían a expresarlo los símiles «escatológicos» del asceta, con incompreensión y casi escándalo de nuestra parisiense, que no acertó en su bien disculpable frivolidad europea, a penetrar en el inmenso fondo de sabiduría que aquellos entrañaban, porque, en efecto, miseria y «basura» son todos los ilusorios «tesoros» de este mundo por el que cruzamos como meros peregrinos, no siendo otra nuestra misión en él que la de transformar las «basuras» materiales y la cerdosa vida animal nuestra en el «polvo de oro» del Conocimiento y las «límpidas aguas» del Amor, con arreglo a ese metabolismo admirable operado continuamente por el hombre de transformar en paralelismo perfecto con los símiles del *naldjorpa*, los alimentos, en fuerzas, las fuerzas en Pensamiento, el Pensamiento en Amor y el Amor en Voluntad de Liberación... ¿Quién que medite un poco no ve otro símil maravilloso en el también «escatológico» símbolo del Escarabajo sagrado egipcio, el Ángel o Espíritu-rector de la Tierra (al que han aludido hombres de la altura de Tomás de Aquino, Kepler, Kant y Wágner), llevando por los espacios siderales esta mísera pelotita de cieno que se llama

Tierra? ¿Y quién no ve que la práctica de todo Ideal humano no es sino el continuo sembrar de flores de ilusión los estiércoles de la *Realidad* impura que tanto entusiasmo a nuestros positivistas.²⁴

Nada hay más verdadero en la Ciencia y en la Vida, que las comparaciones «escatológicas» que escandalizaran a nuestra admirable francesa seguramente menos que lo habrían hecho a cualquier bien educada *miss*. El problema todo de la producción ¿qué es en efecto sino el arte de aprovechar «las obras», «los estiércoles», lo mismo en la agricultura que en la industria, que hasta en la Música, como vemos en aquel majadero tema musical de Diabelli del que supo hacer, sin embargo, el rudo *naldjorpa* de Beethoven hasta 33 variaciones, algunas de las cuales son una verdadera delicia bien por encima ya del «sucio» o bajo tema en que éstas se iniciaran? De la Medicina, no digamos, valga por todos los ejemplos, el de la moderna opoterapia o el de la vieja ciencia de aquel otro *naldjorpa* de Federico Aureola Theofrasto Bombast de Hohenhein, vulgarmente Paracelso, quien viéndose acosado por los pedantescos médicos de su tiempo para que les diese la clave de sus maravillosos diagnósticos, y aburrido ya con su mal intencionada insistencia, se hizo traer los postres del banquete y en bandeja de plata una muestra de aquellas secreciones que, por ser fundamentales en la economía de nuestro cuerpo, dan, en efecto, pese a toda «escatología» burlona, las verdaderas revelaciones de cuanto fisiológico o patológico acontezca en el aparentemente repugnante laboratorio de nuestro cuerpo...²⁵

Y es lo extraño del caso, que nuestra admirada David-Neel que no pareció darse cuenta de todo el alcance iniciático de su *primera aventura ocultista tibetana*, nos narre sin embargo magistralmente otras escenas iniciáticas análogas que coinciden con la referida y aun la superan.

En efecto, la propia Alejandra nos dice en sus *Místicos*:

«Las peripecias que preceden a la admisión de un discípulo por un maestro; los primeros años de su noviciado; las pruebas a que es sometido y las circunstancias en que se opera su iluminación espiritual, constituyen el tema para la novela más curiosa. Relataré en primer lugar la historia, completamente legendaria y simbólica, del modo como Tilopa, el bengalés, fue iniciado en la doctrina que, después de él, ha sido importada en el Tíbet y que se ha transmitido de maestro a discípulo en la secta de los Khagyudpas, de la cual es el tronco espiritual.

»Tilopa está sentado estudiando un tratado de filosofía, cuando una vieja mendiga surge por detrás de él en ademán de leer algunas líneas por encima del hombro de Tilopa y preguntándole bruscamente: «¿Comprendes tú el sentido de eso que estás leyendo?» Tilopa

se indigna de que una vulgar mendiga le plantee cuestión impertinente, pero aquella le ataja en la expresión de sus sentimientos escupiendo irreverente sobre el libro. El lector de éste se yergue indignado: ¿Quién es esta diablesa que así se permite escupir sobre las Santas Escrituras? Por toda respuesta la bruja escupe por segunda vez sobre el libro, pronunciando una palabra cuyo significado Tilopa no alcanza a comprender y desapareciendo como por ensalmo. Por extraño sentimiento dicha palabra, que para Tilopa comenzó siendo un sonido indescifrable, ha calmado instantáneamente su cólera. Una penosa impresión de laxitud se ha extendido por todos sus miembros y las más extrañas dudas se han levantado en su espíritu. Después de todo, acaso él no ha comprendido, en efecto, la doctrina expuesta en el libro... y ni Tilopa mismo ni los demás son otra cosa que unos ignorantes estúpidos. Pero, ¿qué ha sido de esta inquietante vieja? ¿Qué palabra incomprensible ha pronunciado ella? Quiere saberlo Tilopa: el averiguarlo le es indispensable.

»Tilopa parte, pues, en busca de la misteriosa desconocida. Tras largas y fatigosas pesquisas, él la tropieza una noche en un bosque solitario (otros dicen que en un cementerio). «Sus dos ojuelos rojos fulguran como ascuas en el seno de las tinieblas». Porque conviene advertir que la vieja es una Dakini, raza de hadas que juegan gran papel en el misticismo lamaista, como adoctrinada en secretas enseñanzas a quienes las veneran o a aquellos que, mediante ciertos procedimientos mágicos, saben obligarlas a ello. Asígnaseles con frecuencia el título de «madres» y suelen mostrarse en forma de viejecitas encorvadas, pero cuyos ojos son rojos o verdes. En el curso de la entrevista, la bruja da a Tilopa el consejo de que vaya al país de las Dakinis para entrevistarse con su reina. En el camino que a él conduce le esperan peligros inauditos, dice: abismos, torrentes furiosos, feroces alimañas, apariciones horribles, traidores espejismos, demonios insaciables... Si él se deja dominar por el terror, si se aparta un nada del sendero estrecho como un hilo que atraviesa esta terrible región, él será implacablemente devorado por los monstruos, y si acosado por el hambre o la sed, bebe en las frescas fuentes aquellas o come de las frutas al alcance de su mano y que le tientan, o se pone a descansar bajo los árboles que a ello le convidan con su sombra, o bien, si cediendo ante la sugestión de las hermosas ninfas que tratan de seducirle, cede, queda en el acto alelado e incapacitado para encontrar el camino. Como viático, en fin, la vieja le da una fórmula mágica, que Tilopa ha de repetir constantemente con el pensamiento, reconcentrado por completo en ella y sin pronunciar ni una sola palabra, sordo y ciego ante cuanto le rodee.

»Algunos creen que Tilopa efectuó realmente este viaje fantástico. Otros más al corriente

de las percepciones y sensaciones que suelen acompañar a ciertos estados de éxtasis, ven en el viaje una especie de fenómeno psíquico. No falta, en fin, quien sospecha que todo ello es una descripción simbólica. Sea de ello lo que fuere, cuenta la historia que Tilopa tropezó en su ordalía con las visiones terribles o encantadoras que le había anunciado la bruja, franqueó abismos rocosos y torrentes avasalladores; caminó entre la nieve; fue quemada su piel por el soplo de arenosos desiertos sin abandonar por ello su reconcentración sobre la mágica palabra. Por fin llegó ante un castillo de muros de bronce que, puestos al rojo blanco, esparcían un reflejo cegador y ardiente, y ante cuyas puertas gigantescas, monstruos femeninos amenazaban tragarle con sus ígneas bocazas abiertas, mientras que árboles no menos gigantes le obstaculizaban el paso con sus ramas y hojas cortantes como navajas. Tilopa sin embargo, entró victorioso de todo en el encantado palacio; atravesó numerosas salas y laberínticos jardines sin detenerse ni un instante en ellos, hasta llegar a la cámara de la reina. Esta última, que era de una belleza divina; vestida de sedas y cuajada de joyas, yacía sentada en su trono maravilloso, acogiendo bondadosamente al héroe que traspuso los umbrales del recinto siempre recitando mentalmente su fórmula mágica y que, sin reparar en detalles ni convencionalismos, remontó rápidamente las gradas del trono, despojó brutalmente a la reina de joyas, flores y vestidos, violándola en el acto. La conquista de una dakini, sea por violencia sea por magia, es un tema corriente en la literatura mística de los lamaístas y es una alegoría relativa a la conquista de la verdad mediante cierto procedimiento psíquico de desenvolvimiento espiritual.

»Tilopa luego transmitió su doctrina a Narota o Naropa y éste a Marpa, quien la introdujo en el Tíbet. El eminente discípulo de Marpa, el Célebre asceta-poeta Milarepa la comunicó a su vez a su discípulo Tagpo-Lhadji y la línea continuó así hasta nuestros días. La biografía del filósofo Narota, heredero espiritual de Tilopa pinta de una manera pintoresca, pero no tan fantástica como pudiera creerse a primera vista, las pruebas imaginadas por un maestro del «Sendero directo» para confundir a su discípulo. La historia de las doce grandes y doce pequeñas pruebas del sabio Narotil es clásica entre los místicos tibetanos y es repetida con frecuencia y como ejemplo a los jóvenes *nadjorpas*», según veremos en el siguiente epígrafe.

CAPÍTULO XVIII

LHASA

A unos mil metros de altitud, en la mitad casi de la distancia norte a sur de entre los dos grandes lagos de Tengri y de Yamdor, en la ribera derecha del antes fértil valle del *Kyitchu* (o río Kyi cuyo nombre evoca el de la raza *kychua* sudamericana), cerca de una imponente cordillera, hoy desnuda pero antaño quizás cubierta de bosques, y a los pies del *tsí* o colina del Potala (especie de «Cerro de los Ángeles» matritense o de acrópolis griega), se extiende Lhasa, la capital y la ciudad más importante del Tíbet, la Roma lamaista en fin, objeto de tantos anhelos religiosos y exploradores, con sus diez cuarteles o barrios de Lhasa-chen, Lu-bu, Ju-tog, Banad-jong, Rama-tché, Tse-ma-ling, Tse-gyailing, Tse-cho-ling, Parkor y Nord-bu-ling, con sus gentes siempre en la calle y siempre «alegres y confiadas», ciudadanas de un villorrio más bien que población, sin letrinas ni alcantarillado «donde –como buenos tibetanos– todo se hace en público»...

La sacra colina del Potala dominando todo el conjunto de la ciudad y su llanura, brilla a gran distancia con los rojos edificios y los áureos techos barrocos que la ocupan y sobre los que se alza una amplia terraza desde la que se abarca todo el panorama del valle hasta las lontananzas del norte al pie de cuyas violáceas montañas se extiende de un lado el río y de otro el blanco caserío del monasterio del desierto de Sera, a unos cuatro kilómetros de la célebre colina. Ricos edificios, de una suntuosidad bárbara en la que se ha hecho un verdadero derroche de oro, plata, pedrería y frescos chinos curiosísimos, representando dioses y escenas religiosas del viejo lamaísmo, enlazan el caserío de Lhasa con la cima del Potala, por escaleras cuyo ascenso es un encanto para la vista. Al pie del Potala existe el colegio de Djo el más santo de los recintos tibetanos porque en él son enseñadas la magia y la medicina, no lo que por medicina corpórea pudiera entenderse en Occidente, sino es otra «medicina integral» que el progreso de los tiempos modernos volverá a traer al fin para la humanidad doliente con el dichoso consorcio de la ciencia del galeno con la del sacerdote mago, considerándose, a partir de ese día, como un gran todo al alma y al cuerpo, hasta el punto de que los pecados sean la etiología más honda de las enfermedades corpóreas y las enfermedades la sugestión orgánica de nuevos pecados, al tenor de la sabia síntesis organopsíquica que resplandece en los hoy incomprensidos tratados clásicos de la terapéutica oriental mal conocidos en Europa bajo los títulos de *la Karaka* y *la Shukruta*...²⁶

A pesar de alzarse junto a la cúspide de la colina dicha, las amplias estancias del Djo-

kang llenas de estatuas de tamaño natural de los múltiples dioses del panteón lamaísta, son verdaderas criptas porque carecen de toda abertura por donde pueda penetrar la luz, a diferencia de nuestras catedrales cristianas que, aunque criptas también al tenor de su clásico simbolismo, tienen al menos las magníficas y misteriosas policromías de sus vidrieras. Lámparas eternamente encendidas, en sustitución de esotras «lámparas inextinguibles» de la magia primitiva, alumbran aquellos recintos sombríos, en los que las tinieblas, mal hermanadas con la vacilante luz, prestan tonalidades fantasmáticas a la interminable hueste hierática que recuerda todo un mundo de muertos vivos²⁷. Allí, descollando entre aquellos personajes del tantrismo mahayamista, se yergue la gigantesca estatua dorada, de sándalo, del príncipe indo Sidharta-Sakya-Muni, antes de haber alcanzado por su propio esfuerzo la gloriosa iluminación propia de un Buda. El Lha-kang, o «morada de los dioses», de la colina de Djo, es un símbolo de toda la larga historia religiosa del Alta Asia, desde el Chamanismo o Shamanismo y la excelsa religión del Bon hasta el budismo reformado de Tsong-Kapa, a través de todo el lamanismo o «espiritismo oriental», que es, pese al Buda y su discípulo Tsongkapa, la religión efectiva del país.

Por eso anualmente, en las fiestas inaugurales del año durante las cuales concurren hacia Lhasa millares de peregrinos hasta de los lugares más apartados de la India, China y Mongolia, predica, «para religiosos solos» el excelso Galden-ti-pa, el filósofo oficial del Tíbet, que durante el resto del año ocupa en la lamasería de Galden, a 30 kilómetros al este de Lhasa, el trono de Tsong-Kapa, el reformador. Por lo que se deduce de varias leyendas relativas a aquella estatua, ella no es obra de la mano del hombre, sino que se formó a sí propia y llegó por los aires a Djo, desde la India y la China, habiendo pronunciado profecías no pocas veces, por lo que se colige que se trata de un verdadero «terafín» u oráculo parlante, como aquel otro que la tradición hebrea atribuye a Terah, el padre de Abraham, o bien cual el que la vieja tradición caldea atribuye al comerciante mago Qutanú (el Maestro Kut-humi de los teósofos), autor del libro del siglo XIII, antes de J. C., que a través de hebreos y de árabes nos ha llegado en 1860 a Occidente bajo el simbólico título de *Agricultura Nabatea*, y que fuera una de las bases principales de la magna obra de H. P. B. *La Doctrina Secreta*. Aquellos lamas-momias de los más recónditos recintos del Djo-kang alineados a lo largo de las paredes, recuerdan también las momias de ciertas criptas aztecas halladas por los conquistadores españoles de México alineadas en galerías inacabables y que el fanatismo religioso de estos últimos no tardó en destruir.

Contorneando la ciudad bajo la sacra colina de Potala a la manera de esas carreteras circulares que marcan el perímetro de las poblaciones, serpentea un ancho camino, punto

de arranque de las vías de herradura que ligan a Lhasa, por el Sur con la India y por el norte a través de las soledades herbáceas, la región de los grandes lagos y el desierto, con Mongolia, Siberia, Manchuria, China y Turquestán. Algo gigantesco de lo que no tenemos idea y que, sin nuestros ferrocarriles, pistas, carreteras, etcétera mantiene a través de millares de kilómetros un secular comercio pese a frecuentes bandidajes, con Chumbi y Darjiling del Sikkim (India), con Patua del Nepal y Seh de Cachemira; con Davanghiri del Assam (Indo-China), con Tat-sienlu del Szechuen (China); con Simning de la Mongolia y aun con Khotan y Kasgar (Rusia transcaspiana). En el arranque mismo de semejante camino de circunvalación de Lhasa, arranque de tan gigantescas vías a través de los obstáculos naturales mayores del mundo, se desarrolla la típica procesión del *Ser-pang* que es uno de los mayores atractivos de las fiestas de principios del año, fiestas tan bien observadas y descritas por Alejandra en su libro. Bajo los auspicios presidenciales del propio Dalai-lama y partiendo de dicho monasterio de Djo, la carnavalesca y supersticiosa mascarada, sale con sus «gigantes y cabezudos» que diríamos nosotros (representando ellos a los diversos dioses autóctonos del lamaísmo) y con sus *tornas* (verdaderas «fallas valencianas» de artísticas construcciones en caña y papel quemadas luego entre la algazara de la multitud, ni más ni menos que nuestra griega ciudad del Turia), exhíbese así año tras año, esa lacra de ancestral barbarie, hija de aquella religión sangrienta de los dioses autóctonos mal encerrados hoy en las catacumbas de Djo bajo la custodia permanente de los aterrorizados *trapas* o novicios y contra los que además hay que celebrar año tras año, sin faltar uno bajo pena de las mayores calamidades para el Tíbet, el curiosísimo acto de magia conocido por *Lud-kong-kyi-gyalpo* («sacrificio del chivo sarnoso o mensajero») y del que nos ocuparemos en el lugar correspondiente como una de tantas supervivencias ancestral es que todavía aún en la misma Europa subsisten.

A. Garrigues, siguiendo la obra de David-Macdonal *Moeurs et coutumes des Tibétains* (trad. Bilot. Payot, París, 1930), estudia *La medicina* en el Tíbet y nos dice acerca del colegio médico de la cúspide del Chak-pori, fundado, bajo la protección de «los ocho Budas cazadores» por Sangye Gyastho, hijo natural de Lobsang Gyasto, el 5.º Dalai-lama (1676-96). Los estudios duran ocho años. Todo doctor es a la vez lama y toda tacha moral o física excluye del médico sacerdocio.

En prueba de esta misteriosa conexión de tradiciones tibetanas que en viejos tiempos han pasado a Occidente, citemos la que nos puntualiza Alberto Garrigues en su estudio: «De todos es conocida la ceremonia que ponía término a los exámenes de la licenciatura en la antigua Facultad de París, dice: La ceremonia simbolizaba los desposorios del candidato

con la Ciencia médica. Este último iba acompañado por un *Compañero de la desposada*, por un *paraninfo* (de *παρά*, al lado, y *νύμφη*, recién desposada), es decir, por un Maestro o Gurú iniciador, añadimos nosotros. Pues bien, por extraña coincidencia, cuando en los monasterios tibetanos el novicio o *gesthul*, pasa a ser alumno o *trapa*, se celebra una ceremonia que simboliza los desposorios del *gesthul* con la «iglesia» o monasterio. El recipiendario, con un haz de bastoncitos de incienso en la mano, es conducido a su nuevo lugar por un lama, el que también es denominado *Compañero de la Desposada*. «Esta institución del tal *compañero y filósofo* iniciador («amigo de la Sabiduría» con la que el candidato se ha de desposar), es la base de la universal institución de los *padrinazgos* para todos los momentos de la vida que simbolizan *iniciación* en un orden o en otro.

CAPÍTULO XXI²⁸

SHADUS Y NALDJORPAS

El curiosísimo tema ocultista diseñado en los últimos epígrafes puede ser ampliado hasta lo infinito porque las leyes del ocultismo difieren tanto de las leyes humanas ordinarias, que se salen aparentemente de toda regla, cosa a la que ya aludiera el mismo iniciado San Pablo al decir aquella incomprensible frase de «cuando conocí el pecado entonces conocí la ley», como indicando que las altas cosas del espíritu están muy por encima de todas las leyes corrientes, por obedecer a un canon superior e incomprensido por el vulgo, ni más ni menos que las leyes de la pubertad no son conocidas por los impúberes.²⁹

El coronel Olcott en su *Old diary leaves (Historia auténtica de la S. T.)* nos narra varios encuentros parecidos de raros personajes que luego le resultan seres superiores quienes a veces le llenan de confusión en sus primeros pasos como discípulo, ora sea aquel sabio que después de «hacerle ver la luz astral» le da las señas de su domicilio que luego resulta ser... ¡una librería católica!, ora la propia H. P. B., quien primero le hace presenciar los fenómenos mediumnísticos de la granja de los Eddys; luego regula, corta o precipita otros aun más sorprendentes «por la sola fuerza mágica de su voluntad y su pensamiento»; más tarde hace decir a «su Guía espiritista» que él es el alma desencarnada de un viejo pirata inglés, hasta que, finalmente oye decir a este «Guía» que él no es sino un maniquí, un *tulku*, que veremos después, manejado a distancia por la voluntad de aquella verdadera *naldjorpa* con vistas a su iniciación en la senda de lo oculto...

Por su parte, Alejandra, a continuación de su relato sobre Tilopa el bengalí, nos da estos otros dos de análogo alcance:

«Narota o Naropa –dice Alejandra– nació en el siglo X, en Cachemira. Era hijo de brahmanes, muy culto y tenido por mago. Cuando desempeñaba las funciones de capellán cerca de cierto rajah, éste le ofendió gravemente y Narota resolvió vengarse de él por la vía oculta. Al efecto se encerró, aisló y construyó un círculo mágico con el fin de matar a distancia al príncipe. Al realizar los conjuros prescritos, se le apareció una Dakini preguntándole si se creía capaz de encaminar al alma del futuro difunto hacia una esfera luminosa o bien de hacerle entrar de nuevo en el cuerpo haciéndole resucitar. El mago se vió forzado a confesar que su ciencia no iba más allá del poder de matarlo y entonces el hada le propinó una durísima reprensión, diciéndole que no se debiera destruir sino lo que se era capaz de reconstruir, declarándole que la consecuencia de su acción repugnante e

inconsiderada sería el renacimiento del muerto en uno de los múltiples purgatorios del Bardo. Aterrado Narota, quiso saber el medio para evitar suerte tan espantosa y el hada le aconsejó que para ello fuese a visitar al sabio Tilopa, rogándole le iniciase en el «Sendero directo», que destruye los resultados de los actos, sean los que fueren y asegura la obtención del Nirvana en una sola encarnación, pues que, acertando a comprender el sentido de esta enseñanza y asimilándose su fruto, escaparía a un nuevo nacimiento y, por consecuencia, a los tormentos del purgatorio. Narota, impresionadísimo, abandonó su *Kyilkhor* (círculo o diagrama mágico) y se encaminó a Bengala, donde vivía Tilopa.

El maestro Tilopa gozaba de grandísima reputación cuando Narota se lanzó en su busca. Después de su iniciación, se había transformado en una especie de asceta *avadhuta* o sea de aquellos que ya «nada aman; nada odian; de nada se avergüenzan ni buscan gloria en nada», desprendidos de todo lazo terreno de religión, sociedad, familia, etc., Narota, por el contrario, era un ortodoxo induísta, pagado de su superioridad como letrado y como miembro de la casta superior de los brahmanes. La reunión de estos dos hombres de tan diferente carácter parecía propicia a desarrollar una recreativa comedia, pero no un drama espeluznante para Narota.

«El primer encuentro de éste con su guía espiritual acaeció en el claustro de cierto monasterio búdico. Tilopa, casi desnudo, sentado sobre el duro suelo, comía unos peces fritos cuyas espinas iba arrojando aquí y allá desconsideradamente. Para no manchar la pureza de su casta, Narota iba a dar un rodeo pasando de largo del comensal, cuando un monje, saliendo de la cocina, apostrofó a este último reprochándole el que fuese tan irrespetuoso y tan poco compasivo hacia los seres vivos, que se pusiese a hacer una comida que había costado la vida a varios animalitos y en el ámbito sagrado de una pagoda, por lo cual le dijo que desalojase el recinto. Tilopa, impasible, no se dignó mirar siquiera al reprensor, sino que hizo un ademán, pronunció un *mantram* con lo que al punto las espinas se volvieron a cubrir de carne y los peces así redivivos, volaron por los aires, desvaneciéndose. Nada quedaba, pues, del impío banquete y Tilopa se alejó.

»El asombro dejó a Narota petrificado, pero súbito, una idea luminosa atravesó su mente: Tan singular taumaturgo no podía ser otro que Tilopa, a quien él buscaba. Pero el yogui resultaba inencontrable. Entonces comenzaron para Narota una serie de peregrinaciones que sus biógrafos alargan y agigantan, pero que tienen un fondo probablemente auténtico. De pueblo en pueblo el aspirante a discípulo perseguía al inatrapable Tilopa. Cuando ha oído decir que se halla en un lugar, corre a encontrarle, pero invariablemente Tilopa ha partido ya en el momento mismo de su llegada, Después vienen encuentros que parecen

fortuitos pero que son provocados por el mago que multiplica así sus apariciones ilusorias. Un día llama Narota a la puerta de una casa a orillas del camino, para comer. Un hombre le abre y le ofrece vino, que él como buen brahmán rehúsa. Entonces la ilusión se disipa; la casita desaparece y se encuentra Narota solo en el camino, al par que resuena la irónica voz de Tilopa diciéndole «¡Yo estaba en la casita!» Más lejos un aldeano le suplica le ayude a desollar un animal muerto, cosa sólo propia de los parias «intocables» cuya mera aproximación. no ya su contacto, mancha a todo induista de las tres castas puras. Narota, asqueado e irritado, se aparta y al par la voz del invisible Tilopa vuelve a burlarse de él diciéndole: «¡Yo estaba allí!» Otro día, aún, ve a un hombre arrastrando por los cabellos a una llorosa mujer que clamaba socorro. El bárbaro dijo al viajero: «es mi mujer; quiero matarla, ¡ayúdeme o, al menos, siga su camino!» Pero Narota, indignado, cae sobre el miserable, le medio mata, libra a su víctima y... se encuentra de nuevo sólo y juguete de otra fantasmagoría, escuchando otra vez: «¡Yo estaba allí!» Las aventuras se prolongan más y más de análoga manera.

»Por hechicero que Narota fuese, jamás tuvo idea de tamaños ilusionismos que amenazaban volverle loco. Sin embargo, su anhelo por encontrar a Tilopa y ser aceptado por él como discípulo se agiganta, haciéndole caminar a la ventura a través del país, llamando a grandes voces al mago y, considerándole capaz de revestir cualquier forma, se prosterna ante con cuantos caminantes tropieza. Cierta tarde, por fin, llega a un cementerio: una pira todavía humeante, chisporrotea en un rincón; una llamita sombría se escapa aún de cuando en cuando mostrando, entre los tizones, restos humanos quemados y ennegrecidos. Narota distingue vagamente una silueta tendida en el suelo, mira mejor y... un estremecimiento singular agita su ser: ha comprendido Narota y cae de hinojos agarrándose a los pies del Maestro, que esta vez ya no se esfuma como antaño.

»Durante largos años el ex capellán sigue a su maestro sin que este quiera instruirle en nada, antes bien ejercitándole y poniéndole a prueba en obediencia, confianza, etc. Indicaré sólo algunas de estas pruebas:

»Al tenor de la costumbre de los ascetas de la India, Narota había ido a mendigar y volvía con un gran tazón conteniendo arroz y guisado que presentó a su maestro, porque la regla exige que el discípulo no coma hasta que esté satisfecho el maestro. Tilopa agotó el contenido declarando que el plato era tan excelente que, aun habría comido más. Sin esperar más orden, el discípulo volvió a tomar la escudilla y fuese para la hospitalaria casa de la que había recibido el guiso que tanto había gustado a su maestro, pero encontró cerrada la puerta. No por ello cejó en su empresa el solícito discípulo, sino que entrando en

la casa descubrió en la cocina la sartén puesta aún al fuego, volviendo a llenar la escudilla con ocasión en que llegaron los dueños y le propinaron una regular paliza. Maltrecho Narota, se arrastró hacia su maestro quien no pareció mostrar por él la menor compasión.

–¡En qué triste aventura te has metido por mi causa –le dijo fríamente éste–, ¿No te arrepientes en vista de ello de ser mi discípulo?

»Cuantas fuerzas le restaban al pobre Narota, hubo de emplearlas en protestar de que jamás sentiría arrepentimiento de seguir a un *gurú* como Tilopa y que estimaba por tanto el privilegio aquel más que nada en el mundo, aunque ello le hubiese de costar la vida.

»Otra vez, pasando junto a una hedionda alcantarilla descubierta, Tilopa preguntó a sus discípulos quien de ellos se lanzaría a beber de aquellas aguas si él se lo ordenase. Como puede colegirse, no se trataba sólo de vencer una repugnancia natural, sino más bien de contraer una impureza ritual, cosa gravísima para un induísta perteneciente a una de las tres castas puras, y que si la realizaba haría de él *ipso facto* un paria. Sin embargo, mientras los otros se resistían, el brahmán se echó de bruces sobre el albañal y bebió del inmundo líquido.

»Más bárbara aún fue la siguiente prueba:

»Maestro y discípulo vivían a la sazón en una gruta al borde de un bosque. Cierta día, al regresar de un viaje, Narota vió que durante su ausencia, Tilopa había tallado varias agujas de bambú y las endurecía al fuego. Extrañado, le preguntó qué iba a hacer con ellas.

»El yogui sonrió de un modo singular, preguntándole si aguantaría estoico cualquier padecimiento que él le infligiese, y como el discípulo le contestase que estaba pronto a todo, Tilopa le hincó una aguja bajo cada uña de los dedos de las manos y de los pies y encerrando al paciente en la cabaña, fuese tranquilamente Tilopa ordenándole esperase así hasta su regreso. Varios días transcurrieron hasta que el feroz gurú regresase, y cuando lo hizo halló al fiel discípulo acurrucado en la gruta y con las agujas clavadas tal y como las había aquél dejado.

–¿En qué has pensado mientras estabas solo? –le preguntó Tilopa–. ¿No te figuras ahora que yo soy un maestro desnaturalizado y que es preferible para tí el abandonarme?

–He soñado –replicó Narota– en la vida tan atroz que yo llevaré en el purgatorio si no alcanzo por vuestra gracia la iluminación en la doctrina del Sendero directo, escapando así a todo nuevo nacimiento.

»Citaré, en fin, otra prueba de festivo carácter, al menos para todos los que no fueran el héroe de ella.

»Paseándose Tilopa con algunos de sus discípulos, tropezó con un cortejo nupcial que

conducía a una desposada a su domicilio. El yogui dijo a los que le rodeaban: ¿Quién de vosotros irá a apoderarse de esa mujer para traérmela? Yo la deseo. Antes de que Tilopa acabase de hablar, Narota se abalanzó sobre el cortejo. Y al reconocer en él a un brahmán todos le abrieron paso creyendo que intentaba bendecir a la desposada, más cuando se percataron de que la asía fuertemente pretendiendo arrebatársela, todos cayeron sobre él maltratándole con cuantos objetos tuvieron a su alcance, y el harto celoso discípulo hubo de quedar en tierra sin sentido. Cuando volvió en sí de su desmayo apenas tuvo fuerzas para retornar junto a Tilopa, quien le formuló la pregunta acostumbrada tras de cada prueba, de si no se arrepentía de ser su discípulo; y como siempre, Narota protestó de que mil muertes le parecerían bien poca cosa a cambio del altísimo privilegio de ser su discípulo. En otras ocasiones, finalmente, bajo la orden del maestro realizó hazañas como la de tirarse de lo alto de un tejado; atravesar las llamas de una hoguera y otros actos temerarios que pusieron más de una vez en peligro su vida.

»Al cabo de todas estas amarguras, Narota recibió la recompensa, pero no bajo la forma de una iniciación y una enseñanza regulares. Si hemos de creer a la tradición, Tilopa pareció emplear en este caso un método extraño, bastante parecido al de que se sirven ciertos maestros chinos de la secta de Ts'an, No cabe duda de que, aunque nada se le había enseñado al discípulo por vía directa durante su accidentado noviciado, Narota había aprendido gran número de las doctrinas profesadas por su maestro. No obstante, la iluminación vino al discípulo como sigue:

»Estaba Narota sentado junto a una hoguera en pleno aire, con su *gurú*, cuando éste, sin pronunciar palabra, se descalzó un pie y con la sandalia le dió un fuerte golpe en la mejilla. Narota vió, como vulgarmente se dice las estrellas; pero, al mismo tiempo el profundo sentido del «Sendero directo» iluminó su espíritu.

»Narota tuvo numerosos discípulos a quienes, según la tradición, ahorró todas aquellas pruebas cuya dureza y crueldad conocía por experiencia. Después de haber brillado como filósofo, consagró, se dice, doce años consecutivos a la contemplación continua en espera del «sublime acontecimiento», o sea la condición de Buda. A una edad muy avanzada, se retiró a los Himalayas para allí consagrarse a la vida de eremita.

»Narota es conocido, sobre todo en el Tíbet, como el *gurú* de Marpa, quien, a su vez, lo fue luego del célebre asceta-poeta Milarespa, cuyo nombre, historia y cantos religiosos por el escritos, son popularísimos entre los tibetanos.

»Si Naropa fué dulce con sus discípulos, no acaeció igual a Marpa, quien torturó durante años a Milarespa ordenándole construir una casa que le hizo demoler y volver alzar varias

veces. La casa en cuestión existe aún en el país de Lhobrag (Tíbet meridional).

Digamos, en fin, que los tibetanos no dudan ni un punto de que los detalles anteriores sean auténticos. Si nosotros no podemos alcanzar la fe que ellos, debemos guardarnos de considerar como puras invenciones las extrañas aventuras de los novicios *naldjorpas* o de creer que se trata de hechos antiguos imposibles de repetirse hoy.»

Examinemos nosotros, por nuestra parte, estos asuntos en otro epígrafe.

[Aquí terminan los capítulos publicados en la revista El Loto Blanco. Al parecer, otra edición completa, que no disponemos, se publicó en una revista de América del Sur, pero en portugués].

¹ Bajo este sugestivo título, inauguramos hoy la publicación de un profundo e interesantísimo trabajo del Dr. Roso de Luna, acerca de esos dos grandes misterios de la Humanidad que se llaman la *Teosofía* y el *Tíbet*.

Nuestro tan querido como admirado amigo nos irá dando en semejante estudio una amplia visión de conjunto del incomprendido «País de las nieves», que todo buen teósofo siempre anhelará visitar; de su geología, geografía, historia, costumbres, ritos y supersticiones, filosofía y cosmología, ciencia y arte, magias y ocultismos, con toda la ponderación y galanura a que tan acostumbrados nos tiene el sabio autor de *El libro que mata a la muerte o libro de los Jinas*, y de treinta obras más a las que ni aun los propios teósofos han hecho la debida justicia todavía—*Nota de la Redacción*.

² Estos asuntos han sido objeto de una conferencia pronunciada recientemente por el autor en la «Rama Hesperia», de la S, T, en Madrid—*N. de la R.*

³ Un lacónico y reciente telegrama de la Misión norteamericana que actualmente recorre aquellos países, nos dice haber descubierto, no precisa la zona, un pico de unos 10,000 metros de altitud o sea mil más que el Everest, cuya altura es de casi nueve mil, como es sabido.

⁴ Quien desee más detalles acerca de estos sugestivos problemas, puede consultar *La Tectónica de Asia*, conferencia dada en Bruselas en 1922 en la Sesión XIII del Congreso Geológico internacional, por Emile Argand (Páginas 174 a 372 de las *Actas* de dicho Congreso). De ellas extractamos los conceptos siguientes: La base de la moderna *Ciencia Tectónica* está en la obra de Suess (1910) y en la de Marcel Bertrand acerca de los colosales plegamientos terrestres *precambrianos, caledonianos, hercinianos y alpinos*, que lejos de ser de un determinado país, se extienden a partir del Tíbet, a toda la corteza del Globo. No hay tectónica estática y tectónica dinámica, sino una ininterrumpida serie de deformaciones por la presión tangencial de la corteza terrestre.—El porvenir reducirá la Tectónica a la Física.—No hay síntesis tectónica, sino la visión científica de un continuo de tres dimensiones en perpetua deformación que no necesita de la hipótesis de impulsos verticales, sino que todos son plegamientos iniciales, paroxismales y tardíos, al modo de las olas del mar chocando contra los escollos.—No hay «países tabulares» o sin plegamientos, más o menos intensos o dulces; el ciclo alpino, que es el más reciente, arranca de la edad secundaria (lemur) y continua en la actualidad—. La Naturaleza sólo trabaja en volumen.—No se confirma el gran macizo antiguo del interior del Tíbet.—Nuestro Atlántico no es sino un segundo *Atlántico* de tiempos recientes (o de la data asignada a la gran catástrofe) y comparable en sus orígenes al viejo sinclinal caledoniano.—Los destinos ulteriores de la zona débil de Siberia occidental y los del actual Atlántico muestran grandes analogías.—El primer Atlántico existía en el período cambriano (época segunda o hiperbórea), de Oriente.—Su istmo se rellenó aflorando como continente por los alzamientos caledonianos y hercinianos.—El Himálaya es una geosinclinal que se ha mantenido a través de más de una fase o ciclo orogénico. Sus fallas y discordancias son los testimonios de su alpino plegamiento.—De las dos caras de la Eurasia hacia América, la de Europa se afectó mucho más por los juegos andinos (consiguientes al hundimiento atlante) y que afectaron a toda aquella.—El papel de la zona cristalina de las altas cumbres del Himálaya es comparable, en escala mayor, al que juega en los Alpes el macizo del Montblanc.—El duelo entre la Eurasia y la Gondwana (cual el legendario entre la *Rutha* y la *Daytia* atlantes), continúa aún hoy.—América se aleja más y más de la Eurasia y la Gondwana.—La actuación de las altas tierras entre las llanuras de la India y los desiertos del Tarim y de Kansú se reduce al dispositivo mediterráneo, que ella no hace sino prolongar en curiosa simetría.—El macizo serindiano (moje tibetana) es el lazo común al Kuenlun y al Tian Chan y broche de toda la tectónica.—La actual geología tibetana liga a los alzamientos alpinos con restos de otros anteriores, hercinianos, caledonianos y precambrianos.—Los Pirineos son un Tian Chan en miniatura (y la península ibérica, añadimos nosotros, un Tíbet y un Gobbi en miniatura también).—

La Geología de Europa no puede ser bien explicada sin la del Asia, de la cual depende.—El testimonio más elocuente del alzamiento alpino y de los anteriores, está en los plegamientos infinitos que constituyen la orografía en el Tíbet.

Véase, pues, por lo apuntado que, dentro de la ley de armonía y de analogía o *Clave esmeraldina* de Hermes Trimegisto que es propiamente hablando el «método teosófico», en el Tíbet, en lo físico como en lo espiritual —¡todo es Uno!— está la clave del Gran Misterio Humano, misterio para cuyo esclarecimiento fue constituida la Sociedad Teosófica.

⁵ Nótese, de pasada, estos nombres de *Bulak*, repetidos luego en el célebre Museo de Egipto.

⁶ Para no repetir el trágico pasaje, remitimos al lector curioso, a nuestro artículo «El eterno anhelo evolutivo», publicado en EL LOTO BLANCO, de mayo de 1930, donde se transcribe el pasaje relativo a estos animales *mártires*.

⁷ *Uigur*, equivale a «turco», pero también a «ligur» o «íbero», lo que liga una vez más a nuestra península, con turcos, parsis, georgianos y aun tibetanos. Consignemos además que los «buddhistas» a quienes el sabio inglés alude, no son «los creyentes en la doctrina dada el mundo por Gauthama el Buddha» sino la de los infinitos «Buddhas de la Compasión», Tirthankaras jaínos o Mahatmas de todas las Edades, de los que nos habla *La Doctrina Secreta*, Shahmanos, Sabeirones o Iniciados, del sánscrito *Bhodi*, Sabiduría, esto es, los seres de gran elevación intelectual y moral encargados de conservar a la larga de los tiempos esa Religión-Sabiduría de las Edades, vulgo Teosofía, cuyas claves están en la Matemática sagrada, según se puede demostrar.

⁸ El propio nombre de este cuarto Veda es, a nuestro juicio una contradicción del de *Aita-arva-veda*, o «fruto del Arbol ancestral de la Sabiduría de los Rishis o Dioses», porque *aita* en vasco y en otras lenguas arcaicas, es *padre*, y *arva* o *arba*, árbol, tronco.

⁹ «Govinda» es palabra que puede descomponerse en las dos raíces de «gob» y de «ind» o como si dijéramos, «doctrina de Gobbi seguida por un ario indú». Esto dicho sea en homenaje a un íntimo sentir y que no podemos descender a razonar como ello merecería, pues que encontraría además la natural oposición de los filólogos positivistas al uso. Es verdaderamente un dolor entrever etimologías ocultistas semejantes y tenerlas que lanzar sin los conocimientos ni el espacio adecuado para desenvolverlas. ¡Una de las pruebas más duras del Sendero, prueba que hay que aceptar como una cruz, desafiando el ridículo, que es una de las cosas más terribles con las que la Humanidad vulgar se defiende contra los que signen la vía salvadora y a los que de un modo u otro trata aquélla de eliminar, como la corriente del río elimina por una y otra orilla cuantos objetos arrastra en su seno.

El «Govinda» o «Gauvinda» y el «Gavisus sum» o supino del verbo «gaudeo» tienen, sin disputa, la misma raíz, expresándose así el gozo íntimo o espiritual del que sigue el recto sendero, a diferencia de la mera alegría vulgar y pasional expresada por el otro verbo latino «laetifico», pues, como dice Cicerón, «hinc dicunt Stoici, gaudium in sapientem cadere posse, laetitiam non posse», distinción en la que la liturgia romana ha optado materialistamente por la «lacticia» y no por el «gaudio», con confusión igual a la establecida entre el espíritu y el alma o entre los goces materiales y los goces espirituales. (Véase la letanía católica).

¹⁰ Acerca de esta también excepcional mujer a la que tenemos que citar múltiples veces en el curso de estos apuntes, el Dr. D. Arsonval, miembro de las Academias de Ciencias y de Medicina, profesor del Colegio de Francia y presidente del Instituto general de Psicología, dice en el Prefacio a la obra de aquella *Místicos y Magos del Tíbet*: «Para muchos occidentales, el Tíbet está envuelto en una extraña atmósfera. El «país de las nieves» es para ellos la patria de lo misterioso, de lo fantástico e imposible. A lamas, magos, hechiceros, necromantes y ocultistas de todas clases que moran en aquellas altas mesetas aislados del mundo por la misma naturaleza o por su propia voluntad, los atribuyen los mas superhumanos poderes, aceptando como verdades indiscutibles las más extrañas leyendas. Diríase que este país plantas, bestias y hombres pueden sustraerse a su antojo a las leyes mejor establecidas de la física, la química, la fisiología y hasta el simple buen sentido,

«Es natural, pues, por ello que los investigadores entregados a las rigurosas disciplinas del método experimental no hayan otorgado a tales relatos más interés que el relativo y pintoresco que a los cuentos de hadas. Tal era el estado de mí espíritu hasta el día en que tuve la suerte de entrar en relaciones con la señora David-Neel. La célebre y valerosa exploradora del Tíbet llenaba todas las condiciones físicas, intelectuales y morales que se pueden apetecer en un observador consagrado a dichos problemas. Ella escribe y habla perfectamente todos los dialectos tibetanos y ha residido catorce años consecutivos en dicho país y sus comarcas limítrofes. Ella profesa el budismo y, se ha sabido granjear la confianza de los más elevados lamas. Su hijo adoptivo es un lama auténtico. La Sra. David-Neel, en una palabra, háse visto sometida a los aprendizajes y pruebas psíquicos de que habla, y ha llegado a ser, como ella misma asegura, una perfecta asiática en todo su modo de ser, cosa la más importante para explorar un terreno hasta aquí inaccesible a los observadores extranjeros.

»Esta asiática, esta completa tibetana, sin embargo, ha sabido continuar siendo una occidental, discípula de Cartesio y de Claude Bernard y practicando la duda filosófica del primero, que debe ser, en opinión del segundo, la base de todas las investigaciones del sabio. Así, desembarazada de toda idea preconcebida, no

estando polarizada por ningún dogma ni doctrina, ha observado las cosas del Tíbet con toda libertad y serenidad de juicio. En las conferencias que a ruego mío, ha dado en el Colegio de Francia (cátedra también de Claude Bernard, mi maestro), ha podido sentar como conclusión que «todo cuanto de cerca o de lejos se relaciona con los fenómenos psíquicos y a la acción de las fuerzas psíquicas en general, debe ser estudiado de igual modo que cualquiera otra ciencia. No hay en ello nada de milagro, nada sobrenatural, nada que deba engendrar o alimentar la superstición. El aprendizaje psíquico razonado y científicamente conducido puede llevarnos a los resultados racionales apetecibles. Por ello las observaciones recogidas respecto a semejantes disciplina, aún en los casos en que ésta sea practicada hoy de un modo empírico o bajo teorías a las que no nos vamos a someter, constituyen utilísimos documentos, muy dignos de la mayor atención». *Esto, como se ve, es el verdadero método científico, alejado por igual del escepticismo que de la ciega credulidad.*»

¹¹ En estos nombres de los dos clásicos Senderos nosotros queríamos leer más bien *Jina-yoni* y *Maha-yoni*. Si la tal lectura fuera cierta, podríamos entonces traducirlos respectivamente como «matriz» o medio de nacimiento al mundo Jina o de aquellos Seres superiores al nivel humano, y gran «matriz» o medio final de nacimiento para la humanidad en general. Notemos también que la *Hi* aspirada de *Hina-yana*, la traducimos fonéticamente por *J*.

¹² Esto en el fondo, no es sino la repetición de los tres clásicos grados masónicos de aprendiz, compañero y maestro, pues que en el primero de estos grados no se exige al candidato o neófito más que sentimientos de Fraternidad y amor a la Verdad (lema y primer objeto de la S. T.), mientras que en el segundo grado de compañero son enseñadas las ciencias, las artes, la historia, etc. (objeto segundo, de disciplinas comparadas de la S. T.), y en el de maestro finalmente son o deben ser revelados los misterios de la Vida y de la Muerte. (tercer objeto oculista de la S. T.).

Fue, por ello, una gran desgracia, de la que tardíamente hubieron de lamentarse H. P. B. y Olcott, el no dar, al tenor de estos principios, una organización masónica a la S. T., cosa que habría evitado quizá el lamentable estado en que esta última se encuentra, porque de la confusión de aquellos objetos o grados, como de la confusión de castas, que diría el Código del Manú, no podían nacer sino males sin cuento.

¹³ Nótese que este pasaje coincide con el inicial de *Las mil y una noches*, relativo al *Pescador* (Véase nuestra obra «El Velo de Isis y Las mil y una noches ocultistas»).

¹⁴ «Uno de los resultados más valiosos de la misión de *Upasika* (designación familiar de H. P. B.), dice un maestro, fue la de estimular a los hombres modernos a estudiar por sí mismo», cosa que desgraciadamente y por los errores en otro lugar apuntados, no ha hecho casi ninguno de los que se llaman sus discípulos, prefiriendo, en su debilidad impropia de tales teósofos, «la letra que mata»; el dogma cerrado, el mesianismo de supuestos redentores; el psiquismo emocional y, en una palabra, todo lo contrario del carácter crítico, decidido y viril que exigen de éstos los dos últimos objetos de la S. T.

¹⁵ Este «prenderse de una doctrina entre todas las demás», es en la vida ordinaria y dentro de la eterna ley de armonía, lo que !le llama *vocación*, es decir, la llamada poderosa, incoercible de la Voz Interior de nuestra conciencia («Cristo en el hombre», de San Pablo), marcándonos imperativa el sendero que debemos seguir. Quien escucha semejante orden de nuestro Yo Superior, va adelante; triunfa de cuantos obstáculos se le atraviesen y «madura en genio», como la historia de todos los grandes hombres demuestra. En cambio, quien la desoye, arrastra una vida miserable como traidor a sí mismo, y crea un pésimo karma futuro, karma que la Ley evita a veces, piadosísima, cortando en flor la vida del que así equivoca su sendero. De aquí los llamados «malogrados» a los que hemos destinado un capítulo en nuestra obra *En el Umbral del Misterio*.

¹⁶ Cuenta la leyenda oriental que en el «segundo nacimiento» del Buddha, acaeció en *Urúvilva* o *Uruvalva* («la matriz del Fuego»), Sujata le lavó los pies con agua perfumada (igual que a Jesús la Magdalena) y le ofreció la clásica copa de oro con arroz, leche y miel. Tirado luego el vaso al río por Nairan-jana, remontó por sí propio la corriente, en señal de que la ciencia suprema ya le pertenecía, mientras que el nuevo nacido se recogió a meditar bajo el árbol de Bodhi o de la Sabiduría. Este «remontado de la corriente» es, en mil leyendas, la característica de la Magia, la cual siempre va contra la corriente del vulgo. Así remonta, en efecto, las aguas del Rhin el esquife de Sigfrido en *El ocaso de los dioses*, de Wágner y así también surge del Támesis la piedra sagrada e iniciática del Lía-Fail Con una misteriosa Espada embutida en su masa y que sólo el héroe de la *Tabla Redonda* es capaz de arrancar (Espada de Sigmundo en el Arbol Norso, de «La Walkyria», en suma, la invencible Espada del conocimiento intuitivo).

¹⁷ Esta última región del Sahara africano, de nombre tan estrecha como admirablemente ligado con el del Tíbet, es un poderoso macizo montañoso sobre las hamadas del Sahara central, al borde mismo del mar de arena del desierto por terrazas sucesivas que le enlazan con el nudo orográfico del Tarso hasta los 2,200 metros de altitud. Su volcánica soledad desnuda alberga sin embargo a los nómadas o *númidas* tuaregs cuyo Hoggar colinda con sus dos principales macizos, a los que los naturales denominan *Tu*, *Ti* o *It*, nombre que recuerda nuestras inscripciones de la *Peña Tu*, asturiana y el mágico *Ti* o *It* chino cuanto el *It* atlante del que habla la maestra H. P. B. como de un gran salvador que «saliendo del mar» como el Oanes o Dagón caldeo, puso fin a las terribles guerras de los últimos tiempos de la Atlántida. Al oeste del Tibesti se desarrolla la cuenca del Níger; al noroeste la hoy desierta Libia y el camino de Kuka a Trípoli hoy seguido en parte por los italianos. De su población, puede juzgarse aun ahora por estas palabras del viajero Nachtigal: «En el distrito

del N. O. o de Meru-ya (recuérdese, el monte Merú de los orientales), el relieve local tomaba un aspecto más y más curioso para nosotros. Había por doquier cúpulas de grandes edificios: catedrales, iglesias bizantinas, anfiteatros paganos, mezquitas y castillos feudales con los cuales se mezclaban construcciones modernas de todos estilos. Aquí se creía ver surgir del suelo como un inmenso dorso de camello; allá la forma de las rocas figuraba un búho gigantesco: a veces, sobre una columna aislada, aparecía una deforme cabeza... A la luz fantástica del crepúsculo era cuando toda esta caprichosa arquitectura fantástica de titanes sugería las más originales ideas».

Por todas estas analogías no es extraño el que los modernos antropólogos busquen con interés al «homo primigenius» en esta región central africana tan semejante histórica y geológicamente al Asia Central. Las pinturas rupestres (paleolíticas y neolíticas) occidentales acaso arranquen también de esta comarca hoy francesa y antes tan emparentada con Egipto por un lado y con Marruecos y Argelia, por otro.

¹⁸ Para facilitar la exposición orográfica suelen considerarse por los geógrafos estas cordilleras como agrupadas en seis sistemas o series, tres de ellas fuera y las otras tres dentro del Tíbet propiamente dicho, todas ellas cruzadas en su parte oriental por Prjevalsky, el pandit Krishna, Carey, Bouvalot, Dutreuil de Rhins, el príncipe de Orleans, Sven Hedin y algún otro, pero no visitada y sólo entrevistas en su parte accidental, o sea aquella que las liga con la Meseta central de Pamir, por Pievtzov (1830) y Bower (1831) y que no envía al mar río alguno; constituyendo un mediterráneo desecado. una región muerta, pantanosa, de lagos salados y, cuya *alma* orográfica está constituida por el imponente y viejo macizo del Kuenlun mitológico.

Para dar una idea de la espantosa soledad que por aquellas zonas en vuelve al intrépido viajero, baste decir que en la región del lago occidental que visitó Huc, a través de las gargantas de Lug-rab, Tchu-mar, Rabdun y Djung del Tsaidan, se pueden recorrer cerca de dos mil kilómetros sin encontrar un pueblo, un aldeano, como no sea en verano algunos cazadores furtivos o alguna partida de bandidos. En 1.700 kilómetros de otros dos itinerarios, en uno sólo se tropieza con dos aldeas y 800 kilómetros de mortal desierto, y en otro que va por los lagos *Kya-ríng*, *Ngo-ríng* y *Tong-kor*, de los dichos 1.700 kilómetros de itinerario, 1.300 son de desierto y en algunos de estos caminos de las montañas los naturales sólo dejan pasar al Gran lama y a los monjes en su peregrinación a Pekín cada tres años. Por eso, para no hablar de sus sucesores, se califica con razón al primitivo itinerario de Huc (monje venido de Europa a China por el cabo de Buena Esperanza y después de la China al Tíbet), como «un monumento de la energía humana». ¿Qué caminos serán los de aquellos puertos o pasos que hay que cruzar, tales como el de Kuku-shili (4.580 metros, o sea la altura casi del Mont-Blanc); el de Tasila (5.000); el Rojo (5.150); el de la cordillera Dupleix (5.750), que cruzó Bonvalot, y el famoso de Lanak, frecuentado por las caravanas de Leh, a los 5.760 metros de altura?, las cuales empleando caballos en su recorrido gastan en él cerca de cien días y más de cuatro meses si emplean otros elementos de locomoción más lentos? Sin embargo, los correos del Dalai-lama suelen cruzar dichos itinerarios en 18 días, caminando a razón de 120 kilómetros por día, o más aún si apelan al procedimiento mágico del *lung-gon*, como, siguiendo a David-Neel, diremos después.

¹⁹ Etimológicamente también *Po-yul* designa a la parte tibetana habitada o del sur, mientras que *Ja-chi* significa «parte deshabitada», o de los desiertos herbáceos de hacia el Kuenlun. Véase, respecto de los «erithreos» o rojos occidentales, nuestra obra *De Sevilla al Yucatán*.

²⁰ Los *3olos* o *lolos* equivalen a nuestros hombres de la edad de piedra (leyenda de los salvajes velludos de Prjevalsky); los *arrú* y los *jiú* son gentes apenas conocidas del alto Salwen y los *jam-pas* de Cachemira y los del Ladak, tienen una mezcla mayor o menor de sangre aria (gitana).

²¹ Los respectivos títulos de dichos libros son: *Viaje de una parisiense a Lhasa, a pie y mendigando, de la China a la India a través del Tíbet*. Ediciones Iberia, Barcelona, 1930.—*Mystiques et magiciens du Thibet*, prefacio de A. d'Arson val, de l'Academie des Sciences et de l'Academie de Médecine, Le Plou, París, 1923.—*Le modernisme bouddhiste et le Bouddhisme du Bouddha*, Alcau, París; *Les theories individualistes dans la philosophie chinoise*, Giard, París; *Socialisme chinois.—La Philosophie Meh-zi et l'idée de la solidarité*, Luzat, Londres.

²² Los extranjeros son los únicos que llaman Dalai Lama («el lama-océano», por la inmensidad de su grandeza espiritual) al soberano del Tíbet, título que le fue conferido por un antiguo emperador mogol. Los tibetanos le denominan *Gyalva-zimpoche*, «el precioso conquistador o *jina*». Sólo va al Potala o inmensa acrópolis que corona a Lhasa en las grandes solemnidades, pues que de ordinario mora en su palacio de Norbuling, rodeado de vastos parques y con un lujo imponente en sus estancias de estilo chino, hindú e inglés. Es tal la fe que en él tienen depositada todos los habitantes del Alta Asia, desde Siberia a la India y desde la China al Mar Caspio que el vulgo hasta cree tiene bajo su protección espiritual al propio imperio británico. Pero dicha categoría espiritual la comparte en aquel «tejado del mundo» constituido por la Alta Asia, con el lama *Pentchen-zimpoche* «el precioso sabio de la provincia de Tsang» (vecina a la provincia de U cuya capital es Lhasa), avatar de Eu-pamed, «el Buddha místico de la Luz infinita» y de Subhuti, uno de los principales discípulos del Buddha de Kapilavastu. Habita este último en la enorme lamisería de Trachil-lunapo, cerca de Tigatsé, la segunda población del Tíbet, no lejos de la lamisería de Phagri, de una imponente y bárbara suntuosidad y de la de Chorten-Nyima, en la inmensa meseta que se abre una vez traspuesta la

frontera con el Nepal y el Sikkim que están ya bajo el protectorado inglés, en una ruta accesible, aunque penosísima, más allá del Everest (8.860 metros de altitud) del Kintchindjinga (8.450 metros) del pico fronterizo de Jongson (7.300 m.). Dicha ruta está hoy cerrada y antes hay que cruzar por puertos como el de Nago (5.460 m.) o los de Kuro y Sepo (6.000 m.) o sea por una altitud mayor que la de Mont Blanc, erizados de retiros de ascetas y de pobres lamiserías como la de Latchén, importantísima, sin embargo, en las expediciones de la autora.

Las simpatías del Trachil-lama por la China antimilitarista le hicieron víctima en 1910 de solapadas persecuciones políticas y a pesar de su «carácter semi-divino» estuvo a punto de ser aprisionado o muerto en las revueltas de entonces, relatándose a este propósito, multitud de leyendas, como la de que al huir hacia lamiserías de la región oriental tales como la de Tchiamdo, patria del reformador Tsong-khapa, había dejado tras sí en su palacio un *tulku* o fantasma llenando todas sus habituales funciones hasta verse en seguridad su creador, mientras que otros dicen se fugó sólo el fantasma quedando su creador invisible en su lamisería durante dos años y medio. Estas leyendas reproducen las que los bardos tibetanos cantan relativas a la epopeya análoga del gran rey Guesar de Link, el «mesías guerrero», cuya vuelta, anunciada por varias profecías, para cuando aquella fuga acaeciese, acaso dió margen, con otras análogas de la Sudha Dharma-Mandala, a los recientes mesianismos de ciertos pietistas-teósofos que así continuaron (pese a la «doctrina del Sendero directo» característica de la moderna Teosofía), la eterna leyenda de los «libertadores» con la que de Prometeo y de Jesús acá, se viene consolando en sus dolores el mundo de los vulgares.

²³ Salvando las diferencias propias de nuestra insignificancia y sólo por obligado homenaje a la verdad, recordemos algo semejante ocurrido a nosotros y que va relatado en el epígrafe «Varios fenómenos psíquicos de mi vida» de nuestro libro *En el umbral del Misterio*. Relatos análogos llevamos también oídos de otras personas que nos merecen entero crédito y el hecho sería más conocido si muchos no lo reservasen por diferentes razones. (Véase también las *Cartas que me han ayudado* de Jasper Niemermand).

²⁴ La base de toda enseñanza ocultista está en sobreponerse a las rutinas, preocupaciones y demás errores de nuestra vida ordinaria de gentes *bien* y nada *shokings*. Así son largas de contar las torturas que a la educadísima Condesa de Wachmeister (torturas o pruebas por ella misma referidas en sus Memorias), hubo de someter la Maestra H. P. B. para despojarla de sus prejuicios señoriales o aristocráticos que podrían servirla de otros tantos obstáculos mundanos en el Sendero y nada digamos de otras iniciaciones como la jesuítica contenida en las célebres reglas de los *Ejercicios Espirituales* de Iñigo de Loyola y en las cuales toda vulgaridad mundana queda de hecho abolida, como puede verse leyendo los pasajes que a ello consagra la *Historia interna y documentada de la Compañía de Jesús*, del Padre D. Miguel Mir, y que los secuaces de aquél se están dando maña para hacer desaparecer de las bibliotecas.

²⁵ «Sadhus» y «naldhorpas» o «discípulos» y «maestros» merecerían, no meros capítulos, sino obras enteras consagradas a ellos y que algún día, cuando haya verdadera cultura psicológica en Occidente, habrán de ser escritas.

El hombre ordinario, con cultura o sin ella, recuerda mucho en las orientaciones, o más bien dicho en las «desorientaciones de su espíritu» siempre atraído por el exterior, al personaje de aquella parábola que David-Neel nos transmite de uno que camina hacia un lago situado al Este, pero al percibir el humo de una cabaña que divisa allá hacia el Norte, cambia de orientación y se dirige a ella para tomar un bol de té; alguien, unos fantasmas quizá, se le interponen en el nuevo camino y escapa aterrorizado hacia el Sur. En el Sur tropieza con otros que huyen hacia el Oeste y se va con ellos también, no sin que bien pronto nuevos incidentes le hagan cambiar una y otra vez de rumbo, con aquel picaresco decir de nuestro Campoamor de «¡Ay del que va del mundo a alguna parte y se encuentra a una rubia en el camino...» «Semejantes hombres podrán serlo todo en el mundo, pero nunca podrán ser *naldjorpas* ni *tulkus*, porque no reúnen la condición fundamental del verdadero discípulo, que, deslumbrado, no por el maestro sino por la doctrina del maestro, doctrina cuyo primer fulgor le deslumbra como a Mateo frente a Jesús por primera vez o a Pablo en el camino de Damasco, no sólo no titubean ya, sino que ya no quieren otra cosa en el mundo sino AQUELLO. La santa llama de «la vocación» que a través de la historia ha herido con la instaneidad del rayo a todos los elegidos (el «juro ser Beethoven o nada» de Wágner al escuchar por vez primera la magia de la *Quinta* Sinfonía), es algo divino e iniciático también en todo discípulo apto al sentir el primer contacto espiritual con la salvadora doctrina del Maestro.

Perdónenos el lector, o más bien la autora de *Místicos y mágicos del Tíbet*, la larga cita, ya casi el saqueo, que en las páginas de este último libro vamos a realizar movidos del noble deseo de poner, por primera vez quizá, al alcance del público algo que le conviene saber, pese a los acostumbrados escepticismos con que suelen ser mirados estos santos problemas.

²⁶ Acerca de estas dos sabias enciclopedias médicas, véase en nuestro libro *Hacia la Gnosis* (2.^a ed.) el capítulo titulado «El Jayur-veda brahmánico».

²⁷ No es sólo en Lhasa donde existen criptas de esta clase, sino que el hecho es frecuente en toda Asia. En Yun-Nan, provincia de la China suroccidental, y lindando con Birmania y la gran India, existe un curioso monasterio con 600 esculturas policromas admirables, con ojos de cristal y cabelleras auténticas, y vestidos

con las túnicas de los «arates» o elegidos que gozan del nirvana más perfecto prometido en los ritos budistas.

La impresión que producen en el viajero es extraña y escalofriante, pues parecen hallarse animados de una vida incomprensible, como si en sus cuerpos de madera se albergasen alma y cerebro.

En Yun-Nan se conoce esta extraña residencia monacal por «el monasterio de los quinientos arates».

Los turistas que lo han visitado hablan de él de una manera extraña e inconcebible, y en sus relatos se muestran la curiosidad y el pánico en mezcla inconfundible.

²⁸ El salto de capítulos del XVIII al XXI está como en el original.

²⁹ «La letra mata y el espíritu vivifica», dice el Evangelio, y, en efecto, el primer efecto, el primer paso en ocultismo es aprender a diferenciar lo abstracto de lo concreto («salto en las tinieblas» de ciertas iniciaciones occidentales); lo permanente de lo transitorio; lo real de lo ilusorio; lo esencial de lo accesorio; en suma: la Verdad; de sus isiacos «velos» o vestiduras. Así el famoso Bafomet de los templarios acaso no consistía sino en una de estas pruebas que aun han llegado hasta nosotros con el dicho o creencia vulgar de que «pisoteaban un Cristo...» Algo así quizá, como el escupir tres veces sobre un «libro santo» de la bruja sabia que inició a Tilopa, ya que ni el Cristo era ya para aquellos sino el símbolo, en madera, en marfil, etc., de algo mil veces más excelso: ¡Su Doctrina!, ni el libro era otra cosa que el vehículo material de las ideas en él escritas o mejor dicho, de las que entre líneas por no estar descritas, ha de descubrir con su intuición el candidato. El vulgar, en cambio, retrocede inevitablemente horrorizado ante lo que él diputa por el mayor de los sacrilegios.

En «Las mil y una noches» como libro iniciático también cuando se lee entrelíneas, surgen doquiera pasajes semejantes que «si se toman en su muerto sentido sexual» (como la violación de la reina de las Hadas por Tilopa, o la de Wotan con la Madre-Tierra para arrancarla sus secretos, del drama wagneriano), no puede conducir sino a la magia negra, mientras que es salvador en el más alto grado cuando el pasaje se interpreta en el sentido del heroico esclarecimiento de la verdad sin velos, por el candidato.